

FBI
EXTRA



¡VALIENTE, WATSON!

ALV CORTROA

ALV CORTROA

¡VALIENTE, WATSON!



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid. 1967
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 45 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

I



ISTO para dar la batalla sin conceder cuartel. Su corazón latía rítmicamente. Tenía el pulso, firme, sin temblor ninguno; sus ademanes eran reposados, como convenía, pero también resueltos, demostrando su energía en cada uno de sus movimientos.

Abbe se miró en el espejo grande de la sala, y pudo advertir que el color de su piel, ligeramente tostada por la vida al aire libre, le proporcionaba un aspecto saludable, de hombre sano de cuerpo y espíritu.

Giró sobre sus talones y aspiró una gran bocanada de aire antes de inclinarse sobre la cartera de los documentos, que reposaba sobre una mesita, junto al florero de cristal.

La tomó en sus manos y permaneció durante algunos segundos contemplándola, acariciándola con los ojos.

Allí dentro, apretados ordenadamente entre las paredes de cuero, estaban los documentos más importantes de su vida pública. En ellos se materializaban sus aspiraciones de siempre; eran algo así como la anhelada meta de sus sueños.

Sonrió satisfecho y orgulloso de sí mismo, a la vez que se seguía hinchando el pecho.

Al colocarse la cartera bajo el brazo, experimentaba la misma sensación del guerrero que recibe la rota espada del enemigo vencido. Poseyéndola era el dueño de la situación.

Aquella cartera, con los papeles que encerraba, era el arma más poderosa y temible que podía esgrimirse contra el crimen.

Ni las pistolas, ni las metralletas, ni las bombas de gases, ni siquiera el valor indomable de los servidores de la Justicia podían comparársele.

Ella, con su aspecto pacífico, de objeto propio más bien de colegial o de hombre de negocios, iba a conducir a un hombre a la silla eléctrica; y con la desaparición de ese hombre, se cerraría un capítulo negro en los anales de la criminalidad de Chicago.

Dentro de pocos minutos asestaría el golpe. La acusación contra Marlin Yoncalla, «el Corso», iba a ser de lo más espectacular y valiente que se había visto hacía muchos años en el Palacio de Justicia de Chicago.

Yoncalla era un criminal de la peor especie; podía afirmarse que el tal no tenía entrañas. Pero también podía asegurarse que «el Corso» era un hombre habilidoso y escurridizo.

Unas veces por propia habilidad y otras en virtud del dinero, que sabía repartir oportunamente, él y sus secuaces no eran molestados por la Policía, aunque había muchos agentes que estuvieron a punto de conseguir encerrarle. Todos, sin excepción, estaban convencidos de que Yoncalla y sus pistoleros eran carne de «silla». Muchos periódicos, con valentía, lo habían acusado y aireado algunos de sus «*affaires*».

Mas al punto eran silenciados y no volvían a atacar, ni siquiera veladamente, al «gángster».

Hasta que Abbe Bradford se hizo cargo de la Fiscalía General del Estado.

Era un hombre joven y con muchas ilusiones, además de estar verdaderamente enamorado de su profesión. En el acto puso manos a la obra. Y los habitantes de Chicago y sus alrededores se frotaron las manos de placer.

El crimen iba siendo borrado con inusitada energía en todo el Estado de Illinois, gracias a la manera de conducirse de Abbe Bradford.

Él se sentía respaldado por numerosas gentes de varia condición. Periodistas, obreros, comerciantes, hombres de negocios y policías se congratulaban de contar con un fiscal general como Bradford.

Los que no estaban satisfechos de la misma manera eran los delincuentes, en todas sus gamas. Contrabandistas de drogas, proteccionistas, atracadores y todos los que vivían alrededor de ellos, se sentían amenazados por el joven fiscal, que tenía el valor de meterlos en cintura sin ningún género de contemplaciones.

Poco a poco, con pasos contados, las cárceles se iban llenando de delincuentes que debían a Abbe Bradford el gozar de la manutención del Estado.

Pero el verdadero golpe estaba en la detención de Marlin Yoncalla, Abbe reunió datos comprometedores, con una habilidad y paciencia sin límites, hasta conseguir tener en su mano la vida del pistolero.

Dio orden de detención, y aquella misma tarde iba a celebrarse la vista del proceso, que apasionaba a toda la ciudad.

Bradford sabía que en muchos rostros existían sonrisas de incredulidad y duda. Que muchos de sus conciudadanos aún no habían visto condenado a Yoncalla, y que no creerían en su condena mientras no vieran la noticia en los periódicos.

Ya era algo que Yoncalla estuviera entre rejas y que no hubiera sido puesto en libertad bajo ninguna clase de fianza. Pero de ahí a que el «gángster» se sentara en la silla caliente mediaba un abismo que podía ser calificado de infranqueable.

Los habitantes de Chicago quedarían asombrados al comprobar que el fiscal llegaba hasta el fin sin vacilación. Que Yoncalla era ajusticiado y que Bradford continuaba con paso firme en la tarea impuesta, hasta hacer desaparecer la criminalidad en todo Illinois.

Abbe sabía que el dinero, repartido con abundancia, sella bocas, inmoviliza manos y compra incluso conciencias.

Senadores poco escrupulosos, alcaldes, *sheriffs*, policías y periodistas que no poseían demasiada honradez, eran ganados por los dólares generosos de pandilleros.

Marlin Yoncalla era, tal vez, uno de los que más dinero habían repartido en su larga vida de actividades ilegales. De ahí la incredulidad de las gentes cuando se anunció su detención y procesamiento; de ahí las sonrisas conmiseras en obsequio del fiscal.

Abbe sonrió al consultar la hora en su reloj de pulsera. Estaba convencido de que tenía más motivos que nadie para sonreír y de que, al final, sería él el único que lo haría, mientras todos los demás quedaban con las bocas abiertas, como consecuencia del asombro que les produciría la noticia de la condena de Yoncalla.

Siempre con la gran cartera bajo el brazo, dio varios pasos en dirección a la ventana de la sala y miró hacia abajo.

Desde la altura de su piso, los automóviles parecían relucientes cucarachas que se deslizaban entre dos regueros de hormigas, que eran los peatones.

A los pocos segundos de mirar la calle identificó al coche de la Policía que iba a buscarlo. Vio al guardia uniformado que cruzaba la acera en dirección al portal. No tardaría en oír sonar el timbre anunciándole el momento de salir hacia el Palacio de Justicia.

Apretó la cartera bajo el brazo y se pasó la mano derecha por la frente, como tratando de hacer huir todas las ideas que pudieran distraer su pensamiento principal, dirigido al proceso que dentro de unos minutos iba a celebrarse, a su informe, detallado y valiente, y a la acusación inapelable que recaería sobre Marlin Yoncalla.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta, pulsado desde el portal, quince pisos más abajo, por el policía que le daba escolta. Se dirigió hacia la puerta, siempre con la cartera bajo el brazo izquierdo, y elevó la mano derecha para abrirla y salir al pasillo, donde le esperaba el ascensor.

No llegó a abrir. Medio segundo antes repiqueteó el timbre del teléfono.

Abbe torció el gesto, desagradado por la inoportunidad de la llamada telefónica. Tenía que ser él quien tomara el «micro», puesto que se encontraba solo en la casa, ya que sus padres se hallaban pasando una larga temporada en la casita que poseían en las

montañas, al otro lado del lago Michigan.

Volvió sobre sus pasos en dirección al aparato. Los timbrazos largos le indicaron que se trataba de una conferencia interurbana; podían ser los viejos, a los cuales había dejado dos días antes para asistir al proceso Yoncalla. Seguramente eran ellos, para desearle suerte, puesto que sabían por los periódicos lo que él estaba llevando a cabo.

Descolgó el auricular; y sonrió cuando la telefonista, de voz agradable, le dijo que le hablaban desde Rexford.

Aguardó unos segundos, esperando oír la voz cálida e insegura de su padre o, tal vez, la tranquila y suave de su madre; también podía ser Shony, su prometida, que estaba con su familia en un «*bungalow*» cercano al de él...

Su sonrisa se borró al instante al percibir una voz ronca, absolutamente desconocida, que pronunciaba su nombre.

—Sí —respondió—. ¿Con quién hablo?

—Óigame bien, Bradford —siguió la voz, sin responder a la pregunta del joven fiscal—: abandone el asunto Yoncalla en el acto. Dele carpetazo sin vacilar. Pierda o queme todas las pruebas que tenga. De lo contrario...

Abbe tragó saliva con gran dificultad: Su voz sonó extrañamente ronca, como si perteneciera a otra persona, cuando preguntó:

—De lo contrario, ¿qué?

—Tenemos aquí a sus padres —siguió la voz ronca al otro extremo del hilo—. Son unos viejos simpáticos y gozan de buena salud. «Podrían» vivir aún muchos años..., si usted quiere.

—¡Canalla!...

Percibió unas suaves carcajadas, que le parecieron croar de ranas.

—Estamos frente al aparato de televisión —siguió la voz ronca—. Dan la vista del proceso Yoncalla, y lo veremos a usted y oiremos sus palabras. Si esas palabras no son las que debe pronunciar, para que el señor Marlin Yoncalla salga en libertad con todos los pronunciamientos en su favor... ¿Se figura lo que haremos?

La cartera se deslizó hasta el suelo, y Abbe pareció no darse cuenta de ello, permaneciendo con el brazo doblado, como si aún la conservara allí.

El rostro estaba mortalmente pálido; el color sano, de cuerpo y espíritu, había huido como por encanto.

—También le comunicamos que hay aquí, entre nosotros, una señorita muy guapa y encantadora, que atiende por el nombre de Shony —siguió la voz monótona en el auricular telefónico—. Se disponía a presenciar cómo su prometido llevaba a la silla eléctrica a un buen hombre. Y no se perderá el programa; pero el resultado será inesperado para todos, ¿verdad?

Hubo una interrupción, durante la cual sonó un suave «gong», anunciando el tiempo que iba durando la conferencia.

Después continuó la voz:

—No lo piense demasiado, Abbe. No sea tonto. Es mejor que lo arregle usted todo «ahora». Yoncalla no sería condenado nunca y no pasaría mucho tiempo entre rejas. En cambio, usted perdería, a estos simpáticos viejos y a esta maravilla de mujercita.

Abbe fue a decir algo, ni él mismo sabía qué, pero se dio cuenta de que la comunicación acababa de ser interrumpida.

Maquinalmente dejó el auricular en su percha, y sus ojos descendieron hasta posarse en la cartera repleta de documentos que yacía a sus pies.

Estaba rígido, como atacado por una parálisis fulminante; el cerebro, antes lleno de ideas, pletórico de acción, se había embotado, y era incapaz de ordenar las que en tropel lo poblaban, ocasionándole dolor y mareo.

Sin saber cómo se encontró medio tendido en un diván, junto al mueble-bar, sirviéndose un vaso de «*whisky*» solo.

Bebió un generoso trago, y trató de ordenar cuidadosamente los últimos acontecimientos.

Sus padres y Shony estaban amenazados por una pandilla de asesinos, secuaces de Yoncalla.

Y que sus amenazas no eran vanas, era indudable. Él lo sabía bien.

Si desoía las palabras que un pistolero pronunció a través de la línea telefónica, los ancianos y Shony serían brutalmente asesinados.

Yoncalla iría a la silla... o tal vez no. Pero lo indudable era que el matrimonio Bradford sería borrado del mundo sin misericordia. Y Shony también...

De pronto se rompió el silencio del departamento. El timbre sonó con insistencia una y otra vez, machaconamente, pulsado por un policía que comenzaba a extrañarse de la tardanza del fiscal en descender de su domicilio.

Abbe se puso en pie de un salto.

Era preciso tomar una determinación en el acto, hacer algo con sentido común. Cualquier cosa, antes de permanecer cruzado de brazos y anonadado por una inesperada y agobiante situación.

Se dirigió hacia la puerta con pasos rápidos. Y algo rodó por el suelo, suavemente, cuando uno de sus pies tropezó con fuerza en ello.

Era la cartera de documentos.

Se agachó con rapidez y la llevó a la caja de caudales, empotrada en la pared. Allí la depositó, para cerrar después, haciendo girar los discos.

Unos segundos más tarde se metía en el ascensor y descendía hacia el portal con rapidez.

El hombre uniformado le abrió la puerta abajo y le saludó con respeto.

—Perdone, señor —dijo—. Parecía que tardaba...

Estaba un tanto confundido, y sus palabras salían de su boca con humildad, como presentando excusas por los timbrazos, a la vez que miraba repetidas veces su reloj de pulsera.

Abbe Bradford hizo un gesto con la mano, y con apresurados pasos se dirigió al portal, cruzó la acera de cemento y penetró en el coche que lo aguardaba.

El policía tomó asiento junto al conductor, y el automóvil arrancó suavemente camino del Palacio de Justicia.

A buena marcha recorrieron calles y avenidas, hasta desembocar en la amplia plaza donde está enclavado el palacio. Numeroso público se apretujaba en la entrada, cubriendo las amplias escalinatas, deseando penetrar en la sala donde Yoncalla iba a oír unas cuantas verdades.

Un cordón de guardias abrió paso a Bradford por entre la multitud. El joven fiscal avanzó con pasos rápidos, la vista en el suelo, oyendo los comentarios del público.

—¡Vamos, valiente! ¡Duro con ellos!

—¡No te acobardes nunca!

—¡Eres lo mejor que ha nacido en Chicago!

Abbe no hizo ni un gesto, pareció no oír nada de lo que se decía a su alrededor.

Poco después estaba en el despacho a él destinado y uno de los secretarios le ayudaba a prepararse.

Cuando hizo su aparición en la amplia sala, un profundo silencio cayó como losa de plomo.

Paseó su mirada por los jueces; por los abogados, que ocupaban las mesas destinadas a la defensa; por las numerosas caras del público, arracimado en los bancos tras la barandilla de separación.

Vio el rostro de Marlin Yoncalla. Tenía los ojos clavados en él, observándole con minuciosa atención.

Sostuvo aquella mirada durante algunos segundos y después la desvió para ojear unos papeles depositados sobre su mesa.

En el que estaba encima de todos pudo leer:

«Recuerda. Son unos viejos sanos y simpáticos. Y ella es muy guapa».

Nada más.

Apretó los dientes con rabia y volvió a mirar a Yoncalla.

El «gángster» sonreía en aquel momento sin cesar de observarlo.

Era un hombre grueso, con aspecto de burgués acomodado, de padre de familia. Grandes bolsas le colgaban bajo los ojos, en los carrillos, en el cuello, en las comisuras de los labios.

A todas luces se advertía que no estaba muy tranquilo, pero también que abrigaba una esperanza.

Un rumor fue ascendiendo en la sala. El público hacía comentarios. Concluía de acomodarse, y todos los rostros se volvían hacia el fiscal.

La expectación era enorme, y la afluencia de personas, nunca vista en aquella sala.

Abbe Bradford tomó asiento en su sitio y aguardó a que el martillo de madera del presidente diera los golpes reglamentarios, declarando abierto el proceso.

Como entre sueños, en medio de un mosconeo que lo aturdía. Abbe percibió las monótonas palabras de uno de los secretarios que daba lectura a la documentación, exponiendo los cargos, resultandos, considerandos y demás fárrago de fórmulas legales en

que va envuelto todo proceso.

No supo cuánto tiempo duró aquello, ni se dio cuenta de lo que el secretario leía. Tan ensimismado estaba, que el presidente de la sala tuvo que repetir por dos veces su invitación:

—El señor fiscal general tiene la palabra...

Abbe miró con aturdimiento en torno y se puso en pie con desgana.

Sus ojos se posaron en el rostro magro de Marlin Yoncalla.

A la sazón no había sonrisa en aquella cara grasienta y colgante: no podía haberla, puesto que estaba viviendo el segundo crucial que separa la vida de la muerte.

Su gesto era cruel, despiadado. Muda advertencia a Abbe.

Éste pronunció las palabras de ritual como introducción a su discurso de acusación.

Sólo las palabras rituales. Pero ninguna otra.

El silencio, que unos momentos antes era expectante en la sala, fue desvaneciéndose poco a poco a medida que los comentarios crecían. Comentarios de extrañeza ante el silencio del fiscal, precisamente en el momento en que debía estar fustigando con su fácil palabra al acusado, poniendo en claro muchos negocios sucios en la ciudad, desenmascarando a personajes complicados y que hasta el momento habían permanecido en la sombra.

Lejos de ello, el fiscal permanecía mudo, vacilante, irresoluto.

—El señor fiscal general tiene la palabra —dijo por vez tercera el presidente, más extrañado que nadie de la actitud de Bradford.

Abbe sacudió la cabeza como un león dispuesto a atacar a su presa. Miró a los miembros del Jurado, al público, a la presidencia, a la tribuna de la Prensa; tragó saliva con dificultad, y comenzó:

—Es fiscal no tiene nada que decir. Las pruebas que pensé aportar no han podido ser halladas...

—¿Quiere decir que no hay pruebas en contra de mi defendido? —saltó uno de los abogados de Yoncalla, con gesto y ademán triunfales.

Bradford bajó la cabeza.

—¡Señores del Jurado! Marlin Yoncalla es inocente. ¡No hay pruebas contra él!

Un alboroto inenarrable siguió al silencio impresionante de un segundo antes. El público, puesto en pie, gritaba y comentaba a

voces lo inusitado del desenlace. El juez pedía orden, golpeando con su maza de madera sobre la mesa.

Abbe Bradford no quiso esperar más tiempo allí. Antes de que los periodistas, el público o sus propios secretarios pudieran asaltarle en demanda de explicaciones, salió por una de las puertas laterales en dirección a su despacho.

Recogió apresuradamente unos papeles y luego se encaminó a la puerta para marcharse, pero antes de hacerlo se volvió a su secretario, que lo observaba en silencio.

—En otra ocasión volveremos al ataque, Mike —dijo, apresuradamente—. No era el momento propicio...

Y salió, dando un portazo.

Marlin Yoncalla se había salvado..., de momento. Pero también sus padres y Shony conservarían la vida gracias a que él..., a que él acababa de tirar por la borda toda su carrera.



No existe publicación ilustrada más popular que

AVENTURAS DEL F. B. I.

Y tampoco logran igualar el interés de

JEQUE BLANCO

Únicamente puede comparárseles con ella, otra nueva
creación de EDITORIAL ROLLAN

MENDOZA COLT

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre
el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión
justiciera.

**¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN
MENDOZA COLT!**

II



N aquellos momentos no tenía más preocupación que la seguridad de sus seres queridos, y el resto, sólo ocupaba su cerebro de una manera nebulosa, latente, pero sin tomar forma concreta.

Saltó del automóvil y corrió por el portal de su casa hasta introducirse en uno de los ascensores; unos momentos después penetraba como una tromba en el departamento.

Se lanzó en derechura al teléfono y pidió comunicación con Rexford. Mientras se la daban, paseó nerviosamente de un lado a otro de la sala. Pensaba en la suerte que hubieran podido correr sus padres, y esperaba que, puesto que los pistoleros presenciarian la vista del proceso por medio de la televisión, sabrían en aquellos momentos que Yoncalla no había sido atacado y que no tardaría en

estar en libertad.

Por tanto, habrían dejado a los viejos en paz...

Sonó el timbre del teléfono y se precipitó hacia el aparato.

—El número que ha solicitado en Rexford comunica, señor —le anunció la voz de la operadora.

—Insista hasta que respondan —ordenó él.

Volvió a colgar el auricular, y de nuevo paseó, golpeándose las manos con impaciencia.

La línea estaba ocupada. Tal vez Shony hablaba con sus padres y les daba toda clase de pelos y señales de la aventura que acababa de pasar, sin apercibirse de que él, desde la ciudad, se consumía, deseoso de ponerse en comunicación con Rexford.

Transcurrieron varios minutos de nerviosa espera, hasta que Abbe se decidió de nuevo a tomar el aparato.

—¿Comunica aún el veinticuatro treinta y dos? —preguntó, precipitadamente.

—Sí, señor —fué la respuesta—. Insistiré de nuevo...

—¿No hay algún procedimiento para interrumpir esa comunicación, y ponerme a mí al habla?

—¡Oh, no, señor! Sólo advirtiéndolo personalmente...

Colgó el «micro». Las palabras de la telefonista le hicieron decidirse. Tenía su coche en el garaje, y lo mejor era ir a Rexford cuanto antes. Así se enteraría mejor de todo lo sucedido.

Poco después manejaba su automóvil por las calles de la ciudad en dirección a la carretera que bordea el lago Michigan. El tráfico fue disminuyendo, hasta que las últimas fábricas y casas quedaron atrás. Entonces pisó a fondo el acelerador, y el coche saltó hacia adelante, bufando, devorando la ancha carretera.

El viaje era largo, pero en las circunstancias en que Abbe se encontraba se le hacía interminable.

Las horas transcurrieron lentas, mientras él, con el pie hundido en el acelerador, manejaba expertamente el volante, lanzado a una velocidad jamás soñada.

Sólo se detuvo una vez para rellenar el depósito de nafta, y proseguir acto seguido, carretera adelante, deseoso de llegar para abrazar a los suyos.

Los abrazaría con fuerza, después de la angustia pasada. Y después los colocaría en sitio seguro, al abrigo de amenazas, bien

protegidos por la Policía, para poder él entregarse de lleno a la tarea de desenmascarar a todos los Yocallas que infestaban Chicago.

Si hasta entonces se comportó duramente, sin contemplaciones con los delincuentes, a partir de aquel momento sería una fiera en la lucha contra el mal.

Comenzaba a oscurecer cuando alcanzó las primeras villas de Rexford.

Tomó en dos ruedas la curva de la carretera secundaria y ascendió a todo gas la pendiente que conducía hasta el altozano donde se encontraba su casita de recreo.

Los neumáticos gimieron cuando el pie derecho de Abbe pisó el freno ante la puerta de hierro del pequeño jardín.

Quitó el contacto y saltó fuera del coche.

Un segundo después, franqueada la puerta del jardín, corría por el enarenado sendero hacia el «*bungalow*» cuya fachada permanecía oculta por los álamos.

Se sentía angustiado, con un tenebroso presentimiento afirmándose en su cerebro, aunque sin tomar forma concreta.

Resultaba muy extraño que no hubieran salido a su encuentro al oír el ruido del motor del coche y los bocinazos con que atronó al subir la cuesta.

La casa estaba silenciosa, como abandonada.

De un salto ascendió los tres escalones del porche y empujó la puerta, que estaba abierta.

Buscó el conmutador de la luz, porque en el interior del hotelito reinaba la oscuridad; lo encontró pronto, y el «*hall*» quedó inundado de claridad.

Lo primero que vio fué, en el centro de la estancia, una mesita, sobre la que descansaban varias botellas y vasos vacíos. Después, una silla derribada junto al aparato de televisión, cuya pantalla estaba hecha añicos.

Avanzó temeroso, seguro ya de que allí no habíanse desarrollado los acontecimientos como abrigó la esperanza en un principio.

Un grito ascendió a su garganta y fue ahogado a duras penas.

Acababa de descubrir, tras un sillón de alto respaldo, el cuerpo tendido e inerte de su madre.

Se inclinó con rapidez, y suavemente, como temeroso de producir daño a la anciana, la dio vuelta y contempló el rostro

sereno y petrificado, inmóvil, de la que le había dado el ser.

En el acto se dio cuenta de que estaba inmóvil. Al tratar de levantar aquella cabeza de cabellos blancos, tocó un líquido, viscoso en la nuca. Un reconocimiento más minucioso le permitió descubrir el lugar exacto por donde había penetrado la bala asesina.

Alguien disparó sobre la anciana por la espalda.

Abbe se pasó el dorso de la mano derecha por los ojos, húmedos, y lentamente se puso en pie, sin cesar de contemplar aquel cuerpo querido inmóvil, yerto.

Hizo un violento esfuerzo de voluntad, casi doloroso, y se fue apartando lentamente del lugar donde se encontraba su madre.

Nada podía hacer por ella, y era necesario ver si su padre o Shony necesitaban sus auxilios.

Un nuevo golpe le esperaba en el pequeño cuarto donde estaba instalado el aparato telefónico.

Allí estaba su padre, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y el auricular asido fuertemente con la mano derecha.

El pecho del anciano estaba totalmente cubierto de sangre, que comenzaba a secarse y que había salido por varios orificios de bala.

Un gemido se escapó por entre los apretados labios del joven Bradford ante aquella muestra de la bestial crueldad de unos pistoleros sin conciencia.

Le fue fácil reconstruir los hechos. Por lo visto, el anciano M. Bradford trató de aprovechar un descuido de los «gangsters» y se dirigió al cuarto del teléfono para llamar a la Policía, pidiendo auxilio. Lo sorprendieron, y... las pistolas entonaron su canto de muerte.

Allí estaba el anciano cubierto de sangre, como un soldado muerto al cumplir con su deber, en su puesto hasta el último instante.

Abbe Bradford se apartó lentamente, caminando muy despacio, los brazos caídos a lo largo del cuerno. La cabeza inclinada hacia adelante, con la barbilla hundida en el pecho.

Los ojos, luego de las primeras lágrimas vertidas al contemplar el cadáver de su madre, estaban secos por completo, con su habitual brillo amortiguado, fijos y muy abiertos.

Como una sombra, el joven se deslizó por el resto de las habitaciones de la casa hasta comprobar que no había nadie más.

Shony había desaparecido.

Abbe permaneció por espacio de una hora hundido en un sillón, con las sienes apoyadas en las manos cerradas, inmóvil, la vista clavada en un zapato que perteneció a su madre y que estaba abandonado cerca de una de las ventanas, recibiendo la luz de la luna, que penetraba a través de los cristales.

Poco a poco fue rehaciéndose. Suspiró, y despacio, como si le costara gran trabajo, se puso en pie para dirigirse de nuevo al pequeño cuarto del teléfono.

Con cuidado retiró los dedos del cadáver de su padre del auricular. Allí estaba la explicación de la inutilidad de sus llamadas desde la ciudad: los cables estaban cortados.

Se entretuvo en empalmarlos y consiguió restablecer la comunicación.

—Con la oficina del *sheriff* —pidió, con una voz que no le pareció la suya.

Aguardó, hasta que al otro lado del hilo, una voz áspera le respondió.

Con palabras concisas, como si estuviera redactando un telegrama, dio cuenta de lo sucedido, y colgó de nuevo.

Salió al jardín. Necesitaba que el aire fresco de la noche le despejara la mente, hundida en un mar de confusiones, sin acabar de comprender la inutilidad de aquellas muertes luego que él cedió ante las amenazas de los pistoleros.

Sólo había una explicación: los pistoleros mataban por matar. Eran hombres con unas mentalidades especiales puestas al servicio del crimen.

Sólo un psiquiatra sería capaz de comprender el funcionamiento de aquellos cerebros, más propios de fieras sanguinarias que de hombres con apariencias semejantes al resto de sus congéneres.

Oyó el ronroneo del motor de un automóvil que ascendía por la cuesta en dirección al «*bungalow*», y momentos después, unos potentes faros iluminaron el jardín poblado de álamos blancos.

Salió al encuentro de los cuatro hombres que descendieron del coche.

—Soy Bradford —dijo—. Abbe Bradford.

Observó cómo los cuatro hombres lo miraban con asombro en los rostros.

—¿Es fiscal general? —quiso saber uno de ellos.

Abbe asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Hemos visto su... actuación de esta tarde —dijo el mismo de antes.

Y Abbe creyó percibir un cierto desprecio en las palabras del hombre.

—Han matado a mis padres —siguió el joven—. Están ahí dentro.

Los vio correr en dirección a la puerta y desaparecer en el interior de la casa.

Luego percibió ruido de pasos sobre el «*parquet*», correr de muebles y voces.

Más tarde, los rayos de varias linternas iluminaron las ventanas y recorrieron zonas de césped en torno a ellas.

Abbe permaneció quieto, cerca de la puerta de hierro del jardín. Por fin, los cuatro hombres se le reunieron. Vio sus rostros serios, con los ojos extrañamente fijos en él.

—Creo que empiezo a comprender su actuación de esta tarde, señor —dijo uno de ellos—. Lo siento...

Hubo un silencio.

—Supongo que tiene usted mucho que declarar, señor Bradford —lo rompió el *sheriff* de Rexford.

—Diré todo lo que sé, *sheriff* —dijo el joven.

—¿Conoce a los asesinos? ¿Sabe quién lo hizo?

Una leve mueca plegó los labios de Abbe.

—No —dijo, lentamente—. No sé quién ha podido asesinar a mis padres. Tendrán ustedes que buscarlos...

Conocía perfectamente todos los recovecos de la Ley: era su oficio. Y también conocía el nombre del verdadero asesino de sus padres. Pero no podía acusarlo, porque cuando los ancianos morían acribillados a balazos en Rexford, el asesino se encontraba sentado en un banquillo, rodeado de policía, en medio de la sala del Palacio de Justicia de Chicago.

Los salvajes que apretaron los gatillos de las armas homicidas podían llamarse como quisieran. Eran los autores materiales de los crímenes, sí; pero también se trataba solamente de meros ejecutores de órdenes dictadas desde otro sitio.

Marlin Yoncalla era el verdadero asesino.

Vivía en un país donde es preciso probar, con hechos concretos, la veracidad de una acusación. De lo contrario, nadie le haría caso.

Se apartó varios pasos de los agentes de la Ley. Poco a poco iba teniendo la mente más limpia, las ideas fluían con más claridad, y fue ordenándolas detalladamente.

Acompañó en el coche al *sheriff* hasta su oficina, y allí firmó varios pliegos. Luego volvió a ponerse ante el volante, listo para regresar a Chicago.

Al pasar ante su «*bungalow*» pudo ver a la ambulancia detenida frente a la puerta del jardín, y a los camilleros que transportaban los muertos, tapados con mantas oscuras.

Se detuvo en una estación de servicio y, mientras llenaban el tanque de gasolina, hizo una llamada telefónica a la casa de campo de los McNally, padres de Shony.

No, no habían tenido noticias. Shony estaba con los Bradford. Seguramente volvería de un momento a otro...

—No dejen de avisarme a mi departamento de Chicago cuando sepan algo de ella —dijo Abbe—. Han sucedido algunas cosas...

—¡Qué dices! —La voz de McNally sonó alarmada.

—Espero que a Shony no le haya ocurrido nada malo, señor —dijo Abbe, con inseguridad en el tono de voz.

Su mano izquierda maniobró en el contacto del aparato telefónico y cortó la comunicación.

No se sentía con fuerzas para dar explicaciones. Sobre todo sin saber a ciencia cierta el paradero de su prometida, sin saber si salió antes del asesinato de los viejos o...

Sus palabras servirían para alarmar a los McNally, cierto; mas no podía hacer otra cosa.

Por su parte, tenía mucho que hacer en lo sucesivo.

Regresó al coche, lo puso en marcha y partió como una flecha en dirección a la ciudad.

A las seis de la mañana frenaba ante el edificio de apartamentos donde tenía el suyo.

Deseaba darse una ducha y permanecer derrumbado en un butacón durante todo el tiempo que fuera preciso, sin que nadie lo molestara, meditando muy despacio para tomar las medidas necesarias.

Cuando empujó la puerta de su departamento se dio cuenta de

que había tenido visitas.

Todo estaba revuelto. Los cajones, sacados de sus sitios y variados sus contenidos, que estaba desparramado por el suelo. Los muebles estaban destripados, las telas de los sillones rasgadas, las cortinas arrancadas de sus sitios, los cuadros movidos. Parecía que un escuadrón de caballería compuesto por jinetes locos había pasado por allí.

Luego de lanzar una rápida ojeada en torno, se dirigió a la pared donde estaba empotrada su pequeña caja de caudales.

Estaba perfectamente abierta. Esto es, sin violentarla, atestiguando que el trabajo había sido llevado a cabo por un experto.

Y su interior, totalmente vacío.

Los objetos de valor que en ella guardaba habían desaparecido, al mismo tiempo que la cartera donde encerraba los documentos comprometedores relacionados con Yoncalla.

Pensó que habían hecho un buen trabajo. Y cansado, agotado por el largo viaje y por las emociones experimentadas en las últimas horas, se dejó caer en un butacón apuñalado y cerró los ojos.

Cualquiera que lo hubiera visto en aquella postura habría pensado que dormía tranquilamente.

Pero se habría equivocado.

Abbe no podía dormir. Lo sucedido le había quitado el sueño por completo y, por el contrario, le tenía bien despierto, con una sola idea fija en el cerebro.

Tenía que castigar adecuadamente a los asesinos de sus padres. Tenía que buscar a Shony y encontrarla. Y empezando por Yoncalla y acabando por el último y más insignificante de sus secuaces, ponerlos en la situación que les correspondía para que jamás pudieran cometer unos delitos semejantes a los que él mismo acababa de experimentar.

No había transcurrido ni siquiera una hora desde su llegada a la ciudad, cuando el timbre de la puerta del departamento le hizo incorporarse.

La abrió, para encontrarse con un hombre joven, alto, bien trajeado, de rostro simpático, que lo miraba escrutadoramente.

—¿Bradford? —preguntó el recién llegado, a manera de saludo.

—Sí. ¿Qué quiere?

El joven mostró algo en la palma de la mano derecha, y Abbe reconoció al instante la insignia de agente especial del F. B. I.

—Desearía conversar durante unos minutos con usted, señor Bradford —pidió el agente federal.

—Con gusto. Pase usted...

Cerró la puerta cuando el otro la hubo transpuesto, y lo guió hacia la sala:

—No sé si los visitantes que he tenido durante mi ausencia habrán dejado alguna botella sana en el bar...

Abbe movió el brazo derecho, mostrando los destrozos ocasionados en el departamento.

Luego buscó en el mueble-bar y sacó una botella que guardaba algo de «*whisky*» en su interior.

Lo distribuyó en dos vasos y alargó uno al agente del F. B. I.

—¿Qué buscaban los ladrones, señor Bradford? —preguntó el joven agente, después de probar el licor.

Abbe se encogió de hombros.

—Se han llevado todo lo que tenía algún valor —respondió—. Algunos objetos de oro, alhajas de mis padres...

—Y la documentación del asunto Yoncalla, supongo, ¿verdad? —le atajó el agente.

Abbe tuvo un segundo de desconcierto, pero se repuso inmediatamente.

—No guardaba nada interesante sobre ese asunto. Todo lo que concierne a mi cargo público está archivado en la oficina —dijo, afectando indiferencia.

—Me gustaría que me ayudara, señor Bradford —dijo el agente, hablando con gran reposo—. Es necesario seguir hasta el fin con la tarea que usted había comenzado. La División federal de Chicago ha recibido órdenes concretas respecto al asunto. Y yo he sido encargado de ello.

Los ojos de Abbe se detuvieron en los del agente, y ambas miradas quedaron engarzadas durante varios minutos.

—Mañana presentaré mi dimisión —dijo, al fin. Abbe Bradford—. He llegado a la conclusión de que es una tarea demasiado pesada para mis fuerzas.

—Su actuación hasta el momento no hacía prever esa actitud, señor Bradford. Sobre todo teniendo en cuenta que usted no ha sido sobornado por los delincuentes...

—No he sido sobornado... No —en la actitud de Abbe había fiereza; pronunciaba las palabras como masticándolas antes de que salieran de su boca—. ¡Ésa ha sido mi equivocación!

—No diga eso. Usted es un hombre íntegro. Quedan pocos así...

—Si Yoncalla o cualquier otro bandido de su categoría me hubiera dado dinero, ahora sería rico. No quise, y he conseguido todo lo contrario. Estoy arruinado y...

—Sus padres han sido asesinados —le atajó de nuevo el federal—. Pero ello, aparte su justo dolor, sólo debe servir para que sus esfuerzos sean redoblados en pro de la Justicia y en castigo de los delincuentes.

Abbe movió la cabeza con desaliento.

—No... —dijo—. Estoy cansado. ¡Muy cansado! Créame...

El agente especial se puso en pie, depositó el vaso vacío sobre una mesita y contempló con gran detenimiento a Abbe Bradford.

—Téngame al corriente de todo lo que pueda resultar de interés en el trabajo que me ocupa —pidió—. Por mi parte, procuraré no perder el contacto con usted.

Abbe se puso en pie.

—De acuerdo —dijo, con indiferencia.

Se estrecharon las manos, y la puerta se cerró tras el agente del F. B. I.

III



L agente especial Peter Watson llegó a las oficinas de la División del F. B. I.,

en Chicago y cruzó la sala general con paso apresurado, respondiendo a los saludos de sus compañeros con leves movimientos de cabeza y sonrisas apenas esbozadas.

Sin detenerse para pedir permiso, empujó la puerta del despacho del inspector jefe y, luego de penetrar en la estancia, volvió a cerrar a sus espaldas.

El inspector Colt alzó la mirada al percibir el ruido que el joven agente produjo al entrar en el despacho, y esperó en silencio, sin mover ni un solo músculo del rostro.

—Asunto muy complejo, señor —dijo Watson a manera de

saludo, apoyando ambas manos sobre la mesa del superior—. Más de lo que esperábamos.

Colt, con pausados movimientos, se reclinó en su sillón, entrelazó los dedos de ambas manos y escrutó el rostro del agente.

—¿Qué hay? —preguntó.

—La reacción del fiscal Bradford después de todo lo sucedido resulta un tanto... desconcertante —dijo.

Watson, pronunciando las palabras muy despacio, como queriendo recalcarlas para que se comprendiera bien lo que deseaba explicar.

—¿Por qué? —volvió a preguntar, con laconismo, el inspector Colt.

—He sacado la consecuencia de que abandona en el primer asalto.

En el rostro del inspector se esbozó una sonrisa.

—Es que... ese primer asalto ha sido extremadamente duro, hijo mío —arguyó.

—Por supuesto... Han asesinado a sus padres, y su prometida ha desaparecido, sin dejar rastro. Otro cualquiera estaría bufando de dolor, de rabia, de deseos de lucha...

—¿Bradford, no?

—Está apático, como indiferente.

Las manos del inspector Colt se inmovilizaron sobre la mesa a la vez que sus ojos se entornaban hasta quedar convertidos en dos rendijas con una chispa brillante en el fondo.

—Sí que es raro eso, Watson —silbó.

—Le he pedido colaboración, y se ha encogido de hombros —siguió el joven agente—. Y me ha dicho que cesa en el cargo de fiscal general, que abandona, sencillamente.

—Es de esperar una reacción diametralmente opuesta —apuntó Colt—. Ahora se encuentra hundido en un bache producido por las desgracias que le afligen. Se encontrará empequeñecido, enano e indefenso para luchar contra fuerzas superiores. Es de esperar que ello pase y se apreste a la lucha sin cuartel.

Peter Watson movió la cabeza en sentido negativo.

—Pienso unas cuantas cosas distintas, señor —dijo, con voz ronca.

Se irguió, el rostro grave, la mirada perdida en un punto

indeterminado de la pared frontera, y su mano diestra rebuscó en el interior de uno de los bolsillos de su chaqueta hasta extraer un cigarrillo, que colocó maquinalmente entre sus labios y encendió después, siempre con el aire ausente que había adoptado al pronunciar sus últimas palabras.

El inspector Colt lo contemplaba con atención y una leve sonrisa en el rostro.

—Dime lo que estás maquinando, Watson —pidió.

Las palabras del superior sacaron, de la abstracción al joven. Con un leve sacudimiento de cabeza, volvió a mirar al jefe, para decir:

—Es un trabajo especial, señor, fuera de serie. Supongo que continuará con él hasta el fin.

—¿Barruntas una apasionante aventura? —inquirió el inspector sin dejar de sonreír.

Watson asintió con un movimiento de cabeza.

—Y creo que será muy difícil, señor.

La sonrisa en el rostro del inspector se amplió.

—Algo digno de Watson «el Bravo», ¿verdad? —carraspeó—. ¿Y no será todo producto de tu... volcánica imaginación? No olvido que sueles ver peligrosas aventuras donde no hay sino sucesos vulgares...

Watson se mordió los labios.

—Eso ha sucedido en una sola ocasión, señor —dijo, con tono dolido—. Los gigantes se convirtieron en molinos... Ahora creo que no es ése el caso.

Colt se puso en pie, dio un rodeo a la mesa y se colocó junto al agente especial.

—Mi alusión fue solo una broma, muchacho —dijo, colocando su mano diestra sobre uno de los hombros del joven—. De sobra sé lo que vales. Y vas a seguir con este caso hasta el fin. Únicamente he de recomendarte mucho tacto. Ve con pies de plomo.

Watson sonrió.

—Gracias, señor —dijo, alegremente—. Sólo esperaba esas palabras para continuar mi tarea.

—Adelante, Watson. Y llámame cuando necesites ayuda.

—Así lo haré, señor.

De nuevo el joven agente cruzó la sala general como una

exhalación, sin prestar atención a las llamadas que los compañeros le hacían desde distintos puntos.

Un momento después había desaparecido, dejando tras sí una estela de simpatía y comentarios. Unos comentarios que podían ser condensados en uno solo:

«¡“El Bravo” tiene tarea de su agrado!».

La sombra se deslizó en rápida carrera para desaparecer entre los matorrales. Un momento después, los faros de un automóvil rompieron la oscuridad, iluminando los troncos de los árboles que flanqueaban la carretera. Pareció que bailaban una rápida danza espectral, con la cintura de pintura blanca, a medida que los dos haces luminosos pasaban de uno a otro. Luego, acabada la curva pronunciada, la luz potente se extendió por la cinta de asfalto como devorándola, mientras una impenetrable oscuridad quedaba detrás de las luces rojas de los faros pilotos.

De entré los matorrales surgió una cabeza con dos chispas a la altura de los ojos. Permaneció quieta, mirando con atención al automóvil que se perdía en la distancia con suave ronroneo de motor y prolongado deslizarse de neumáticos.

Cuando todo hubo quedado en silencio, la sombra salió de su inmovilidad, comenzando a caminar por la cuneta en la misma dirección que llevaba el coche.

Con cuidado, procurando no producir ruido alguno y siempre alerta para soslayar con rapidez la presencia de algún coche, llegó hasta una de las grandes puertas del parque. Se detuvo a cierta distancia, colocándose detrás del tronco de un árbol pintado con una franja blanca a media altura.

En la puerta se veía brillar una motocicleta con las luces apagadas. Al otro lado de la verja de hierro había faroles en gran profusión, que arrancaban reflejos metálicos a los automóviles que, colocados en fila, aguardaban junto a la acera.

Y junto a la motocicleta, el uniforme azul oscuro de un policía.

La sombra estuvo quieta durante un largo espacio de tiempo, mientras el policía paseaba arriba y abajo.

Una de las veces que el agente estuvo de espaldas, la sombra se desplazó rápida y silenciosamente hasta el próximo árbol y allí aguardó con paciencia hasta que se produjo otra oportunidad de avance.

Pero el agente motorista no tenía intención de marcharse de allí. Y la sombra dio muestras de impaciencia.

Mientras él guardia permaneciera en su puesto, sería imposible salir del parque por aquella puerta.

Luego de una corta irresolución, la sombra decidió cortar por lo sano; para ello se introdujo en el macizo de lilas, lo atravesó y avanzó sobre el césped en sentido diagonal a la verja del parque.

Llegó a un lugar apartado y saltó sobre el basamento de piedra. Después, resoplando, con visible esfuerzo, fue ascendiendo por los lisos barrotes de hierro hasta alcanzar la parte superior, terminada en punta, como lanzas.

Se oyó el ruido producido por un tejido al ser rasgado y, un momento después, aquella sombra de apariencia humana se dejó deslizar hasta caer blandamente sobre la tierra húmeda del otro lado de la verja.

Se acurrucó durante unos segundos mientras la cabeza se volvía en todas direcciones con recelo.

Pero no había nada que temer por el momento.

Nadie había en las proximidades y, por tanto, su presencia no podía ser advertida.

En aquel momento se encontraba en un estrecho pasadizo que existía entre la verja del parque público y la tapia de ladrillos que circundaba una mansión señorial, rodeada de frondoso jardín.

La sombra se hallaba precisamente en uno de los laterales de la mansión, el cual formaba ángulo recto con la fachada principal, que se elevaba paralela a la entrada del parque y donde la fila de automóviles aparcados aguardaban la salida de sus propietarios de la lujosa residencia.

Cuando la sombra se tranquilizó, volvió a desplazarse sigilosamente a lo largo de la alta pared de ladrillos, observándola con cuidado.

Quince minutos después estaba al otro lado del jardín, contemplando los relucientes automóviles parados junto a la acera.

Se acercó hasta, la esquina y asomó la cabeza.

Junto a la entrada principal había un grupo de hombres. Unos, vestidos con los uniformes de la Policía metropolitana; otros, de paisano, y algunos, con elegantes libreas, que los acreditaban como conductores de automóvil.

Dos brazos colgaron con desaliento a lo largo del cuerpo de la silenciosa sombra.

Su intención era penetrar en el jardín de aquella suntuosa mansión edificada en la zona residencial de Chicago, pero la alta tapia estaba construida a prueba de asaltantes.

Sólo estaba la puerta que era guardada por el grupo de guardias y conductores de los coches. Impracticable, por tanto.

Porque Abbe Bradford estaba seguro de ser apresado por los que guardaban la entrada de la casa donde vivía Marlin Yoncalla.

De pronto comenzó a dar muestras de intranquilidad y recelo.

Y había motivo para ello.

Una sombra, despegada de otras sombras vegetales, se desplazó en su dirección y cayó sobre él por la espalda, a la vez que sonaba un grito de aviso dirigido al grupo de la puerta.

La primera sombra. —Abbe Bradford— se revolvió con ferocidad. De su garganta salió una especie de rugido sordo a la vez que sus manos y pies comenzaban a moverse con gran energía y agilidad.

Levantó el labio superior y mostró los dientes con la misma actitud de un perro al que se le quiere arrebatar un hueso.

Aquellos dientes buscaron, babeantes, la garganta del atacante, con una furia salvaje, homicida, desesperada.

El hombre que atacó por sorpresa a Bradford no debió contar con aquella reacción violenta, y soltó su presa con cierto temor.

Bradford permaneció replegado sobre sí mismo, dispuesto al salto y a la lucha sangrienta.

El ruido de unos pasos precipitados por la acera le hicieron volver la cabeza, momentáneamente desconcertado. Luego reaccionó y con un salto hacia adelante, emprendió una vertiginosa carrera en dirección a la parte trasera de la mansión, donde las sombras, que hasta el momento de ser descubierto habían sido sus aliadas, le brindaban la única oportunidad de escape.

Gritos a sus espaldas.

—¡Por ahí va! —indicó el atacante de Bradford.

—¿Un ratero? —preguntó uno de los guardias que llegaron a la carrera.

—¡Seguro!

—¡Vamos por él! ¡No puede ir lejos!

El grupo se puso en movimiento en dirección a la oscuridad. Bradford volvió una sola vez la cabeza y vio las siluetas de sus perseguidores recortadas contra el fondo iluminado del paseo.

Luego se entregó a la tarea de correr con la máxima velocidad. Era joven y llevaba una buena delantera a sus perseguidores. Esperaba lograr despistarlos sin demasiada dificultad.

Pero pronto tuvo que reconocer que uno de los que le iban a la zaga era un corredor de primera categoría.

Se le iba encima con gran rapidez.

Oía sus precipitados pasos muy cerca, mucho más cerca de lo que Abbe Bradford hubiera deseado y, desde luego, sacando una considerable ventaja al resto de los perseguidores.

Apretó los dientes con rabia, mientras su mano derecha se introducía en el bolsillo derecho de su chaqueta y palpaba la fría culata de una pistola.

Si el otro continuaba aproximándose y llegaba a una distancia verdaderamente peligrosa, dispararía.

Y sabía que hacer tal cosa significaba colocarse abiertamente fuera de la ley.

Para él, apretar el gatillo de un arma apuntada contra un hombre desconocido, era todo un mundo.

Y, sin embargo, estaba dispuesto a hacerlo. Lo había decidido hacía unas cuantas horas. Y lo haría. Mas el cruce de aquella invisible frontera que separaba su vida anterior de la futura, le resultaba altamente doloroso.

Los pasos del perseguidor estaban ya muy cerca. Se podía percibir la respiración profunda, regular, educada, propia del deportista que sabe dosificar su esfuerzo.

La mano diestra de Abbe Bradford salió del bolsillo con la pistola firmemente empuñada.

Un momento más y tendría que disparar. De lo contrario, caería en poder de los secuaces de Yoncalla y todo lo habría perdido.

El último resto de repugnancia que sentía en su pecho fue vencido.

De pronto, paró en seco. Giró sobre sus talones, levantó la mano armada con la pistola y apretó el gatillo.

El estampido restalló seco y Bradford trató de correr de nuevo.

Estaba seguro de haber acertado. La distancia era corta y él vio a

la perfección la silueta de su perseguidor.

Pero no debió ser así, porque el otro se le echó encima mucho antes de que el fiscal pudiera intentar disparar de nuevo.

Dos fuertes manos lo asieron con energía de hierro. Se sintió levantado del suelo hacia las estrellas. Las sombras de los árboles, las lejanas luces de la ciudad, todo bailó una danza rápida ante sus sorprendidos ojos.

Y de pronto se sintió aplastado contra el suelo, inmovilizado por el peso de un cuerpo de acero gravitando sobre el suyo y una mano implacable hundiéndole la cara contra el césped de la pradera.

No intentó gritar, ni moverse. Era inútil, porque no conseguiría lo uno ni lo otro.

Sólo podía oír y desesperarse interiormente por haber caído tan pronto y tan estúpidamente en manos de sus enemigos.

La idea de que todo estaba perdido le acongojó hasta el punto de que las lágrimas asomaron a sus ojos, cegados por la hierba.

Oyó los pasos precipitados de varios hombres y algún grito de llamada.

Ya estaban cerca y lo rodearían, le pondrían esposas los guardias y sería identificado en el acto.

Todo acababa...

Una voz potente sonó muy cerca, justamente encima de él:

—¡Cuidado! ¡Va armado! ¡Hacia la derecha! ¡No está lejos!

El ruido de las botas de los guardias se oyó próximo. Corrían y debían ser bastantes.

—Hacia la derecha —volvió a gritar su aprehensor—. ¡Rodead aquel macizo! Yo me he torcido un tobillo...

Bradford oyó que los pasos a la carrera se alejaban. Alguien gritó, orientando a los demás:

—¡Por aquí por aquí! ¡Venid todos!

El peso que gravitaba sobre él cedió, y pudo respirar cuando ya pensaba que perecería por asfixia.

Las dos manos que antes lo inmovilizaban le ayudaron a levantarse; en realidad, lo izaron con sencillez y se encontró en pie.

El otro se agachó, recogió algo del suelo y se lo alargó a Bradford.

—Guarde su pistola, amigo —dijo—. Y ahora sígame sin hacer tonterías.

Bradford se sintió cogido por uno de sus brazos y empujado en dirección a las luces del paseo donde estaban los automóviles aparcados.

—Venga por aquí.

Se dejó conducir sin oponer resistencia. No sabía lo que en realidad le estaba sucediendo; pero era cierto que el que lo capturó le había devuelto la pistola y había evitado que todos los demás perseguidores lo alcanzaran, dirigiéndose por un camino equivocado.

Resultaba extraño, en verdad, pero Bradford no se sentía con fuerzas para hacer otra cosa que no fuera dejarse conducir por el desconocido.

Se cruzaron con un nuevo grupo de perseguidores que iban a reforzar los primeros; estaba compuesto por hombres uniformados y de paisano.

El que iba a su lado les gritó:

—¡Hacia el parterre!

Y el grupo apretó el paso hacia la masa oscura de árboles.

Llegaron a la tapia de la mansión de Yoncalla y la siguieron hasta llegar a la fila de automóviles.

A plena luz, se detuvieron junto al que ocupaba el lugar más distante, y el desconocido, abriendo una de las portezuelas, metió materialmente a Bradford en el interior.

Después rodeó el motor y un momento después ocupaba el asiento del conductor.

El motor se puso en marcha y el hombre que manejaba el coche lo hizo maniobrar para salir de la fila en marcha atrás. Después, Bradford se dio cuenta, como si se hallara en medio de una pesadilla, que la casa de Yoncalla quedaba atrás, con sus luces en los grandes ventanales, y la larga fila de automóviles se desvanecía en la distancia.

Fué entonces cuando se atrevió a mirar al rostro del que lo capturó.

Y le resultó vagamente conocida aquella cara, desfigurada por las luces rojas del salpicadero del coche, que la iluminaban de abajo arriba, formando extrañas sombras alargadas.

No despegó los labios. Estaba demasiado desconcertado como para intentar pronunciar alguna palabra coherente.

El motor del coche ronroneaba suavemente, y los árboles, pintados de blanco, de la carretera del parque iban quedando atrás con gran celeridad.

Una curva y aparecieron las primeras luces de las calles de la ciudad. Un tranvía en el final de su trayecto; una parada de taxímetros; unas casas de pocos pisos, con establecimientos en los bajos. El coche tomó una arteria diagonal y fue a desembocar en la Firth Avenue, llena de tiendas lujosas, de público en las aceras, de personas haciendo espera para penetrar en un cine.

La pesadilla quedaba atrás, al otro lado del parque oscuro y silencioso, donde unos hombres lo buscaban...

Una frenada suave y el coche se detuvo frente al portal de un edificio de departamentos.

El conductor maniobró la llave de contacto y el motor cesó de funcionar.

Entonces, cuando el otro descendía y le abría la portezuela, Bradford lo reconoció.

—¿Usted es... el policía que me visitó? —pudo preguntar.

—Bien. No exactamente policía. Pertenezco al

F. B. I.

Ahora vamos a tomarnos una copa y podremos charlar tranquilamente en mi casa. ¿Quiere?

Bradford descendió del coche sin objetar nada. Caminó junto al otro, cruzando la acera, y lo acompañó en el ascensor hasta uno de los pisos altos del edificio.

Momentos después estaba bien arrellanado en un butacón y con un vaso lleno de «*whisky*» en la mano.

=====

Evocativo es el título de nuestra Serie

WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia del Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa e un gesto de desafío.

WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de *cow-boys*.

IV



E ha tranquilizado, señor Bradford? —Watson rompió el silencio, después de beber un buen trago de *whisky*.

Bradford respondió con un gruñido. El agente debió interpretarlo como una afirmación, porque prosiguió:

—Vamos a hablar despacio, si no tiene inconveniente, señor Bradford. Me gustaría aclarar algunos extremos.

Ofreció un cigarrillo al fiscal y ambos fumaron en silencio durante unos segundos.

—Acerté al pensar que lo encontraría en la reunión de Yoncalla —volvió a romperlo el joven agente especial—. Fue una corazonada, y me alegro de haberla tenido. Y usted también, por

supuesto.

Bradford se encogió de hombros sin despegar los labios.

—¿Qué se proponía al rondar la casa de Yoncalla, Bradford? —
Fué la pregunta que siguió, y que quedó también sin respuesta.

Watson se puso en pie y paseó por la estancia, llevando en una de sus manos el vaso, mediado de *whisky*.

Se detuvo una de las veces cuando se encontraba a espaldas de Bradford y lo contempló con atención. Veía sus cabellos en desorden por encima del respaldo del sillón, su nuca, su inmovilidad.

Habría dado cualquier cosa por taladrar aquella nuca con el pensamiento y leer lo que el cerebro de Bradford albergaba.

Esta idea se le había ocurrido en numerosas ocasiones, cuando tuvo que interrogar a algún detenido que se entercaba en no hablar o cuando tuvo que desentrañar algún misterioso asesinato.

Frente a los muertos era cuando deseaba más ardientemente poder leer lo que había en los cerebros.

De la misma manera que se hacían las autopsias y se determinaban muchos datos interesantes para el esclarecimiento del misterio, deseaba que las ideas del muerto hubieran quedado fijadas en su masa encefálica.

Volvió a la realidad. Era preciso, si quería enterarse de lo que Bradford pensaba, emplear una buena dosis de habilidad y tacto.

Caminó despacio y volvió a sentarse en su sillón, frente al fiscal.

—Bradford —dijo—, me gustaría que se diera cuenta de que deseo ayudarle.

—Gracias. No he solicitado ayuda de nadie.

Watson se mordió los labios en un gesto muy suyo cuando algo le contrariaba.

—Voy a decirle algunas cosas —siguió, volviendo al ataque— que espero le hagan comprender mis buenos deseos.

Bradford se puso en pie, dejando el vaso sobre una mesita.

—Voy a marcharme —anunció—. Si es que no estoy aquí en calidad de detenido...

Watson lo miró intensamente.

—No está detenido, Bradford —dijo—. Pero si se enterca en seguir el camino que se ha trazado, no tardará mucho tiempo en estar entre rejas. O, lo que es peor, tendido en una mesa de mármol

de la «Morgue».

Se puso en pie también y quedó frente a Bradford.

—Sentiría que tal cosa sucediera, amigo —siguió—; pero ésa es la meta final que usted alcanzará fatalmente.

—¿Es una amenaza? —inquirió Bradford, arqueando las cejas—. Si es así, no me explico por qué no me pegó usted un tiro en el parque...

—¿Verdad que pude hacerlo? —le interrumpió Watson, con una sonrisa en los labios—. Y, sin embargo, no sucedió así. Por el contrario, le libré de las garras de los guardaespaldas de Yoncalla y de los guardias.

Bradford se irguió, mirando desafiante al agente.

—No acabo de comprenderlo —dijo—. Pero estoy seguro de que se trae entre manos una maniobra encaminada a descubrir algo que aún no tienen. Y se equivoca, polizonte. Todo lo que tenía está en manos de ustedes o de Yoncalla, que para el caso es igual...

—¡Espere! No continúe por ese camino, si no quiere que le aplique un buen puñetazo en la nariz.

—Dígame qué es lo que busca y le responderé con franqueza; pero puede estar seguro, de que no tengo nada que pueda interesarles. Los papeles que reuní me los robaron de mi caja fuerte y no me queda ninguna prueba. Mis padres han muerto y mi prometida ha desaparecido. Sólo me queda la vida, ¿me entiende? Una vida destrozada sin remisión... Una vida que ustedes pueden quitarme en el momento que lo deseen. ¡Sí! Pero que yo dedicaré a castigar a los que me han llevado a este estado: a los asesinos de mis padres, a los que han arruinado mi carrera. Ahora ya sabe lo que me propongo.

Se interrumpió con la respiración agitada, los ojos brillantes, el pulso alterado, la actitud de claro desafío a Watson.

Éste dio un paso hacia adelante y resistió con tranquilidad la penetrante mirada de Bradford.

—Cuando le vi por vez primera en su casa —dijo—, me imaginé todo eso que acaba de decirme, señor Bradford. Su actitud me lo hizo ver. Mas he de decirle que está en una tremenda equivocación y que fatalmente fracasará en lo que se propone llevar a cabo, aparte de la ilegalidad de tal actitud. ¿Por qué no confía en la Policía?

Bradford soltó una estrepitosa carcajada que duró varios segundos. Su rostro enrojeció y las venas se abultaron, al borde de la congestión.

—¡Confiar en la Policía! —exclamó cuando el ataque de hilaridad cedió—. ¿Me toma usted por un imbécil?

Watson quedó momentáneamente desconcertado, pensando si, en efecto, Abbe Bradford se habría vuelto loco después del cúmulo de desgracias sufridas.

Abrió la boca para decir algo, pero Bradford se le adelantó:

—Puede decírselo a sus amigos, a todos. La Policía está podrida y recibe buenos dólares de los «gangsters». Lo sé bien. Y ahora ya puede sacar su pistola y tirar hasta que se le agoten las balas y hasta que se pare mi corazón. ¡Vamos! ¿A qué espera?

—Bradford, siéntese —pidió Watson con completa calma.

—No tengo nada que escuchar. No tengo por qué estar aquí. Deseo ir en busca de Shony y rescatarla de las garras de sus secuestradores, si es que vive aún. ¡Mala suerte si me asesinan a mí también!

—Bradford, haga el favor de sentarse —insistió Watson—. Es muy interesante todo lo que dice.

Bradford miró a Watson con gran desprecio.

—Lo que le he dicho, usted lo sabe perfectamente —remachó.

—Bradford, ¿quiere sentarse? —dijo el joven agente especial; por tercera vez.

—Me marchó. Eso es lo que voy a hacer. Deténgame, si puede.

Watson «pudo» detenerle. Le bastó desplazarse dos pasos en dirección al otro y aplicarle un puñetazo en la mandíbula.

Bradford gimió, a la vez que sus ojos se volvían y sus rodillas se doblaban, incapaces de sostener el cuerpo.

Medio segundo más tarde estaba tendido sobre la alfombra de la habitación.

Watson lo levantó para depositarlo en uno de los sillones; arrimó una silla y colocó sobre ella los pies del inconsciente Bradford, hecho lo cual tomó asiento y esperó a que recobrara el conocimiento.

No tardó. Bradford en parpadear para abrir un momento después los ojos y mirar en todas direcciones, sin acabar de comprender lo que había sucedido.

Poco a poco fue haciéndose la luz en su cerebro, y lanzó una mirada de odio a Watson, al mismo tiempo que se acariciaba el mentón con una de sus manos.

—Va a escucharme, Bradford —dijo, con calma, Watson—, sin despegar los labios, hasta que haya terminado.

Sirvió dos nuevos vasos de *whisky* y alargó uno al fiscal.

—Por detalles que observo, amigo —dijo el joven—, saco algunas consecuencias. No; no es necesario que haya burla en sus ojos, Bradford. Ya sé que no es necesario ser muy listo para llegar a ciertas conclusiones. Pero usted está totalmente equivocado en algunas de las que ha obtenido por su cuenta.

Bradford abrió la boca, pero no pronunció ni una palabra ante el imperioso gesto que hizo Watson.

—Sé que tenía usted reunidas unas pruebas muy valiosas, en virtud de las cuales, algunos personajes de la ciudad se verían comprometidos seriamente. Por las últimas palabras que ha pronunciado hace unos momentos, alguien de la Policía estaba envuelto en negocios sucios... ¡Espere! Déjeme terminar. Estoy convencido de que está en lo cierto. Pero ello no implica para que piense que «toda» la Policía está enfangada. Particularmente, puedo decirle que hay unos hombres que no se manchan con negocios sucios ni aunque les fuera en ello sus vidas. Esos hombres son los federales, los que pertenecemos al

F. B. I.

Convénzase de ello, y si no lo logra, yo me encargaré de convencerle.

—¿A puñetazos?

Watson se puso violentamente en pie y advirtió un destello de temor en los ojos del fiscal.

—No. No tema. Conozco un procedimiento mejor que ése.

Se interrumpió durante un momento para proseguir:

—La máxima aspiración de usted en estos momentos es encontrar a los asesinos de sus padres y dar también con su prometida. Pues bien: yo, personalmente, voy a ayudarle «a usted» en esa tarea. Y tenga en cuenta que usted sólo jamás habría logrado nada práctico. Para hacer esta afirmación me bastaría sólo con recordar su actuación de esta noche en las proximidades de la casa de Yoncalla.

—Estoy demasiado abrumado para adivinar qué es lo que usted se propone en realidad —musitó Bradford.

Watson hizo como que no oía las palabras de su interlocutor.

—Para vencer la repugnancia que siente hacia la Policía, voy a hacer algo que me puede acarrear un serio disgusto. Y ese algo es obrar por mi propia cuenta. De ahora en adelante, seremos usted y yo solos los que trabajaremos de firme...

Bradford miraba a Watson con los ojos muy abiertos, sin acabar de comprender bien lo que estaba oyendo.

El agente estaba excitado, moviéndose constantemente, rebosando vitalidad por todos los poros.

—En la División me llaman «el Bravo», por mi manera de proceder, un tanto... personal, en numerosas ocasiones. Ésta creo que va a ser la más difícil de mis aventuras. Pero si con ella obtengo que usted vuelva a tener confianza en los hombres del

F. B. I.,

me daré por muy satisfecho.

Bradford tenía en aquel momento, además de los ojos, la boca muy abierta.

—Saque su pistola y déjeme ver cómo se halla de munición y de funcionamiento; nunca está de más pasar revista a las armas cuando se va uno a meter hasta el cuello en una peligrosa aventura.

Bradford obedeció y puso en manos de Watson una pequeña pistola calibre 6.35.

Watson la guardó en un cajón, del que sacó una gran «*Parabellum*», que entregó a Bradford.

—Ésta le irá mejor, Pero no la emplee sino en caso de necesidad —advirtió.

Mostraba una amplia sonrisa en su rostro simpático, y su actitud toda servía para comunicar un franco optimismo a todo aquel que estuviera próximo.

El propio Abbe Bradford sentía algo de esa corriente invisible que emanaba de Watson. Una buena dosis de su desconfianza se iba diluyendo como el azúcar en una taza de café.

—¿Tiene usted suficientes energías para comenzar en el acto? —Fué la siguiente pregunta de Watson.

Bradford se puso en pie de un salto.

—Estaba agotado hace un momento —respondió, con el rostro

radiante—. Pero eso ha pasado ya...

—Vámonos, entonces —anunció Watson.

—Pero ¿tiene algún plan? —inquirió Bradford.

—Vamos a continuar el que usted comenzó —fué la respuesta de Watson mientras cerraba a sus espaldas la parte del departamento y se encaminaban a uno de los ascensores de bajada.

Mientras descendían hacia el portal del edificio no cambiaron ninguna palabra, para que el empleado del ascensor no pudiera escuchar algún fragmento de conversación. Pero al subir al automóvil del agente especial, Bradford no pudo refrenar por más tiempo su curiosidad.

—No me diga que conocía usted mi plan —dijo.

—Por supuesto que no. Y, sin embargo, deduje que usted iría a la casa de Yoncalla —respondió el joven.

—¿Cómo llegó usted a esa deducción?

—Lo leí en el periódico.

—Es cierto. En la Prensa apareció la noticia de que Yoncalla celebraba con sus amistades una reunión para brindar juntos por la felicidad de Marlin y su rehabilitación después de la «injusta» detención. Pero esa noticia no decía que yo iba a asistir...

Watson sonrió.

—¡Oh, no! Eso fue otra corazonada mía. Cuando le vi a usted en su casa por vez primera, tenía cara de desear buscar a los asesinos por su cuenta. Y ocasión de atrapar a alguno no podía presentársele mejor que en la reunión de esta noche.

—Y ahora, ¿qué se propone?

—Lo verá pronto.

Se enfrascó en la conducción del coche por las calles de la ciudad. Pronto llegaron de nuevo al parque que fue teatro de la persecución y captura de Bradford. Pero Watson no se detuvo en las proximidades. Había por allí demasiados policías y tipos de paisano vigilando.

Pasó de largo junto a la larga fila de automóviles aparcados frente a la entrada principal del jardín de la mansión de Marlin Yoncalla. Lo hizo a velocidad moderada y mirando a todos y cada uno de los coches parados a su derecha.

—Bien —dijo—. Ahí está el «Pontiac» de Neil McMahon. Es el hombre que nos interesa.

Hizo virar bruscamente el coche y pisó el freno frente a una cafetería.

—Nos tomaremos unos
«hot-dogs»

mientras esperamos —anunció, descendiendo del automóvil.

Bradford lo imitó, y juntos penetraron en el establecimiento.

Se encaramaron en unos taburetes, y pidieron a la rubia pintadísima que estaba detrás del mostrador unos emparedados y unos vasos de naranjada.

Al otro lado del mostrador había un gran espejo adosado a la pared, en el que se reflejaban las imágenes de ambos hombres; pero también lo que éstos tenían a sus espaldas: un escaparate lleno de pasteles y chocolatinas con una cortina a media altura. Y a través de la luna podía divisarse la larga fila de coches aparcados ante la casa de Yoncalla.

La posición de Watson estaba perfectamente elegida. Mientras esperaban relativamente bien instalados en los taburetes, podían despachar los bocadillos y, al mismo tiempo, vigilar la salida de los invitados de Yoncalla.

Pero la proximidad del establecimiento en que se encontraban, a la casa del «Corso», les proporcionó un susto regular.

En el mismo mostrador que Watson y Bradford se acomodaban, había un grupo de individuos consumiendo «*whisky*» y charlando por los codos.

Watson prestó atención a lo que decían, y pudo enterarse de que aún comentaban las incidencias de la caza de un ratero, o lo que fuera.

Lo más sorprendente para los dos recientes compañeros fue que aquellos tipos afirmaban haber atrapado al susodicho ratero.

—Me reí de verdad al ver la cara que puso —decía uno de ellos—. Son unos, cómicos que harían fortuna en Hollywood si no fueran tan sinvergüenzas.

—¡Menuda cara de inocencia ponía el tío! —rió un chófer, con cara de mulo sin afeitar—. Parecía que no había roto un plato.

—El caso es que se hacía el dormido en un banco del parque —siguió el primero, aclarando detalles al encargado del establecimiento, que estaba vestido con chaquetilla y gorro blancos, y llenaba constantemente los vasos de aquellos parroquianos—. Lo

han llevado los guardias al Precinto, y le harán explicarse.

Todos rieron escandalosamente, mientras Watson y Bradford procuraban que sus rostros no fueran vistos desde el otro lado del mostrador.

Watson consultó su reloj, y pudo comprobar que eran las dos de la madrugada.

—Espero que no lo esté pasando demasiado bien ahí dentro y prolonguen la fiesta hasta el amanecer —comentó, mirando de reojo al fiscal—. Conozco a uno que se quedaría dormido mucho antes.

Bradford dio una cabezada y se irguió inmediatamente.

—Me sostienen los nervios —dijo, a manera de excusa—. En realidad, llevo tres noches sin dormir...

Se interrumpió bruscamente. Unos pitidos, procedentes de la calle, le sobresaltaron.

Pero también sirvieron para poner en movimiento a todo el ruidoso grupo de bebedores de «*whisky*».

—¡Se acabó la espera, chicos! —gritó uno—. Nos llaman nuestros papás.

Hubo bastante jaleo a la hora de abonar lo consumido, pero al fin salieron todos precipitadamente en dirección a los coches.

Por la gran puerta de hierro del jardín de Yoncalla salían ya uno a uno varios automóviles lujosos, con los faros encendidos; giraban hacia la izquierda y se metían por la puerta del parque público para dirigirse hacia la ciudad.

Despacio, con movimientos tranquilos, demostrando no tener prisa alguna, Watson extrajo unos cuantos billetes y pagó lo que ellos acababan de consumir. Después encendieron unos cigarrillos y fumaron durante unos momentos.

—Nos vamos a marchar, chico —dijo el joven agente, bostezando.

Bradford no dijo nada, limitándose a contemplar a su compañero, el cual tenía los ojos fijos en el espejo frontero.

—Sí; vámonos ya —dijo Watson, por fin, bajando del taburete y siendo imitado en el acto por el fiscal.

Salieron sin prisas y montaron en su coche.

Unos momentos después se ponían en movimiento en dirección a la puerta del parque público.

Recorrieron de nuevo la larga fila de coches aparcados, en la cual se advertían algunos claros producidos por los que se habían marchado ya.

Watson pasó junto al «Pontiac» color crema y comprobó que subían en él dos individuos.

Condujo despacio al pasar por la puerta del parque y enfiló la carretera asfaltada y flanqueada de árboles con los troncos pintados de blanco.

Recorrieron cosa de un cuarto de milla, y en una recta, Watson detuvo el coche y apagó los faros.

—Mucha atención ahora —dijo, apeándose—. Nos jugamos todo...

Levantó el «capot».

—Arregle esas bujías, Bradford —dijo en voz baja.

El fiscal lanzó una mirada de sospecha a Watson; pero acabó por obedecer, y los dos hombres hundieron sus cabezas en las profundidades del motor.

Un automóvil pasó velozmente y se perdió en la lejanía.

Otro se acercaba, y Watson lo vio llegar a la curva.

—Permanezca así hasta que le avise —anunció el agente especial—. O hasta que comprenda que tiene que hacer algo.

Avanzó hasta colocarse en el centro de la estrecha carretera, y aguardó pacientemente.

La luz de unos potentes faros no tardó en iluminarle de lleno. El coche fue aproximándose, y Watson alzó el brazo derecho.

Un «Pontiac» color crema se detuvo al llegar a su altura, y Watson se aproximó a la ventanilla del conductor.

—¿Se estropeó el cacharro? —preguntó una voz desde el interior del «Pontiac».

—Pues sí. ¿Podéis llevarnos hasta el primer taxi que encontremos? Mañana enviaremos a recoger el trasto.

Mientras hablaba fue acercándose a la ventanilla, y cuando acabó, introdujo su mano derecha, armada con una «Lugger», y la colocó junto a la sien del conductor.

—¡Ni un grito, Neil! ¡Ni un movimiento, o te mato!

V



IN perder ni un segundo, Watson abrió la portezuela e introdujo su mano izquierda en dirección a una de las axilas del que se sentaba al volante del «Pontiac». Un momento después la sacaba de nuevo llevando en ella una pistola automática.

—Salta al suelo, Neil —ordenó, sin dejar de apuntar al hombre—. ¡Vamos, no te quedes ahí con la boca abierta!

El llamado Neil refunfuñó algo entre dientes, pero obedeció con desesperante lentitud. Puso los pies sobre el asfalto de la carretera, y después, con el movimiento lógico en tal caso, se inclinó un poco para sacar la cabeza del coche sin tropezar con el borde superior de la portezuela.

Fue cuando pensó que todo el firmamento, incluida la luna, se desplomaba sobre su occipucio. No fue cierto, claro; se trataba sólo de la pistola de Watson, firmemente manejada, que entró en contacto con la nuca del hombre y lo envió al reino de los sueños.

Neil se derrumbó como un buey apuntillado y quedó tendido, boca abajo, sin que mereciera el honor de una sola mirada del agente especial del

F. B. I.

Porque tuvo que ocuparse del otro ocupante del automóvil que poseedor de rápidos reflejos, había llevado su diestra al interior de la chaqueta y la sacaba en aquel momento con una automática empuñada.

Tal vez, otro agente que no hubiera tenido la preparación que poseía Watson habría sucumbido. Pero el joven tenía ya empuñaba la pistola, y sabía manejarla. La dirigió hacia el hombre y oprimió el gatillo sin pérdida de tiempo.

El otro gritó de dolor y se quedó quieto, sin pestañear. Sobre el suelo del coche se hallaba la pistola que un segundo antes pensaba emplear contra Watson.

—¿Puedes bajar? —preguntó éste—. ¿O prefieres que te baje a bofetadas? ¡Espera!

La última orden coincidió con la proximidad de un automóvil que avanzaba por la carretera. Watson se introdujo en el coche y colocó la boca de su pistola junto a la sien izquierda del otro individuo.

—No te muevas ni grites —advirtió—. Tengo un dedo índice muy nervioso.

Las luces procedentes del coche que se aproximaba iluminaron el interior del «Pontiac» durante unos segundos. Pareció que se iba a detener, y Watson contuvo la respiración.

Pero una vez que los dos coches detenidos en la carretera fueron rebasados por el que llegaba, éste aumentó su velocidad y se perdió entre los árboles de la próxima curva.

Watson suspiró.

—Baja ahora, muchacho —ordenó.

El otro obedeció sin rechistar, y cuando estuvo en pie sobre la carretera, fue minuciosamente cacheado por el agente especial.

—Aún puedes agradecerme que no te he metido la bala en la

cabeza —comentó Watson, con dureza.

En el acto, sin que nada en su actitud pudiera hacer prever su acción siguiente, aplicó un fuerte golpe con su pistola en el mentón del herido.

El hombre dio varios pasos hacia atrás antes de caer casi encima del inconsciente Neil.

—Vamos, Bradford, no hay tiempo que perder.

El aludido había permanecido junto al coche de Watson durante el desarrollo de los acontecimientos, con la boca abierta y los ojos como fascinados por lo que veían.

—¿Eh? ¡Voy, voy!... —balbució.

—Vamos a meter estos dos sacos en nuestro coche —dijo Watson, con entera tranquilidad—. Pesan bastante.

Bradford tomó a Neil por los pies, mientras el agente lo agarraba por la cabeza, y lo metieron, no sin trabajo, en la parte posterior del automóvil de Watson, donde quedó sobre el asiento.

Repitieron la misma operación con el otro individuo, que quedó, instalado en el suelo del coche.

Inmediatamente después, Bradford y Watson ocuparon los asientos delanteros, y el coche se puso en marcha cuando los faros de otro vehículo parpadeaban por entre los árboles del parque, avanzando hacia ellos.

Watson pisó a fondo el acelerador y los faros se perdieron atrás.

—Hemos tenido mucha suerte, Bradford —comentó, mientras el coche desembocaba en las calles de la ciudad.

—¿Sí? —Bradford miró al hombre que tenía al lado.

—Tenga en cuenta que los ocupantes de los coches que pasan por esa carretera del parque son amigos todos de los dos «pájaros» que llevamos ahí atrás —dijo el joven—. Y cada uno lleva en el bolsillo la suficiente «artillería» como para aniquilarnos si se hubieran dado cuenta de lo que hacíamos con Neil y el otro.

Bradford clavó la vista en la calle por donde el coche se deslizaba a la sazón. Su cerebro, aún embotado por los acontecimientos que se habían desarrollado desde que le fue advertido por teléfono que tenía que abandonar el caso Yoncalla hasta el presente, pasando por el descubrimiento de los cuerpos de sus padres asesinados y la desaparición de Shony, comenzó a trabajar, haciéndole ver toda su insignificancia comparado con el

hombre que, a su lado, manejaba el volante.

Comprendió que habría caído aquella misma noche en manos de los secuaces de Yoncalla, precisamente cuando se disponía a hacer algo para desenmascarar al «gángster» poderoso.

Experimentó una agradable sensación de seguridad junto a Watson. Lo había visto en acción y se maravillaba de la sencillez con que hizo todo, como si se tratara de un juego de niños, sin un parpadeo de duda, sin una vacilación. Tenía «en el plato» a dos pistoleros de categoría y ni siquiera le temblaban las manos, apoyadas en el volante.

El coche viró a la derecha y recorrió una calle ancha, flanqueada de hoteles con jardín.

Olía a humedad, a plantas regadas. Al final de la calle, el coche volvió a torcer hacia la derecha para introducirse en una callejuela estrecha y totalmente solitaria. Los hoteles que había a ambos lados parecían desiertos, inhabitados; sus ventanas cerradas y ninguna luz en sus fachadas. Sólo de tarde en tarde, alguna bombilla colocada, en postes de cemento iluminaban pequeños sectores de la desierta calle.

Watson frenó con fuerza luego de hacer que el coche subiera en la acera izquierda, y abriendo la portezuela saltó al suelo.

Los faros iluminaban una gran puerta de hierro que el joven abrió con una llave que extrajo de sus bolsillos.

Después hizo avanzar al coche lentamente hasta que estuvo encerrado en un pequeño garaje. Cortó el encendido y descendió para cerrar la puerta de hierro junto a la trasera del automóvil.

Bradford le imitó y esperó a que terminara la operación. Vio la cara del agente sonriente, satisfecho y alegre.

—Ahora podemos trabajar con entera tranquilidad —aseguró el joven—. Ayúdeme, ¿quiere?

Después de abrir la portezuela posterior, asió con ambos manos uno de los tobillos del herido que reposaba en el fondo del coche y tiró con fuerza. El cuerpo fue apareciendo poco a poco hasta que quedó tendido en el suelo del garaje.

Repitió la operación con Neil, y pudo comprobar que los dos pistoleros continuaban sumidos en profundo sueño.

—Por aquí... ¡No, no cargue con él! Basta con arrastrarle...

El fardo que despierto se llamaba Neil pasó arrastrando por una

pequeña puerta a un jardín, barrió con su humanidad la gravilla de un sendero y se detuvo en una pequeña habitación destinada a guardar trastos viejos y herramientas de jardinero.

El otro tipo fue sometido a la misma operación.

Entonces, Watson procedió a quitarse la gabardina y la chaqueta y se remangó la camisa.

Buscó en un rincón y volvió a poco con una larga y fuerte cuerda.

Con ella inmovilizó totalmente a los dos prisioneros y los contempló con arrobamiento durante unos segundos.

Luego se volvió hacia el mortecino Bradford.

—Este hotelito lo tenemos alquilado unos cuantos amigos que tenemos inquietudes artísticas —dijo, a manera de aclaración—. Unos pintamos, otros escriben y algún otro se dedica a leer tranquilamente en sus ratos libres.

—Una casita de solteros...

—Bueno... llámelo como quiera, pero nosotros no nos metemos con nadie. Y he de advertirle que no es la primera vez que es empleada también, como hoy, para asuntos privados.

Bradford tuvo una leve reminiscencia de su cargo público.

—Es ilegal lo que hace —apuntó—. ¿Por qué no ha llevado a estos tipos a los calabozos de la Seccional?

Watson se le quedó mirando, con los ojos muy abiertos.

—La Policía y el

F. B. I.,

no tiene nada contra estos tipos, amigo —respondió, al cabo de un corto silencio—. Al menos, oficial o legalmente. Sin embargo, usted verá, cuando recobren el conocimiento, qué maravillosas fuentes de información hemos obtenido.

Se detuvo durante un segundo, frunció el ceño, y siguió:

—Además, ¡qué demontres!, ¿no se había usted lanzado esta misma noche a hacer justicia «por su cuenta»?

Bradford tragó saliva con visible esfuerzo.

—Tiene razón —musitó.

—Oiga: si va a tener muchos escrúpulos de conciencia «ahora», es mejor que se largue. Yo me las arreglaré solo. Sé cómo tengo que hacerlo.

—No se preocupe, Watson —se excusó Bradford, enrojeciendo

—. Uno comienza a despertar...

En efecto, el compañero de Neil hacía algunos movimientos y parpadeos, precursores de la recuperación del conocimiento.

Watson se inclinó sobre él y aguardó pacientemente a que la vidriada mirada del tipo se hiciera más inteligente.

—¿Qué tal, muchacho? —Fué la primera pregunta de Watson—. ¿Duele algo?

El prisionero exhaló un gemido y cerró los ojos con una mueca de dolor en el rostro.

—¿La mano? ¿La cabeza? —se interesó el agente.

De nuevo se abrieron los ojos del otro, y esta vez fue una mirada de odio reconcentrado lo que recibió Watson. Una mirada intensa y profunda, como si el hombre quisiera grabarse los rasgos fisonómicos del joven y, además, prometiera con la vista una venganza digna de un cerebro privilegiado y práctico en tales menesteres.

—Voy a proporcionarte tintura de yodo y una aspirina —siguió Watson, con su más exquisita sonrisa—. Luego me dirás cómo te llamas y demás cosas de interés.

—Y tú, ¿quién eres? —Escupió el pistolero.

—¡Chis! —Watson se puso un índice, rígido, sobre los labios—. El único que hace preguntas aquí soy yo.

Neil se movió a su vez. Volvió la cabeza y sus ojos parpadearon al ser heridos por la luz de la solitaria bombilla que colgaba del techo.

—¿Cómo va eso, Neil? —quiso saber el joven—. ¿Te hice mucho daño?

Neil mostró los dientes en un gesto que no fue precisamente una sonrisa y sí pareció que era la actitud de un perro en el momento de atacar a un gato.

—Espero que seas buen chico y no estés demasiado enfadado conmigo —siguió Watson, con gran desparpajo.

Bradford, por su parte, se encontraba un tanto amedrentado. El llamado Neil, aun estando bien atado e imposibilitado de moverse, causaba cierto respeto temeroso. Bradford sentía la misma extraña sensación que experimentó en cierta ocasión en que visitó el «zoo» de un circo, hacía muchos años, frente a la jaula de un tigre. El animal, aun entre barrotes, conservaba toda su ferocidad, fuerza y

poder. La presencia de los barrotes sólo mitigaba un poco el temor que se sentía ante la fiera. Y sin quererlo, se pensaba en que la jaula podía romperse.

En presencia de Neil, a pesar de sus ligaduras, era algo parecido. Bradford pensó que él sólo jamás habría podido enfrentarse a aquel hombre.

Y la admiración hacia Watson aumentó mucho al recordar que el joven, solo, le había llevado a aquella situación y que, además, «sabía» con quién iba a verse las caras cuando decidió detener el «Pontiac» de los pistoleros.

Neil soltó un taco feroz.

—¿Se puede saber qué diantres quieres, Watson? —preguntó.

—Así me gusta, muchacho —dijo el joven, tomando una banqueta de un rincón y sentándose a medio paso del prisionero—. Me complace que estés en buena disposición hacia mí.

—No des más vueltas. Esto te costará caro, ¡muy caro! Mis abogados presentarán una demanda por detención ilegal y...

—No seas así, Neil —le interrumpió Watson, con afectado dolor—. Conseguirás arruinar mi carrera. ¡Y yo que pensé al principio que deseabas ayudarme...!

—Pudiste preguntarme de buena forma —renegó Neil—. Sin necesidad de aporrear me la nuca...

—Lo siento, y espero que me perdones. Y ahora, ya amigos de nuevo, voy a pedirte una cosa.

—Suéltalo, y vete con mil demonios...

Watson hizo avanzar su torso hasta que su nariz quedó a media pulgada de distancia de la nariz de Neil.

—¿Dónde está Shony McNally? —soltó a boca de jarro.

Neil quedó mudo durante unos segundos.

—¿Quién diantres es esa Shony McNally? —preguntó, a su vez, con el rostro más inocente que pudo conseguir.

Por toda respuesta, Watson clavó el tacón de uno de sus zapatos en un dedo de Neil, aplastándolo contra el suelo de cemento.

El prisionero abrió la boca, mostrando dos hileras de dientes ennegrecidos por el abuso del tabaco, y medio segundo después la pequeña habitación en que se encontraba se «llenó» con el fuerte berrido que emitió.

Cuando cesó, Watson estaba sonriendo a Neil encantadoramente.

—Neil, querido —dijo—, pensé que me ayudarías sin reservas.

—¡Me pagarás esto! ¿Sabes? —dijo Neil, con una furia impotente, revolviéndose dentro de sus ligaduras—. ¡Me lo pagarás!

Watson continuó sonriendo, y Bradford, por ello, tuvo una nueva ocasión de admirar al joven agente especial. Sonreír y mostrarse tranquilo bajo las llameantes miradas y los denuestos de aquel pistolero era señal inequívoca de que se poseían unos nervios bien templados.

—Sólo una pregunta, Neil —siguió Watson—. ¿Tienes tú a Shony McNally?

—Me gustaría saber primero quién es Shony McNally... —respondió Neil, entre dientes.

Watson, con todo cuidado, colocó un dedo de su mano derecha detrás de una de las orejas del pistolero y apretó con firmeza.

Neil comenzó a debatirse con desesperación, tratando de librarse por todos los medios de la presa que el agente empleaba.

No lo consiguió, a pesar de todas sus sacudidas y rechinamiento de dientes, y tuvo que acabar gritando como un becerro que ha perdido a su madre.

—Mira, Neil —dijo Watson, después de soltar la presa—: es mejor que te portes bien conmigo, de lo contrario te dejaré convertido en algo muy desagradable a la vista. Tú eres un hombre guapo, que viste bien y que gustas mucho a las chicas. Bueno, pues ya no podrás presumir nunca más en lo que te queda de vida. Es tontería que te niegues a colaborar conmigo, porque llegaré hasta el final. Dime si tienes a Shony McNally.

—No la tengo. Ni siquiera sé quién es —fué la respuesta.

—Voy a creerte, Neil —dijo Watson—. Te voy a hacer ese favor.

—Pues suéltame ya y nos largaremos...

Watson sonrió más ampliamente.

—¿Verdad que te gustaría que hiciera eso, muchacho? —dijo—. Siento desilusionarte, porque si lo hiciera, pensarías que soy tonto de nacimiento.

Se puso en pie y contempló el cuerpo tendido de Neil, pensativo.

—Voy a telefonar a Yoncalla —dijo al fin—. Eres su ojo derecho y espero que no te abandone.

Neil palideció.

—¿Qué pretendes, Watson? —preguntó.

—Deseo que aparezca Shony McNally —respondió el hombre del F. B. I.

—. Nadie tendrá que entregarla. Bastará con que la dejen en libertad. En compensación, vosotros dos recobraréis la vuestra, y asunto concluido. Me parece que me pongo en razón, ¿verdad?

Neil apretó los dientes con rabia. La mirada que lanzó a Watson fue todo un poema de odio y rabia.

Pero el joven no se amedrentaba por miradas. Se inclinó sobre los dos prisioneros alternativamente y ajustó bien los nudos de las cuerdas que los mantenían amarrados.

Luego hizo un gesto al fiscal, mudo espectador de todos los acontecimientos que se desarrollaban, y ambos salieron de la estancia luego de apagar la luz eléctrica.

—Vámonos —dijo Watson, eufórico de optimismo—. Las cosas marchan. Veremos cómo responde Yoncalla.

Subieron al coche, cosa que extrañó a Bradford.

—¿No tiene teléfono el «*bungalow*»? —preguntó.

—¡Oh, sí! —respondió Watson—. Pero llamar desde él sería un acto demasiado infantil. Yoncalla es poderoso y puede localizar la llamada. Prefiero hacerlo desde mi oficina.

El coche salió de garaje, y luego que Watson volvió a cerrar la puerta de hierro se deslizó silenciosamente a buena marcha por las calles vacías.

Poco a poco fue reconociendo Bradford los lugares que atravesaban. Pasaron por debajo del puente del elevado, en la zona comercial de la ciudad, y por la gran avenida Veintiuna alcanzaron la plaza Goodyear.

Los labios de Bradford se movían pronunciando en voz baja todos aquellos lugares que le resultaban familiares. Por último, enfilaron Saint Gradfield y llegaron a las oficinas de la División del F. B. I.

El coche se detuvo suavemente, ballesteando con docilidad, y los dos hombres se apearon.

Comenzaba a amanecer, y Chicago no tardaría en despertar. Una claridad rojiza comenzaba a hacer huir a las sombras de la noche hacia el lago Michigan.

Juntos subieron las escaleras hasta meterse en el amplio portal del edificio. Cruzaron por delante de la oficina de guardia y vieron

a varios agentes que dormitaban con los pies sobre las mesas.

Uno de ellos se incorporó y, reconociendo a Watson, saludó con media sonrisa.

—¿Algo nuevo, Peter? —preguntó.

—Nada de momento —respondió el joven—. Voy un momento a mi oficina.

Un ascensor dejó a los dos hombres en uno de los pisos superiores del edificio. Anduvieron por un pasillo de amplios ventanales a la calle y franquearon una puertecilla con un número en el dintel.

Un pequeño despacho se ofreció a la vista de Bradford. Una mesa con una máquina de escribir, un armario metálico, una percha y un par de sillas.

—Siéntese, Bradford —invitó el joven, despojándose de su gabardina y arrojándola en dirección al perchero.

Después rodeó la mesa y tomó asiento tras ella.

En el acto descolgó el «micro» del teléfono y solicitó:

—Busque el número de Martin Yoncalla, en sesenta y siete th. Jackson Park, y póngame comunicación.

Aguardó, manteniendo el auricular pegado a su oído por la presión que ejercía con el hombro, mientras con la mano buscaba y extraía un par de cigarrillos, ofrecía uno a Bradford y lo encendía.

Al final de todas estas operaciones, lanzó con precipitación una bocanada de humo hacia el techo, y dijo:

—Bien, bien. Gracias.

Luego, mirando a Bradford, indicó:

—Está llamando al teléfono en la mansión de Yoncalla. Tardará en cogerlo, porque se acaban de acostar después de la gran recepción de anoche.

—¡Diga!

La voz sonó abrupta en el oído de Watson.

—Llamo a Marlin Yoncalla —dijo—. Es muy urgente.

Percibió algunas palabras ininteligibles al otro lado del hilo. Después:

—El señor duerme...

—Despiértelo.

—Dígame de qué se trata. No podemos importunarle por una tontería...

—No es ninguna tontería. Es cuestión de vida o muerte.

—Bueno... Así se lo diré. Allá usted.

Watson fumó con el auricular pegado al oído.

Por fin oyó una voz, soñolienta y malhumorada:

—¿Qué sucede? ¿Quién me llama?

—Escuche esto, Yoncalla. Alguien desea reunirse con Shony McNally. Es necesario que aparezca esa joven...

—¡A mí qué me cuenta usted! —le interrumpió la voz de Yoncalla.

—Neil McMahon y un amigo han desaparecido y no volverán a sus casas mientras Shony no regrese a la suya. ¡Nada más!

Y colgó el teléfono sin desear escuchar lo que Yoncalla pudiera objetar.

Watson sonrió a Bradford, cuyos ojos comenzaban a cerrarse a pesar de los esfuerzos que hacía por evitarlo.

—No diga nada, Bradford —pidió el joven—. Ya sé que estos procedimientos no son muy... ortodoxos. Pero un particular puede hacer muchas cosas que la Policía es incapaz de llevar a cabo sin que le echen encima el resto de las fuerzas vivas del país. Usted lo sabe muy bien...

—Lo sé muy bien, Watson. Pude destruir la más potente organización criminal del país, y me encontré solo, sin ayuda de nadie. En mi propia carne he experimentado el dolor y la muerte. Por ello deseé lanzarme por mi cuenta a... la lucha. Y... sólo habría fracasado también... Usted ha sido... algo así como... la Providencia..., y... le estoy agradecido..., muy agradecido...

Bostezaba de una manera que movía a piedad. Y Watson colocó varias sillas juntas con apresuramiento e invitó a Bradford a que se acostara sobre ellas.

Un momento después, el fiscal dormía como un tronco bajo la mirada conmisericordiosa de Peter Watson.

VI



BBE Bradford no supo cuántas horas había dormido; pero cuando abrió los ojos, tuvo la impresión de que hacía mucho tiempo que estaba tendido sobre aquellas sillas; a juzgar por el dolor que sentía en todas las articulaciones y el envaramiento de sus músculos.

Watson estaba sentado tras la mesa y tenía el teléfono en una mano. El agente sonrió a Bradford.

—Me alegro que haya despertado —dijo—. Así podrá escuchar lo que voy a decir por teléfono.

Bradford se puso trabajosamente en pie y avanzó hacia la mesa.

—Daniels, eres tú, ¿verdad? —dijo el agente especial, con la boca pegada al aparato—. Me alegro; tú sabes hacer las cosas.

Esperó durante unos segundos, mientras Bradford percibía unos

sonidos inarticulados procedentes del auricular que Watson tenía junto a uno de sus oídos y que indicaban que al otro extremo del hilo alguien decía algo al agente.

—Sí. Vas a ponerme con el número que yo te diré, pero conectando un magnetófono —siguió Watson—. Procura que no se pierda nada.

Colgó el «micro» y posó sus ojos en el rostro macilento del fiscal.

—Vamos a hablar por segunda vez con Yoncalla —anunció—. Ya habrá tenido tiempo para hacer sus averiguaciones y tomar una resolución desde la primera vez que le hablamos. Lo que diga quedará grabado en cinta magnetofónica y podremos usarlo contra él en el momento oportuno.

—Perfecto —dijo Bradford—. Deseo tener noticias de Shony...

Su rostro se endureció a la vez que sus puños se cerraban con fuerza.

Un momento después sonaba el timbre del teléfono y Watson lo tomaba en sus manos.

—¿Listo? —preguntó—. Pues adelante.

Hizo un gesto a Bradford, y éste adelantó el cuerpo por encima de la mesa, demostrando impaciencia, anhelo y emoción.

Momentos después quedaba establecida la comunicación con la casa de Marlin Yoncalla.

—Deseo hablar con el señor Yoncalla —pidió Watson—. Dígale que es un asunto muy urgente. Ya sabe él...

—Espere...

Los dedos de la mano derecha de Watson tamborilearon sobre la carpeta que tenía ante sí mientras Bradford aguardaba conteniendo a duras penas su impaciencia.

La voz de Yoncalla sonó fuerte, desabrida, autoritaria:

—¡Diga!

—¿Yoncalla? —Quiso cerciorarse Watson.

—Sí. ¡Acabe de una vez!

—Le llamo para recibir su respuesta —dijo Watson, con voz mesurada y tranquila—. ¿Piensa devolver a Shony McNally la libertad a cambio de Neil McMahon?

La pregunta era directa y formulada de aquella manera con vistas al magnetófono, que estaría captando la conversación. Pero la respuesta de Yoncalla pareció que también estaba meditada

pensando en la existencia de dicho aparato.

—No sé de qué diablos me está hablando —dijo, siempre con voz muy fuerte.

—Le llamé esta mañana, temprano, para llegar a un acuerdo con usted —dijo Watson, con paciencia—. Neil McMahon está en mi poder, y si no deja libre a la señorita McNally, lo haré hablar...

—¡Ya es bastante broma! —le interrumpió la voz autoritaria de Yoncalla—. Si no cesa de molestarme con sus estupideces, llamaré a la Policía para que intervenga la línea y lo localice. Las gentes honradas tenemos derecho a que se nos deje en paz.

—Usted sabe perfectamente que no se trata de una broma. —Watson elevó a su vez el tono de voz—. Sabe dónde está la señorita McNally, y tiene que decirlo. De lo contrario, Neil McMahon abrirá la boca para decir muchas cosas que no le interesan a usted que se sepan.

—Repito que no tengo por qué tolerar este género de bromas. Ni siquiera sé quién es esa señorita de que me habla. Y Neil McMahon, el señor McMahon —remachó— está en este momento junto a mí. No insista, joven. No insista...

Lentamente, el joven depositó el auricular sobre su percha y quedó durante varios segundos con la vista perdida en la pared frontera.

Bradford lo miraba con fijeza, esperando el resultado de aquella breve conferencia en la que tantas esperanzas depositó.

Lo ojos de Watson se desviaron para mirar el rostro del hombre que estaba junto a él.

Después volvió a descolgar el auricular telefónico, y ordenó:

—Daniels, puedes borrar esa cinta. No la necesito.

Y sin aguardar las objeciones de Daniels, volvió a colgar el teléfono.

—¿Qué? ¿Qué...? —balbució Bradford.

Por toda respuesta, Watson se puso en pie, descolgó su gabardina, enfundándose en ella con rápidos movimientos, y abrió la puerta de la pequeña oficina.

—Vamos —dijo, saliendo al pasillo y esperando a que Bradford le siguiera.

El fiscal obedeció con lentos movimientos, como un autómatas. Momentos después tomaban asiento en el coche y arrancaban a

buena marcha.

Durante el trayecto hasta el hotel donde habían dejado a los dos pistoleros encerrados no despegaron los labios. Ambos sentían cerca la presencia de algo impalpable, pero cierto, real, que había hundido las ilusiones que abrigaban unos momentos antes.

El coche, se inmovilizó con gemir de neumáticos frente al hotel, y los dos ocupantes saltaron al suelo con rapidez.

Watson franqueó la puerta del jardín y corrió, seguido de cerca por Bradford, en dirección a la pequeña construcción adosada a una de las paredes laterales de la verja, cerca al garaje.

La puerta estaba cerrada, como la dejaron unas horas antes. Watson la abrió y maniobró en el conmutador de la luz.

Todo en el interior de la estancia estaba igual. Los trastos viejos, las herramientas de jardinero...

Pero Neil y su compañero habían desaparecido. En el suelo había trozos de cuerda cortados, único signo que demostraba que no soñaron y que, en efecto, dos hombres habían estado allí sólidamente atados con aquellas cuerdas seccionadas en varios trozos.

Durante unos segundos, los dos hombres permanecieron inmóviles, contemplando los pedazos de cuerda.

Por fin, Watson salió de su silencio para comentar:

—¡Se han burlado de nosotros!...

Y se agachó para observar las cuerdas cortadas.

Estudiaba los cortes con atención, cuando oyó a sus espaldas la voz de Bradford:

—¡De mí, no!

Fue a volverse, extrañado de aquella afirmación, pero no tuvo tiempo. Algo hendió el aire a sus espaldas. Adivinó, más que oyó, la proximidad del peligro, pero no fue lo bastante rápido para evitarlo.

La oscuridad se hizo durante un segundo en su cerebro al recibir un fuerte golpe en la nuca, y cuando abrió de nuevo los ojos, a punto de perder el sentido por el dolor que experimentaba en la cabeza, se encontró derribado en el suelo e incapaz de moverse.

Así debió comprenderlo Bradford, porque no repitió el golpe.

Entre nieblas, Watson lo vio en pie, muy cerca de él, con un grueso palo empuñado, contemplando su obra.

—¡De mí no se burla! —Casi gritó el fiscal—. ¡Ni ellos ni usted!

¡Ni los «gangsters» ni la Policía!

Watson trató de decir algo, pero de su garganta sólo salió un gemido de dolor y debilidad.

—Son todos lobos de la misma camada —siguió Bradford, erguido, desafiante, retador, con el garrote en la mano—. Y están confabulados para eliminarme. ¡Sí! Eliminándome, se quita un peligro del camino, y así todos ustedes pueden vivir cómodamente, manejando la ciudad entera a su antojo.

Dio dos pasos hacia atrás, aproximándose a la puerta.

—Casi llegó a engañarme —siguió, mirando con odio al derribado agente del

F. B. I.

—. Ha sido usted muy listo y preparó muy bien todo. Pero acabo de comprender que no puedo fiar de nadie. ¡De nadie! He de ser yo sólo quien lleve a término la tarea que comencé. Lucharé contra todos, ¡contra los delincuentes y contra los que debieran prestarme toda la ayuda necesaria y que, sin embargo, son ahora mis peores enemigos! Yo los derribaré a todos...

Arrojo el garrote sobre Watson y se detuvo en la puerta, con la mano apoyada en la cerradura.

—Quede enterado, policía —dijo—. Vengaré a mis padres y procuraré salvar a Shony. Pero, sobre todas las cosas, pondré en buen lugar a la Justicia, y al final cada uno ocupará el puesto que le corresponde. Los delincuentes, a la cárcel o la silla eléctrica y las personas decentes podrán respirar tranquilas.

Apagó la luz, y la estancia quedó sumida en tinieblas, rotas sólo durante un momento que la puerta permaneció abierta para permitir la salida de Bradford.

Watson, aturdido, incapaz de raciocinar, aquejado de agudo dolor de cabeza, respirando con dificultad, pudo ver la silueta del fiscal recortándose durante un segundo en la puerta.

Después volvió la oscuridad a reinar en torno.

Watson estuvo respirando profundamente durante un par de minutos, esforzándose por conservar el conocimiento, luchando por salir del estado en que se encontraba.

Si se sumía en la inconsciencia, transcurriría mucho tiempo antes de que pudiera tomar las medidas oportunas.

Y mientras tanto, Bradford se metería estúpidamente en la boca

del lobo. Lo echaría todo a rodar, pondría en guardia a los hombres de Yoncalla y se perdería irremediablemente.

La cabeza le dolía, los oídos le zumbaban y sentía que la sangre le golpeaba las sienes a cada latido del corazón.

Hizo un esfuerzo y se desplazó un paso hacia la puerta. La oscuridad le agobiaba y quería huir de ella cuanto antes. Esperaba que la luz del día y el aire libre le harían recuperarse en poco tiempo.

En cambio, si permanecía en tinieblas, acabaría por sumirse en el sueño que lo acosaba.

Tras muchos esfuerzos consiguió alcanzar la puerta y, apoyándose en la pared, pudo ponerse en pie.

Un momento después conseguía abrirla y salir al jardín, húmedo y frío a aquella hora de la mañana.

Apoyado en la pared exterior de la casilla, Watson respiró hondo, llenándose los pulmones de aquel aire matinal que le devolvía la vida por segundos.

Se sintió mejor, y elevó su mano derecha para tocarse el sitio donde recibiese el golpe del garrote.

Palpó con cuidado y pudo convencerse de que no había muerto por verdadera casualidad.

Tenía una gran brecha, por la que salía la sangre en abundancia.

No se asustó demasiado. No era la primera vez que su sangre era vertida con generosidad en acto de servicio.

Se puso en movimiento, caminando por el sendero de piedrecillas con bastante dificultad, como ebrio, a punto de caerse una docena de veces.

Consiguió llegar a la puerta y salir a la calle. Pero allí le aguardaba una sorpresa: no bien hubo puesto los pies en la calle, una mano se apoyó en su cuello, mientras otra se aferraba a su muñeca derecha. Inmediatamente se encontró rodeado de hombres, entre los que pudo ver algunos uniformes.

—Haga el favor de acompañarnos sin resistencia —dijo una voz muy cerca de su oído—. Tiene que explicar algunas cosas.

Watson, con un nuevo esfuerzo, consiguió sonreír.

—Tómese la molestia de mirarme en el bolsillo de la chaqueta y verá algo que le sorprenderá —dijo.

—Ahora mismo, amigo —dijo uno de los de paisano—. Tom,

cachea escrupulosamente a este señor.

Un guardia se adelantó y procedió a hacer lo que le habían mandado, y un momento después mostraba en su mano diestra la pistola reglamentaria de Watson.

—¡En efecto, amigo! —dijo el de paisano—. Nos ha sorprendido. ¡Una «Luger»! Ahora camine al coche y no diga nada.

—Vuelvan a mirar —pidió Watson, sin dejar de sonreír—. En la cartera...

—¡Silencio! —ordenó el que parecía mandar al grupo de policías y guardias—. Ya hablará en el Precinto cuando le pregunten.

—Es que soy agente especial del

F. B. I.

—pudo decir Watson, mientras era empujado hacia uno de los coches que estaban parados en la acera opuesta.

—Del

F. B. I...,

Bueno; ya lo veremos. Hay demasiada documentación falsa por ahí. No pensará que lo dejemos ir por las buenas.

Lo metieron sin demasiados miramientos en un automóvil de la Policía, y dos hombres, como dos castillos, se pusieron a ambos lados.

—Una sola pregunta —dijo el joven, que decidió dejarse llevar pensando en que curarían su herida de la cabeza y pondría en claro su identidad con completa facilidad—: ¿salió alguien del «*bungalow*» antes que yo?

Los agentes parecían dos esfinges por lo inmóviles y silenciosos que iban, mientras el coche policiaco se deslizaba por entre el tráfico de las calles.

Watson repitió la pregunta, pero obtuvo el mismo resultado que la vez primera.

Los policías no querían saber nada y permanecieron con los labios apretados.

Por ello, Watson pensó que Bradford consiguió salir antes de que llegara la Policía a las inmediaciones del hotel.

Esto le aterró y le hizo enmudecer para pensar instantáneamente en los últimos sucesos desarrollados.

Bradford... He ahí un problema de difícil solución.

El hombre estaba como enloquecido, con la mente llena de

recelos y odios, agobiado por el dolor del asesinato de sus seres queridos, por la desaparición de su prometida y por el hundimiento de su carrera y posición.

No veía más que enemigos por todas partes y su desesperanza lo impulsaba a una lucha para la que no estaba preparado, Yoncalla, con su poder, sus recursos y sus pistoleros, era demasiado enemigo para un hombre solo, que, además, no sabía luchar si no estaba detrás de una mesa de despacho, estudiando papeles y pruebas, o empleando la oratoria en la tribuna de una sala del Palacio de Justicia.

Decidió mostrarse tranquilo y no dar señales de impaciencia. Lo aclararía todo en el Precinto policiaco. Y después se dirigiría al despacho del inspector del

F. B. I.,

para ponerle al corriente de todo lo sucedido.

El coche en que era conducido no tardó en detenerse ante la puerta de la seccional, y los agentes le hicieron bajar poco menos que a empujones.

Sin decir ni una palabra, fue conducido por un pasillo. Una puertecilla se abrió ante él. Recibió un empujón y, de nuevo, la puerta se cerró a sus espaldas, dejándole en medio de un cuarto casi a oscuras.

Reaccionó, aunque un poco tardíamente. Giró sobre sus talones y comenzó a aporrear la puerta, llamando a voz en grito:

—¡Eh! ¡Oigan! ¡No pueden hacer esto!...

—No te canses, muchacho. Son sordos.

Cesó en sus golpes y se volvió.

Un bulto se movió en un rincón del calabozo, y Watson vio en la semi penumbra unos ojos hundidos y brillantes, una cara sucia, alargada, unos cabellos revueltos y una boca vacilante, de dientes sucios y afilados.

—¿Es la primera vez que te ves metido en un lío? —La boca aquélla apenas se movió para formular la pregunta.

—Deja al muchacho en paz, «Coca» —otra voz sonó en el lado opuesto, y Watson vio una figura tendida en lo alto de una litera de tres camas—. ¿No ves que está hecho polvo?

Watson se apoyó en la puerta y paseó su mirada por el calabozo.

Junto a las paredes estaban adosadas tres literas de hierro, en las

que varios hombres dejaban transcurrir el tiempo tumbados y en espera de la resolución del caso que los había llevado allí.

Todas las camas estaban ocupadas y aún había un individuo sentado en el suelo y apoyadas las espaldas en el barrote de una de las literas.

Todos le miraron cuando entró en el calabozo; después, unos volvieron a sus actitudes y otros continuaron haciendo al recién llegado objeto de su curiosidad.

Watson buscó en sus bolsillos y comprobó que le habían dejado el tabaco y las cerillas. Extrajo un cigarrillo y lo encendió.

Inmediatamente se le echó encima el primer detenido que le habló.

—¿Me das uno? —pidió—. Hace un año que no fumo...

Watson le ofreció tabaco.

—¿Un año? —se extrañó.

—Bueno; a mí me parece que llevo aquí un año. Esto es muy pesado, ¿sabes? ¿Tienes sangre en la cabeza?

Y acercó su rostro al de Watson para mirar con atención la herida que el joven tenía en la nuca.

—¿Te han traído por pelea? —preguntó, casi a renglón seguido.

Watson asintió con un movimiento de cabeza.

—Si no has hecho algo muy gordo, saldrás pronto —siguió el detenido—. ¿Has matado al otro?

Watson se le sacudió con energía.

—Déjame en paz. ¿A qué hora viene el juez?

—A las diez —respondió el otro—. ¿Tienes miedo?

Sonó una carcajada en lo alto de una de las literas.

—¡Cállate, «Coca»! El chico será inocente con toda seguridad...

Y prolongó las risas, a las que se unieron otras varias, procedentes de las demás literas.

«Coca» también sonrió.

—Sí. Tiene cara de ser «nuevo» —dijo—. Y todos los nuevos dicen siempre que son inocentes, que no tienen culpa de nada, y que fue el «otro» el que hizo todo...

Soltó una carcajada larga, que pareció un prolongado cacareo, y se apartó a su litera para fumar el cigarrillo que Watson le dio.

El joven agente especial se armó de paciencia. Pero en su pecho rugía una rabia sorda contra los agentes que le habían conducido

allí.

Pensaba que, al menos, pudieron comprobar que era un federal y proporcionarle un trato de favor mientras que se aclaraban todos los extremos que desearan.

Pero encerrarle en un calabozo, rodeado de hampones, viciosos, rateros y tipos del peor jaez, era algo que no perdonaría fácilmente a la Metropolitana.

Esperaba que el juez despachara pronto y fuera rápido en sus resoluciones.

Como obedeciendo a su deseo, la puerta se abrió, y un guardia uniformado gritó un nombre.

De una de las literas descendió un individuo, que se dirigió con paso tardo hacia la salida. La puerta volvió a cerrarse y todo quedó en silencio.

«Coca» se aproximó a Watson.

—¿No preguntabas que cuándo empezaría el juez a fallar? —dijo—. Pues ya ha empezado. No tardará en llegarte la hora de verle y de que él te vea a ti. Dime: ¿has «apiolado» al «otro»?

Watson estuvo tentado de aplicar un puñetazo en el repugnante rostro del detenido, pero sintió compasión por aquel ser hundido en el vicio y cuyos estigmas llevaba grabados en sus facciones.

Le volvió las espaldas y quedó junto a la puerta.

Diez minutos más tarde, ésta se abría de nuevo, y el guardia pronunciaba otro nombre. Y otro individuo salía del calabozo.

—Espere, guardia —dijo Watson—. Yo deseo decirle que...

—¡A callar!

Y la puerta se cerró de nuevo.

Poco a poco, los detenidos fueron saliendo al conjuro de sus nombres, pronunciados por el guardia uniformado, hasta que la celda quedó totalmente vacía.

Salvo Watson que continuó allí. Solo.

La última vez trató de abordar al guardia, pero recibió una respuesta tajante:

—Ya se le llamará.

La indignación del joven agente federal subió hasta límites insospechados, al meditar sobre su situación absurda.

Pero aún tenía que indignarse mucho más cuando el día fue transcurriendo lentamente y la puertecilla de la celda se fue

abriendo en distintas ocasiones para dejar paso a nuevos detenidos.

Watson sentía en su pecho un rugido de rabia por el trato de que era objeto. Pensaba mil cosas para cuando saliera de allí. Protestaría violentamente ante sus jefes para que a su vez presentaran una protesta en reala a la Policía metropolitana.

Tenían que haber comprobado que era un agente federal real y verdadero; no un impostor.

Y tratarle como tal.

Su impaciencia le llevó casi a la desesperación. No podía permanecer por más tiempo allí encerrado mientras se desarrollaban sucesos muy graves en torno al asunto Bradford-Yoncalla. No podía permitirse el lujo de estar allí encerrado, rodeado de delincuentes.

Por ello, cuando percibió ruido en la puerta, señal de que iba a abrirse, saltó hacia adelante y se situó junto a ella.

Iba a salir. Costará lo que costara. Por las buenas o por las malas.

Había tenido ya demasiada, paciencia.

Y además, los compañeros le llamaban «el Bravo».

Unos cuantos guardias de la Policía metropolitana no serían demasiada barrera para impedirle salir de aquel calabozo inmundo.



Evocativo es el título de nuestra Serie

WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia del Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa o un gesto de desafío.

WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de *cow-boys*.

VII



El agente que abrió la puertecilla no estaba preparado para afrontar lo que se le fue encima.

Watson estaba ya recuperado del golpe recibido en la cabeza, estaba desesperado y, por añadidura, sabía luchar.

Por ello, cuando la puerta forrada de planchas de hierro se abrió para dejar paso a un nuevo detenido, Watson saltó hacia adelante, abriéndola del todo. Cogió al que llegaba y tiró de él, lanzándolo hacia el interior de la celda. Después, casi sin transición, se precipitó hacia los botones plateados y uniforme azul que tenía ante él.

El uniforme azul y el hombre que iba enfundado en él se sintieron levantados por el aire; en el acto, todo giró

vertiginosamente durante un par de segundos para, inmediatamente después, ver que una de las paredes del pasillo, precisamente la más alejada, se aproximaba a velocidad de vértigo, sin que existiera nada que la pudiera detener.

Hombre, uniforme azul y botones plateados se estrellaron con sordo ruido contra aquella pared y quedaron en montón sobre el suelo, mientras Watson corría escaleras arriba con toda la velocidad que le permitían sus entumecidas piernas.

Se detuvo durante un momento ante una puerta que parecía cerrada, pero que no lo estaba con llaves ni cerrojos. Para franquearla le bastó tirar con fuerza del picaporte y se encontró en una sala llena de guardias y hombres en mangas de camisa. Unos escribían en máquinas, otros hablaban por teléfonos, otros iban de un lado a otro.

Se percató de que ninguno se fijaba particularmente en él. Tomó aire en sus pulmones y con entera tranquilidad fue avanzando entre las mesas.

Llevaba con toda seguridad el mismo camino que empleó cuando le metieron en el calabozo. Un podía equivocarse, aunque la primera vez iba medio inconsciente por el golpe y la sucesión de desconcertantes acontecimientos.

Ante él, a muy pocos pasos va, estaba la puerta de cristales que conducía al vestíbulo y a la calle.

Si no se daban cuenta de su presencia allí, a los cuatro segundos estaría libre.

Pero sí se dieron cuenta.

No porque se fijaran en él: estaban demasiado atareados todos para hacerlo. Sino porque desde el sótano, subiendo la escalera, y desembocando por la puerta que Watson acababa de franquear, llegó una sucesión de gritos, que pusieron en conmoción a todos los agentes y guardias.

—¡Socorro! ¡A él! ¡Que se escape un preso!... ¡Detenedle!

El murmullo producido por las conversaciones cesó en el acto. El propio Watson se detuvo durante un segundo de irresolución.

Los ocupantes de las mesas, los guardias, todos levantaron las cabezas y, como si del cuerno de Watson emanara un fluido acusador, todas las miradas convergieron en él.

Hubo un compás de espera, una vacilación en todos. El mismo

Watson se mostró irresoluto, sin saber qué hacer en aquel momento.

Gustosamente habría seguido la huida, sin detenerse hasta llegar al despacho del inspector jefe del

F. B. I.,
en Chicago.

Pero no era un delincuente interesado en huir de la Justicia y sus representantes.

Por ello se mantuvo inmóvil, con la mano extendida hacia adelante, mostrando algo brillante en la palma.

—

F. B. I.

—dijo, simplemente—. Deseo ver al jefe de la Policía en el acto.

El silencio continuó, quebrado sólo por una silla que cayó al suelo cuando un hombre se puso en pie.

El joven vio que varios revólveres le apuntaban desde distintos puntos de la sala general del Precinto.

—Soy agente especial del

F. B. I.

—repitió—. Pueden guardar esos cacharros. ¿Dónde está el jefe?

—Levante las manos y no se mueva —ordenó él mismo agente que tiró la silla al suelo al ponerse en pie—. ¡Pronto!

Avanzó en dirección a Watson, sin dejar de apuntarle con un revólver.

Era hostilidad lo que veía Watson en todos los rostros. Deseos de hacerle volver a la celda de detenidos, hasta tanto ponían en claro su identidad por procedimientos lentos y excesivamente burocráticos.

Y él no podía perder el tiempo tan lastimosamente.

No obstante, y obedeciendo la orden del policía, elevó ambos brazos por encima de su ensangrentada cabeza.

El agente llegó hasta él y quedó dándole frente a un paso de distancia.

—Sabemos de antemano que usted se hace pasar por federal —dijo, con voz tranquila—. Lo tenemos que aclarar. Pero mientras nos convencemos de la verdad, usted tiene que esperar abajo, en la celda.

—Basta una llamada por teléfono a la División federal para que sepan ustedes a qué atenerse —arguyó el joven, con docilidad y sin

bajar las manos—. ¿Por qué no lo hacen?

—Nosotros conducimos nuestros propios asuntos y no necesitamos que usted nos diga lo que debemos hacer. ¡Camine!

—Al menos, hagan esa llamada que les pido, sin que me pongan en libertad hasta la confirmación total...

—¡Camine!

Había agotado ya todos los argumentos razonables. Y la ira rebosaba por todos los poros del cuerpo del joven federal.

Ellos lo habían querido...

Los dos brazos de Watson descendieron como rayos, para ir a golpear en la mano que empuñaba el revólver.

El arma rodó por el suelo, coincidiendo el ruido que produjo con el impacto del puño derecho de Watson contra el mentón del policía.

Voces de alarma, pasos precipitados, arrastrar de sillas y un cuerpo que se derrumba contra el suelo, fuera de combate.

Y casi al mismo tiempo, el paso del cuerpo de Watson por la puerta de cristales, sin que nadie llegara a tiempo de impedirle la salida.

Ante él se ofreció un tramo de escaleras blancas, bien iluminadas, rectas, amplias. Abajo, el portal de mármol, con un par de guardias.

A sus espaldas, voces airadas y pasos precipitados que iban tras el fugitivo.

Se encontraba en el momento más peligroso.

Porque había allí espacio suficiente para que las armas de los agentes entraran en acción.

Todo estribaba en su rapidez para alcanzar la calle, antes que los policías pudieran hacer uso de sus pistolas.

Porque lo harían; Watson no tenía ninguna duda.

Y recibiría un balazo, o cien balazos, por la espalda, antes de que llegara a la mitad de las escaleras, si es que cometía la estupidez de bajarlas escalón por escalón.

Como un nadador que se lanza desde lo alto del trampolín, así se tiró el joven desde lo alto de la escalera.

Se apuntó, a sí mismo, a uno de los dos agentes uniformados que prestaban servicio en el portal del Precinto.

Por el aire, como un proyectil de obús, surcó a vertiginosa

velocidad el camino, y fue a chocar contra el guardia, al cual derribó, sin que el hombre pudiera darse cuenta de lo que sucedía.

Watson, en cambio, se conservaba bien despierto, alerta, con músculos y nervios en tensión.

Le bastó empujar al otro agente con cierta violencia, para derribarlo sobre el caído.

Y él, con rapidez, saltó a la calle, en el preciso momento en que en lo alto de la escalera restallaba un disparo.

Oyó a la bala pasar junto a él y levantar esquirlas de cemento en el suelo.

Pero tenía algún tiempo por delante, antes de que pudieran producirse nuevos disparos.

Corrió con la máxima velocidad en dirección a una parada de taxis que había en una esquina, fuera de la vista de los posibles perseguidores del Precinto.

Subió al primer coche de la fila, y le dio la dirección de las oficinas de la División del F. B. I.

El conductor le miró con cierta sospecha, pero al oír las tres siglas, puso el coche en marcha y partió raudo.

—¡Vuele! —ordenó Watson, luego de echar una ojeada por la ventanilla trasera—. ¡Es cuestión de vida o muerte!

El conductor del coche de alquiler hundió el pie derecho en el pedal acelerador y el vehículo dio un salto brusco, que lanzó a Watson de espaldas sobre el asiento.

Nueva mirada por la ventanilla posterior, y el joven vio que varios coches de la Policía se ponían en marcha, con agentes en los estribos o colgados de las ventanillas.

Las sirenas comenzaron a ulular poblando el aire calmado de la mañana de lamentos y alarmas.

Y el conductor del coche en que iba Watson comenzó a dar muestras de intranquilidad.

El joven lo notó y temió que parara, al sentirse perseguido por los coches patrulla.

Para evitarlo, descorrió el cristal que separaba la parte delantera del sitio del ocupante y puso delante de los ojos del chófer su placa de agente especial del

F. B. I.

—Soy federal, amigo —dijo—. Y aparte de eso, le voy a dar un montón de dólares si no se deja atrapar por esos escandalosos. No haga caso de discos rojos, ni de señales de guardias. Pare sólo ante la puerta del

F. B. I.

El conductor sonrió. El agente le encargaba algo con lo que sueña todo conductor: hacer lo que le dé la gana en las calles de una gran ciudad. Despreciar los semáforos, sacar la lengua a los guardias, circular por mano contraria y reírse de la sinfonía de pitos y maldiciones que va creando a su paso.

Y todo esto, claro está, hacerlo con razón, por un motivo de vida o muerte, según había dicho el agente.

—No se preocupe —dijo, mostrando los dientes—. Fui conductor de bomberos durante un tiempo.

Y lo demostró. De la misma manera que demostró que sabía lo que era un volante, cuatro ruedas y un motor, así como la manera de ir por la calle, rozando autobuses, afeitando coches y asustando peatones.

Tras el taxi, cuatro coches policíacos ululando, cargados de agentes que gesticulaban.

Para más de un peatón, testigo de la carrera de automóviles, constituyó aquello un verdadero y emocionante espectáculo.

Mas todo acabó con la misma celeridad que comenzara.

El taxi frenó ante la puerta del edificio del

F. B. I.,

y Watson saltó a tierra con rapidez.

—Venga conmigo —dijo al conductor, que le sonreía desde su asiento—. Cuando lleguen éstos, tendrán bastante mal humor.

Los coches patrulla se aproximaban a toda velocidad, y él conductor del taxi comprendió que aquel joven, con la cabeza, ensangrentada y la ropa en desorden, tenía toda la razón.

Se bajó del coche y corrió junto a Watson, hasta penetrar en el edificio del

F. B. I.

Un momento después, un ascensor los dejaba en la primera planta, y, después de recorrer un pasillo, penetraron en el despacho del inspector jefe de la División.

No llamaron ni pidieron permiso, simplemente entraron.

El inspector Colt se puso en pie, alarmado al ver entrar a aquellos dos hombres desconocidos. El conductor porque lo era, y Watson porque estaba realmente irreconocible.

—¡Buenos días, señor! —dijo el joven, sonriendo—. Soy Watson...

—¡Muchacho! ¿Qué te ha sucedido? —se asombró Colt.

—Le contaré más despacio. Ahora sólo quería advertirle que esté preparado para solucionar un problema diplomático con los de la Metropolitana. Vengo directamente de los calabozos.

—¿Detenido por los guardias? ¿Por qué?

—Detenido y sin probabilidades de ser soltado en una buena temporada.

—Pero... ¿dijiste quién eras?

—Por supuesto, señor.

—Entonces es que... te han detenido por algo. Watson. ¿Escándalo? ¿Tomaste alguna copa de más?

—No hay nada de eso —sonrió Watson—. Pienso más bien que alguien, con mucho ascendiente con los guardias, presentó una denuncia bastante bien amañada. Y ellos, con su «credulidad» un tanto sospechosa, me encerraron. Eso es todo, señor.

Golf, pulsó un timbre y acudió un ordenanza.

—Si algún miembro, sea cual fuere su categoría, de la Metropolitana intenta verme, que espere hasta que avise.

El ordenanza salió después de una inclinación de cabeza.

—Ahora sale usted también, pero por esta otra puerta —dijo Watson al conductor del taxi.

Cuando quedaron solos, Watson tomó asiento sin ninguna ceremonia.

—Voy a ponerle al corriente de todo —comenzó.

Pero el inspector Colt le interrumpió con un ademán.

—Espera, muchacho —dijo—. Primero te pondré en manos de mi médico para que te ponga un esparadrapo en ese agujero que tienes en la cabeza. No deseo que se te salgan las ideas.

—Pues yo sí pensé que las perdía todas junto con la masa encefálica —dijo el joven—. Fue un buen garrotazo...

—¿Quién te lo «administró»?

—Se asombrará usted cuando le diga el nombre del que me hizo esta caricia.

—¿Sí? —De nuevo oprimió un botón el inspector, y cuando apareció de nuevo el ordenanza, ordenó:

—Avise al doctor Cramer.

El ordenanza, siempre en silencio, fue a retirarse, pero un gesto del inspector lo inmovilizó en medio de la puerta.

—¿Ha llegado la visita de los metropolitanos? —inquirió.

—Sí, señor —respondió el ordenanza.

—Y... ¿qué tal cara tienen? —preguntó Colt, con los ojos entornados.

—Creo que están un poco... excitados —dijo el ordenanza.

—Bien. Que esperen. Que se apresure el doctor Cramer...

Se encaró con Watson para preguntarle:

—Dime qué ha sucedido, y emplea pocas palabras.

Watson hizo un relato sucinto de los hechos y acabó en el momento en que penetraba el doctor Cramer, el cual procedió a lavar cuidadosamente la herida de Watson.

Con ello se suscitó de nuevo la cuestión relativa al causante del golpe.

—Me pegó por la espalda, cuando estaba distraído. Y no podía esperar que me atacara. Era lo último que podía pensar en aquel momento —declaró Watson, cuando el doctor salía del despacho.

—¿Y quién fue, Watson? —preguntó Colt.

—Nada menos que el señor fiscal general del Estado —fué la respuesta del leven—. El señor Abbe Bradford.

—¡Vaya! Bradford se ha vuelto loco...

—Yo no descarto esa posibilidad, señor; formalmente —dijo Watson, con voz ronca—. Me da pena de ese hombre...

—Bueno hijito. No te muestres demasiado sentimental Nunca lo has sido. Ahora, deja que me entienda con los guardias. Ya sabes lo celosos que se muestran cuando estamos nosotros por medio...

—Sí. Excesivamente celosos...

—No te preocupes demasiado. Luego hablaremos.

—No soy yo el que se preocupa, señor —dijo Watson, poniéndose en pie—. En lo sucesivo, los que van a tener motivos de preocupación, son ellos, los guardias y alguien más que tiene poder para moverlos como peones de ajedrez.

Salió del despacho del superior con una cruz de esparadrapo en la nuca y unos deseos más firmes que nunca, de ponerse en

campana cuanto antes. Veía que estaba en los principios de una aventura peligrosa y apasionante. Y no en vano le llamaban los compañeros Watson «el Bravo».



No existe publicación ilustrada más popular que

AVENTURAS DEL F. B. I.

Y tampoco logran igualar el interés de

JEQUE BLANCO

Únicamente puede comparárseles con ella, otra nueva creación de EDITORIAL ROLLAN

MENDOZA COLT

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión justiciera.

**¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN
MENDOZA COLT!**

VIII



EDIA hora después, Watson fue llamado al despacho del Inspector jefe de la División.

Lo encontró sentado, como siempre, tras su mesa de trabajo. Tenía una ancha sonrisa en su rostro y en lugar de estar inclinado sobre la mesa, se hallaba retrepado en su sillón, con un cigarrillo en la mano izquierda, una pierna sobre otra y la mirada dirigida hacia la ventana que daba a la calle.

Cuando Watson se detuvo cerca de la mesa de su superior, éste volvió los ojos hacia el visitante y la sonrisa desapareció.

—Siéntate, Watson —invitó—. Tenemos que hablar.

El joven conocía bien al inspector jefe y a pesar de que en el rostro de éste había gravedad, no se alarmó demasiado. Antes, campeaba una sonrisa.

Colt entró con rapidez en materia.

—¿Qué has hecho en el Precinto de los guardias? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Marcharme sin el alto permiso de ellos —respondió el joven, sin vacilar.

Hubo un conato de sonrisa en el rostro de Colt, pero se quedó solamente en mueca.

—Me lo han contado todo —dijo.

—¿Absolutamente todo? —preguntó Watson.

—Ahora comprobaremos si lo que me han dicho confronta con el informe tuyo. Comienza sin dejar nada dentro, hijo.

Watson amplió el relato de todos los sucesos, desde que, obedeciendo a una corazonada, fue a la mansión de Marlin Yoncalla, esperando dar con el desaparecido fiscal, hasta que, acompañado de un conductor de taxi, penetró en el edificio de la División federal.

Colt escuchó todo con la máxima atención y, al final, quedó en actitud meditabunda, los codos apoyados en la mesa de despacho y acariciándose la barbilla con ambas manos.

—Bien —dijo al cabo de unos minutos de silencio—. Todo concuerda a la perfección, salvando los dos puntos de vista, claro está.

—¿Ha podido usted deducir el motivo de la terquedad de los guardias? —quiso saber Watson—. Se comportaron de una manera demasiado... recalcitrante. No me escucharon cuando les indiqué mi condición de miembro del

F. B. I.,

no quisieron comprobarlo en el acto.

—Cierto. Me he fijado en ese detalle también y me da que pensar. ¿Qué deduces tú de ello?

—Dos cosas, señor —dijo Watson, abandonando la actitud despreocupada y un tanto alegre que presidía siempre todos sus actos—. O estaban equivocados, recelosos por algún motivo especial, o existe alguien entre ellos, con mando suficiente, claro está, interesado en mantenerme apartado de mis investigaciones y trabajos durante cierto tiempo.

—Lo que dices es muy grave, Watson —dijo el inspector.

—Pero usted sabe que puedo estar en lo cierto.

Hubo un silencio, durante el cual ambos hombres parecieron meditar profundamente. Lo rompió el inspector para decir:

—Ellos aseguran que recibieron una llamada telefónica urgiendo su presencia en el hotel de la calle Milwaukee, donde se oían disparos, ruido de lucha y gritos de socorro. Fue cuando te atraparon, muchacho.

—Pero yo les dije que era federal, y no me soltaron ni efectuaron averiguación alguna. En lugar de ello, me trataron como a un delincuente común...

—Y aquí llegamos a tú segunda suposición, ¿no es eso? —le interrumpió el inspector.

—Exacto, señor —dijo Watson rotundamente—. Entre los guardias hay alguien que recibe órdenes de Marlin Yoncalla.

—¿No crees que es demasiado categórica esa afirmación, Watson? —preguntó Colt, con el semblante sombrío.

—¿Usted lo cree? —arguyó el joven.

Los ojos de Watson escrutaron el rostro de su superior con gran atención, deseoso de no perder ningún detalle en aquella noble fisonomía.

La cabeza de Colt se movió lentamente de un lado a otro.

—Estoy de acuerdo contigo, muchacho —dijo—. Pero no podemos hacer nada sin poseer las pruebas rotundas. Ni siquiera podemos mencionar el nombre de Marlin Yoncalla como sospechoso... ¡Esas pruebas que necesita un Jurado...!

—Abbe Bradford las tenía —aseguró Watson—. Las reunió valiéndose de agentes especiales de la Fiscalía.

—Sí. Y recuerda que nos frotábamos las manos de placer, seguros de que recaería sobre él una condena dura —dijo Colt entre dientes—. De la misma manera que nos congratulábamos por contar con un fiscal de las agallas de Bradford. Pero ¿en qué ha quedado todo? Bradford ha pagado cara su osadía al intentar hundir a Yoncalla y sus secuaces. ¡Muy caro!

—¡Demasiado caro! —repitió Watson—. No cabe duda que Yoncalla se sabe cuidar.

—Es duro en la defensa... —comentó Colt.

Watson se echó hacia atrás en su asiento.

—Pero... no consentiremos que se salga con la suya, ¿verdad, señor? —dijo, con suavidad—. No abandonaremos a ese pobre

Bradford a su suerte, no lo dejaremos en medio de su locura homicida, expuesto a morir acribillado a balazos en cualquier esquina...

—¿Tratas de convencerme de algo, Watson? —preguntó Colt, mirando con fijeza a su subordinado.

—Me da pena Bradford, señor.

—Y... ¿quién ha dicho que lo vamos a abandonar? —quiso saber el inspector, elevando el tono de voz—. Si Bradford pudo hacerse con pruebas condenatorias, nosotros podemos hacer lo mismo y algo más. Con la diferencia de que a nosotros no podrá hundirnos tan fácilmente como al fiscal.

Watson se puso en pie de un salto; en su rostro podía advertirse una alegría radiante, unos deseos imperiosos de ponerse en campaña lo antes posible.

Fue a decir algo, pero decidió esperar a que el inspector hablara.

—Voy a buscar esas pruebas, muchacho —dijo Colt después de unos segundos de meditación—. Pondré a unos cuantos agentes especiales en campaña y me encargaré yo mismo de todo. Creo que conseguiremos reunir esas pruebas que el Jurado necesita para dar un veredicto condenatorio.

Watson contuvo la respiración antes de formular una pregunta que le bailaba en los labios:

—Y yo, señor, ¿qué voy a hacer?

—Tú seguirás con lo mismo que tienes entre manos, Watson —respondió el inspector Colt, sonriendo—. Encárgate de Bradford. ¡Y procura que no te aplique demasiados garrotazos!

Peter Watson tomó asiento cerca de la ventana de su despacho, en uno de los últimos pisos del edificio de la División del F. B. I.,

en Chicago. Necesitaba permanecer sólo durante un tiempo para meditar despacio acerca de la tarea que tenía encomendada.

El inspector Colt, con todos los medios a su alcance, iba a emprender el trabajo más laborioso, que culminaría con la destrucción de Yoncalla y todos sus tinglados ilegales. Esto no era una tarea de unas horas ni siquiera de pocos días. Serían muchas las investigaciones que se llevaran a cabo, con paciencia, por numerosos agentes especiales.

Y triunfarían, antes o después.

Pero la misión que él tenía que afrontar era urgente. Apremiante, urgentísima en grado sumo.

Porque urgentísimo era encontrar a Abbe Bradford y colocarlo en un sitio donde no pudiera cometer ningún acto que lo comprometiera gravemente y, además, donde a su vez no pudiera recibir daño alguno.

Y urgentísimo era encontrar el paradero de Shony McNally, raptada hacía dos días y en peligro de morir o tal vez algo peor.

Ambas cosas eran apremiantes. Cuanto antes encontrara a Bradford y a Shony, menos probabilidades habría de que la crónica negra de los periódicos de Chicago se engalanara con una de las informaciones del gusto de muchos lectores morbosos.

Ordenó sus ideas en la tranquilidad de su despacho. De nada servía pensar en la urgencia de su misión. Era preciso hallar el medio de darla cima lo antes posible.

Comenzar la búsqueda por Shony le pareció el camino más lento. Sería hartamente difícil dar con el sitio exacto en que estuviera encerrada.

Encontrar a Bradford le pareció más sencillo, sin que esto hiciera suponer que era fácil porque en una ciudad como Chicago, dilatada, enorme, con gran población, buscar a un determinado individuo, que, además, procuraría esconderse, no podía ser fácil en modo alguno.

Pero Watson tenía un arranque. Conocía el deseo de Bradford de encontrar a su prometida. Como la vez primera, iría locamente en busca de Yoncalla. Y, entonces, sería el momento de atraparlo.

Encontrarle era lo verdaderamente interesante, si es que podía convencerse al fiscal de que hablara.

Watson no podía olvidar que el fiscal tuvo en sus manos numerosos documentos que probaban la culpabilidad de Yoncalla y sus esbirros. Papeles que eran pruebas comprometedoras para muchas personas.

Aunque todo estuviera destruido por Yoncalla, Bradford tenía que recordar perfectamente el contenido de todas aquellas pruebas.

Y sí hablaba, proporcionaría una valiosa información para los trabajos del
F. B. I.

Era preciso, pues, encontrar a Bradford. Ése era el camino a seguir.

Decidido a ello, Watson se puso en pie, se enfundó en su baqueteada gabardina, tomó una «Magnum» con munición y se echó a la calle.

Mientras caminaba por la acera, trataba de ponerse en el lugar de Bradford.

«¿Que habría hecho?».

«¿Adónde habría ido?».

La respuesta a estas dos preguntas era la clave de todo.

Veamos: Bradford tenía una idea fija: vengar la muerte de sus padres y encontrar a su novia. O al revés; mas era lo mismo todo.

Con esa idea martillando en su cerebro, un cerebro un tanto ofuscado por los duros golpes recibidos en poco tiempo, era lógico pensar que Bradford rondaría la casa de Yoncalla, como la primera vez que Watson lo encontró.

Los pasos del agente especial lo dirigieron hacia la casa al otro lado del parque.

Llego andando, ya que su coche era hartamente conocido a aquellas alturas y, además, había quedado frente al «*bungalow*» donde le detuvo la Policía el día anterior.

Por entre los árboles, dio la vuelta completa a la gran mansión, propia de un poderoso industrial, pero que, en realidad, había sido levantada con las lágrimas y la sangre de muchas personas.

Llegó a la calle principal, y los relucientes escaparates de la cafetería donde estuvo con Bradford, llamaron su atención.

Decidió tomar algo desde aquel sitio estratégico. Podría hacerlo sin perder de vista la entrada de la casona.

Y su estómago agradecería la recepción de algo caliente.

Penetró en el establecimiento y se encaramó en una de las banquetas junto a la barra.

—«Hott-dogs» y café —pidió a una guapa chica que le sonrió profesionalmente.

Mientras le servían lo pedido, Watson paseó su mirada por los rostros de los clientes que había en el local.

Lo hacía, como siempre, de una manera maquinal, sin poner demasiado interés en su pesquisa.

Pero, de pronto, sus ojos quedaron fijos, prendidos en otros que

le miraban a través del espejo colocado en la pared.

Eran unos ojillos porcinos, entornados para mirarle con una expresión de odio infinito.

Reconoció al punto al individuo. Se trataba de Neil McMahon.

Giró sobre la banqueta y buscó de nuevo los ojos del pistolero, directamente.

Neil seguía mirándole de igual modo.

Entonces, Watson mostró los dientes en algo parecido a una sonrisa, e hizo un gesto amistoso con una mano.

Luego, saltó de la banqueta y se encaminó al lugar donde estaba el individuo.

—¡Pero si es Neil! —exclamó—. ¡Mi buen amigo Neil! ¿Cómo te va, desde que no nos vemos?

Neil se irguió, un tanto desconcertado por la actitud del agente, miró a derecha e izquierda, como buscando una inspiración que le dictara una línea de conducta.

Y se sintió seguro. No en vano estaba acompañado por unos buenos chicos, de su absoluta confianza, que llevaban en los bolsillos de sus gabanes unos buenos «quitapenas».

La idea de revancha cruzó en el acto por su estrecha mente. No hacía muchas horas, aquel polizón le había maltratado. Aún tenía hinchada una mano, como consecuencia del pisotón recibido.

—Chicos —dijo, con una euforia falsa—. Éste es Watson. Un fulano con quien estuve en la guerra...

—¿Tú has estado en la guerra? —preguntó un individuo desmedrado, tan delgado que sus ropas le caían por todos lados y hacía pensar en que adquirió raquitismo de niño y ya no pudo librarse de él nunca.

—¡Claro! ¡En el Pacífico! —aseguró Neil, con desparpajo—. ¿Te acuerdas? —añadió, dando una fuerte palmada en la espalda de Watson, que estuvo a punto de hacer toser al agente.

—Sí... Me acuerdo —dijo Watson—. ¡Eran los buenos tiempos!

—¿Es que te va mal? —preguntó Neil, componiendo un gesto de dolor—. Pues eso no está bien. ¡Voy a invitarte!

Se volvió hacia sus amigos y guiñó uno de sus ojillos de puerco.

—Vamos a comer juntos todos, éstos son también buenos chicos —siguió, transpirando euforia, con ademanes protectores—. Iremos de paseo en coche y lo pasaremos estupendamente.

Hablaba y hablaba, gesticulando, sin dejar que Watson objetara nada.

Vio que estaba rodeado por los compañeros de Neil y al punto se dio cuenta de lo que el pistolero pretendía.

Sonrió.

Era una estratagema demasiado ingenua, pero, por otra parte, digna de aquel oso sin cerebro.

Se encontró en la calle, siempre rodeado por los cuatro amigos de Neil McMahon, mientras éste charlaba optimista, como queriendo aturdir al agente.

Le habría bastado dar unos cuantos puñetazos a derecha e izquierda para librarse de aquellos individuos, pero no lo hizo.

Cualquier medio era bueno para entrar en contacto con tipos allegados a Yoncalla.

Se dejó conducir, con la sonrisa en los labios, mientras Neil, cada vez más seguro de su triunfo, repetía a cada momento la palabra «paseo».

—Un buen paseo por el campo sienta a las mil maravillas —decía—. Después del paseo, nos iremos a cualquier sitio. Los paseos por el campo despiertan el apetito. ¡Ya verás!...

Subieron todos a un coche grande, y Watson quedó aprisionado entre Neil y otro tipo tan grande como el pistolero, en el asiento posterior. Los otros tres ocuparon el asiento delantero; y el coche arrancó a buena marcha.

Watson comprendió que debía decir algo. Pero algo que sirviera para aumentar la confianza de Neil y los otros.

—Yo pensé que me guardarías rencor, Neil... Por lo de la otra noche.

Neil soltó una gran carcajada, se volvió a medias y golpeó bestialmente las espaldas de Watson.

—Hay que saber jugar, muchacho —dijo, rebosando falsa cordialidad—. Unas veces toca perder y otras ganar. Por ejemplo, la otra noche me tocó perder a mí, aunque después te dejamos con un palmo de narices. Hoy, por el contrario, te ha tocado perder a ti...

Watson miró lánguidamente al pistolero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, con la máxima ingenuidad de que fue capaz.

—Pues sencillo, hombre —respondió Neil—. Quiero decir que

hoy me voy a cobrar tus malos tratos de la otra noche. Nada más que eso.

—Pensé que lo habías olvidado, Neil —se dolió Watson.

—Pues te habías equivocado.

—Basta de bromas —dijo Watson, bruscamente serio—. Parad el coche...

Tanto Neil como el otro individuo se le echaron encima, imposibilitándole de todo movimiento. Unas manos topes buscaron en su sobaco izquierdo y extrajeron el «Magnum», mientras Watson sonreía, sin ser visto, al comprobar que la «Luger» que llevaba en la cintura no fue descubierta.

Neil se apartó un poco, después de guardarse el revólver del agente.

—¡Luego dicen que los polizontes son listos! —exclamó, con un desprecio absoluto—. Pero tú eres de lo más tonto que he visto en mi vida.

—¡Hombre! No creo que te haya hecho nada tan grave como para que desees tomarte una revancha...

—¿Qué no? —Neil colocó su rostro muy cerca de la cara de Baxter, mirándole con sus ojillos malignos, en los que se advertía un odio feroz—. Voy a aplastarte esa cochina cara para que otra vez sepas con quién te juegas el tipo. ¡Nos vamos a divertir de lo lindo!

Watson llegó a la conclusión, de que era muy posible que todo sucediera como Neil anunciaba. Lo machacarían la cara a conciencia. Pero, al mismo tiempo, aquella declaración no anunciaba un asesinato, como pensó en un principio que se proponía Neil llevar a cabo.

Siendo la víctima él, naturalmente.

No le importaba todo aquello que estaba sucediendo. Se había embarcado con Neil sabiendo lo que podía suceder. Pero aún tenía algunas cartas que jugar. No precisamente en la manga, por cierto, sino en una funda de su cinturón, por dentro del pantalón.

Y se llamaba «Luger» del 9.

Se abalanzó hacia una de las portezuelas, pero los otros lo sujetaron con fuerza y recibió los primeros golpes.

—No pierdas el tiempo tratando de escapar —le advirtió Neil—. Te irá mejor, ¿sabes?

Watson permaneció muy quieto entre los dos pistoleros. Sus ojos

se fijaban bien en el camino que el coche recorría.

Habían dejado a un lado la carretera principal para meterse por otra secundaria. Atravesaron por el centro de una villa, formada por hoteles de recreo y piscinas con mucho arbolado. Luego tomaron por un camino estrecho, asfaltado a trechos y que describía muchas curvas.

Ese camino desapareció en un campo y fue sustituido por otro de arena, por el que el coche derrapaba continuamente, dando bandazos a derecha e izquierda, como consecuencia de la excesiva velocidad que llevaba.

Watson vio un cartel o, mejor dicho, los restos de un cartel de madera, con un letrero pintado y una flecha indicadora.

En el primer cartel no consiguió leer lo que ponía, pero en un recodo vio que había otro poste, a un lado del camino, y que el cartel estaba mejor conservado.

«La Cabaña», leyó Watson.

Poco después, el coche se detenía ante una construcción de un solo piso, con una puerta bastante grande y dos ventanas únicas en toda la larga fachada.

Sobre la puerta quedaban algunas letras de tubos neón, y Baxter supo que aquello era «La Cabaña».

Los pistoleros descendieron del coche, y siempre rodeando al agente, le hicieron avanzar hasta el interior de aquella extraña casa.

Nada más transponer la puerta, Watson se dio cuenta del sitio en que se encontraba.

A pesar de que todo estaba en el mayor abandono, «La Cabaña» debió haber sido una sala de fiestas nocturnas. Había un gran patio en el centro, al estilo mejicano, con una pista de cemento bastante amplia y desconchada en distintos sitios. Unas rejas de hierro en las paredes, restos de macetas, algunas sillas y mesas diseminadas aquí y allí, descoloridas y agrietadas por la intemperie y el abandono.

No pudo fijarse en más detalles, porque los pistoleros le empujaban de continuo en dirección a otra puerta que daba al patio.

Lo hicieron penetrar en una sala amplia, tan abandonada como todo lo demás, pero que también conservaba vestigios de haber sido el bar de aquella «*boîte*». Un mostrador largo, estantes de cristales y un montón de sillas y mesas, en confuso desorden, en un rincón.

—Proporcionad un asiento a nuestro huésped —ordenó Neil.

Watson se sentó en una desvencijada silla que le presentaron, y cuatro hombres le rodearon sin perderle de vista.

A la sazón, con pistolas empuñadas apuntándole.

Neil se aproximó al mostrador y Watson le vio con un aparato telefónico en la mano, marcando un número.

Hasta el momento, y a pesar de todos los síntomas en contrario, Watson pensó que todo iba bien.



UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES.
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL

MENDOZA COLT

El famoso *gun-man* de raíz española, cuya terrible ve-
locidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos
que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con
ahínco al culpable de su desgracia hasta que...

PUBLICACION QUINCENAL, 1,50 pesetas

IX



O que decía Neil con el teléfono aplicado al oído retumbaba en el salón vacío.

Las palabras rebotaban en las desnudas paredes, se entrecruzaban en la bóveda del techo y llegaban por último a los oídos de Peter Watson con toda nitidez.

Primero pidió comunicación. Luego habló con un par de personas y aguardó un buen rato hasta que, al otro extremo del hilo, se colocó la persona con quien el pistolero deseaba hablar.

Toda la actitud fanfarrona de Neil desapareció al instante para adoptar un aire sumiso que a Watson le recordó el aspecto de los perros cuando les riñe el amo.

—Sí, señor —decía Neil—. Tengo al tipo que me pescó la otra

noche. Es un federal más tonto que beber gaseosa en invierno. Antes de machacarle, he pensado que a lo mejor le interesaba a usted hacerle algunas preguntas...

Pausa, durante la cual Neil miró al techo con gran insistencia.

—Yo pensé que sería lo mejor —dijo luego.

Nuevo silencio, mientras escuchaba con el auricular pegado al oído, el rostro rojo como las amapolas.

—Usted verá. A lo mejor tiene algo que decir si se le pregunta convenientemente.

Neil lanzó una mirada cargada de amenazas en dirección al prisionero.

El silencio se prolongó durante un buen rato, hasta que, por fin, Neil concluyó:

—Así se hará, señor.

Y colgó el aparato en su percha.

Pasó por debajo de una trampilla del mostrador y se aproximó al grupo de compinches que rodeaban a Watson.

—Bueno —dijo—. Ya sabemos lo que hay que hacer —anunció—. ¡A la bodega! La juerga está aplazada por el momento.

Varias manos rodearon a Watson por distintos puntos del cuerpo y lo hicieron ponerse en movimiento. Era inútil resistir, pero el joven agente se debatió por cuestión de principio.

—¡No tenéis derecho...! —protestó.

Neil le aplicó un pescozón.

—¡A callar, polizante!

Recorrieron un estrecho pasillo hasta llegar a una sala tan abandonada como el resto del edificio. Había un gran fogón metálico en el centro, una gran nevera de grandes proporciones, todo esmaltado de blanco y cubierto de polvo.

En uno de los ángulos de la cocina existía una trampilla que a la sazón estaba abierta. Watson vio el arranque de una escalera que se perdía en la oscuridad de un sótano.

—Baja, «poli» —ordenó Neil—. Ahí estarás muy cómodo.

Watson titubeó antes de obedecer, pero el pistolero lo empujó con fuerza en dirección a la trampilla. Dio un traspiés y estuvo a punto de rodar por las escaleras abajo; pudo aferrarse a la trampilla, y con ello consiguió mantener el equilibrio. Pero alguien la empujó también, y Watson tuvo que bajar precipitadamente

varios escalones, a la vez que sentía un fuerte golpe por encima de su cabeza y se encontraba rodeado de impenetrable oscuridad.

Respiró polvo, que le hizo toser durante un rato. Después, en vista de la estrechez de los escalones, decidió bajarlos. En el mismo momento en que lo hacía se encendió una luz al fondo. Era una bombilla colocada muy cerca de un abovedado techo lleno de telarañas. Watson miró en torno. Se encontraba, a todas luces, en lo que fue bodega de aquel restaurante o sala de fiestas. Era una especie de galería estrecha y bastante larga, con unos estantes de hierro a ambos lados de las paredes, destinados a colocar las botellas de distintas marcas de vinos. Vio muchos cascós vacíos, pero no tuvo la suerte de encontrar ninguno que contuviera una bebida que le habría venido muy bien en aquellos momentos.

Sonrió en su soledad.

No sabía si cometió una tontería al dejarse llevar por los pistoleros o si, con ello, conseguiría alguna buena pista. El tiempo lo demostraría.

De todas maneras, no sentía encontrarse allí. Neil era lo suficientemente bestia como para creerle tonto.

Al pensar esto último, la mano diestra de Watson palpó a través de su cinturón el bulto que hacía la automática que los pistoleros no habían encontrado.

La posesión del arma de fuego le proporcionaba una gran seguridad en sí mismo.

Era necesario esperar, encerrado en aquella bodega húmeda y fría. Pero Watson esperaba mucho en un futuro muy próximo.

Tenía cigarrillos y fumó paseando, para evitar que los miembros se entumecieran en aquella atmósfera cargada de humedad.

Al mismo tiempo, su incansable mente trabajaba en el problema que tenía que resolver.

¿Qué estaría haciendo Abbe Bradford, el fiscal?

¿Qué sería de Shony McNally?

¿Cómo irían las investigaciones de sus compañeros del

F. B. I.?

Transcurrieron tres horas, que Watson empleó en ordenar sus ideas en espera de acontecimientos. Al cabo de esas tres horas, cuando ya comenzaba a dar muestras de aburrimiento y su paciencia llegaba al límite, oyó ruido cerca de la trampilla; pasos

precipitados, voces airadas. Watson se detuvo en el arranque de la escalera y miró hacia arriba.

La trampilla se abrió y pudo ver varias piernas que se movían y, después, un bulto ocultó la luz procedente de la cocina.

Un rosario de palabras pronunciadas por distintas bocas, entre las que Watson pudo distinguir: «¡Idiota! ¡Así aprenderás!», y algún insulto más grueso.

La trampilla se cerró con gran estrépito y todo quedó en silencio.

Watson esperó. Se daba cuenta de que bajo la trampilla cerrada había una persona. Percibía su respiración entrecortada y algún tímido movimiento.

Al cabo de unos segundos, se oyó un gemido. En el acto, Watson pensó que Abbe Bradford acababa de llegar para hacerle compañía.

Comenzó a subir los escalones, tratando de penetrar con la vista la oscuridad en que se encontraba aquella parte de la bodega, puesto que la luz de la única bombilla no alcanzaba hasta allí.

—¿Quién anda ahí? —Inquirió, antes de llegar a lo alto de la escalera.

Los gemidos aumentaron.

—¡Vamos, responda! —apremió Watson—. ¿Quién es usted?

Aguardó. Los gemidos continuaban en el mismo tono lastimero, pero Watson no reconoció en el timbre de voz al fiscal del Estado.

—¿Puede bajar? Aquí estará, mejor...

Oyó ruido, que hizo el otro en la oscuridad. Un momento después vio aparecer, entrando en el campo iluminado por la luz de la bombilla, un pie calzado con brillante zapato negro y la parte baja de un pantalón oscuro. En el escalón siguiente apareció otro zapato y el pantalón hasta la rodilla, Dé esta manera, fue surgiendo un hombre, desconocido para Watson. Y hasta era posible que aunque el joven lo hubiera visto muchas veces, no habría podido reconocerlo.

Porque presentaba un aspecto verdaderamente lastimoso. Había manchas de sangre en el rostro, estaba completamente despeinado, sucio, con un ojo amoratado y cerrado y señales de haber recibido una gran paliza.

Watson extendió sus manos y ayudó al desconocido a descender las escaleras, hasta llegar al suelo de la bodega.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Quién le ha puesto en ese

estado?

El otro le miró con su único ojo sano.

—¿Y usted? —preguntó, a su vez, con voz estropajosa—. ¿Qué hace aquí?

—Me han atrapado los de Neil —respondió Watson.

—¿Sí? A mí también. He sido un idiota...

—¿Por qué lo han encerrado? —inquirió Watson, con curiosidad, mirando con gran atención al desconocido.

El hombre se sentó en el suelo con grandes precauciones. A juzgar por la lentitud de sus movimientos, debía dolerle todo el cuerpo.

—Dígame quién es usted —dijo, después de un suspiro de alivio—. Y por qué está en manos de esta gentuza.

Watson ofreció un cigarrillo al desconocido y se puso uno en la boca, encendiéndole con pausados movimientos.

—Por lo visto —dijo, al fin, después de lanzar una gran bocanada de humo en dirección a la bombilla—, he metido mis narices en sitio donde no debía, según Neil y sus amigos. Por eso me han encerrado. No sé qué es lo que pensarán hacer conmigo.

El otro fumó en silencio, mirando a Watson.

—A mí me ha sucedido lo mismo —dijo, al fin—. Pero lo van a pagar caro. Con la Policía no se juega.

Watson abrió mucho los ojos.

—¿Usted es policía? —preguntó.

—Sargento detective Percival Hood —respondió el nuevo prisionero—. Ahora ya sabe quién soy y puede decirme quién es usted, aunque supongo que será algún tipo que ha caído en desgracia. Si va a contarme alguna mentira, puede callarse. Tengo bastante con lo mío.

—Soy el agente especial Peter Watson, del
F. B. I.

—dijo el joven.

—¿De veras? —Hood pareció un tanto perplejo al oír las palabras del joven federal—. No acabo de creerlo... ¿Tiene algo que lo acredite?

Watson lo tenía todo y lo mostró al sargento detective, el cual, a su vez, mostró un carnet y una chapa, que Watson estudió con gran atención, comprobando que eran auténticas.

Se sentó junto al sargento.

—¿Por qué lo han atrapado? —quiso saber.

—Pues porque estaba metiendo mis narices en sus asuntos; eso es todo. Pero me he comportado como un colegial. Por eso me han sorprendido. Y, además, me han zurrado a gusto, pero no me han sacado nada del cuerpo, se lo aseguro.

—¿Qué le han preguntado?

—Querían saber hasta, dónde he llegado con mis investigaciones y qué era lo que estaba buscando. A eso les he respondido con la verdad, para que no vivan tranquilos: «Estoy trabajando en el asunto Bradford». ¿Lo conoce usted o lleva demasiado tiempo encerrado aquí?

—Conozco ese asunto —respondió Watson—. Yo también estoy trabajando en lo mismo...

—¿Sí? —Fué más una exclamación de sorpresa que una pregunta lo que formuló el sargento Hood con su monosílabo—. ¿Es posible?

Watson miró de cerca el rostro magullado del sargento; lo observó con detenimiento y atención.

—¡Qué coincidencia! ¿Verdad? —dijo.

—¡Exacto! Yo busco a los asesinos de los padres del fiscal, a la prometida y, sobre todo, deseo poner en claro muchas cosas que se ocultan. Ya sabe a lo que me refiero. Al asunto Yoncalla. Los de la Metropolitana no podemos darnos por conformes con lo que hizo el fiscal, después de anunciar que iba a llevar a cabo una acción verdaderamente sensacional contra el hampa de Chicago.

Hubo un silencio, que lo interrumpió el sargento para decir:

—Se me ocurre una cosa, amigo, ya que los dos estamos embarcados en el mismo navío.

—Usted dirá, sargento.

—Vamos a trabajar juntos. No sé cómo saldremos de aquí y si viviremos lo suficiente como para poner en antecedentes a nuestros respectivos jefes de lo que sabemos, pero yo creo que adelantaremos mucho más en este asunto si intercambiamos lo que sabemos. ¿Qué le parece?

Watson pareció meditar. Con la cabeza baja, la barbilla hundida en el pecho, guardó silencio durante varios segundos, mientras el otro le observaba sin despegar los labios.

—¿Qué responde? —apremió el sargento—. ¿No cree que es muy posible que demos un gran paso en lo que nos interesa a ambos?

Watson alzó la cabeza y clavó sus ojos en los del sargento Hood.

—Tiene que comprenderlo —dijo, al fin, hablando muy despacio—. Mi respuesta no puede ser más que una... ¡Ésta!

Y aplicó en pleno rostro del sargento una monumental bofetada, que restalló en la bodega como un latigazo.

La cabeza del sargento fue a chocar contra la pared y, de rebote, Watson lo enganchó con la palma de la mano izquierda, produciendo un chasquido como un pistoletazo.

El sargento se encogió, tratando de ponerse en actitud de lucha. Watson le puso la mano en el occipucio y apretó hacia abajo con energía, abofeteándolo repetidamente en la boca.

Las manotadas que Watson repartía aturdieron al hombre, que no fue capaz de reponerse ni responder adecuadamente a la inesperada agresión del agente del

F. B. I.

Éste se detuvo, al fin, y contempló al otro con una mirada de desprecio. Sentía deseos de continuar abofeteándolo, pero consiguió refrenar su ímpetu.

—¿Conque deseando que intercambiamos información? —preguntó, con una sonrisa burlona—. ¿Es eso lo que desea el patrón de Neil McMahon?

Hood le miró con brillo de odio en los ojos.

—¡Loco! —gritó, babeando—. ¡Esto te costará muy caro!

Watson se encogió de hombros y soltó una breve carcajada.

—¿Usted cree, sargento? —dijo, con ironía.

—¡Neil! —berreó Hood a voz en cuello—. ¡Neil!

Se oyó ruido en la trampa de la bodega; después, pasos precipitados que bajaban los escalones de ladrillo.

Fué entonces cuando el sargento Hood, creyéndose auxiliado, decidió devolver a Watson las bofetadas recibidas, pero multiplicadas por ciento.

Y se abalanzó hacia el joven, las manos por delante. Los dedos engaritados, dispuestos a desgarrar.

Watson no rehuyó la acometida, lejos de ello y con la máxima tranquilidad, como si se encontrara en un gimnasio haciendo una

exhibición, se limitó a trazar un arco de circunferencia con su puño derecho. En el camino, ese puño se encontró con la cara de Hood, la cual recibió un impacto capaz de derribar una pared.

El golpe desvió la trayectoria que el sargento llevaba y lo hizo caer al suelo con las ropas en desorden, como un espantapájaros.

Rugió, rabioso, con los ojos clavados en el tranquilo Watson que aguardaba en *** NO HAY *** la próxima reacción del sargento.

Los pasos en la escalera se aproximaban, y esta circunstancia prestó ánimos a Hood.

Se puso en pie de un salto, mostrando los dientes como un perro rabioso listo para la pelea.

Lentamente fue avanzando en dirección al joven. Lo sabía acorralado, sin escape posible. Podría retroceder, y era eso lo que el sargento esperaba. Pero las espaldas del odiado federal, no tardarían en tocar la pared del fondo de la bodega. Entonces él saltaría para destruirlo. En su pecho rugía un odio feroz, anhelando morder la garganta de Watson. Sentir entre sus dientes las carnes palpitantes del federal.

Claro está que esto solo eran pensamientos en el cerebro del sargento Hood.

Otra cosa era la realidad. Y la realidad fue que Watson no dio ni un solo paso atrás.

Aguardó a pie firme a que Hood se le aproximara observando el desconcierto que se pintaba; en su rostro al comprobar que las cosas no se desarrollaban como él las imaginaba.

Y, de pronto, Watson salió de su inmovilidad. Fue al ver aparecer a Neil McMahon y a sus amigos en el arranque de la escalera.

Su cerebro también imaginaba situaciones y supuso que, dentro de muy poco, iba a tener que armarse de paciencia para resistir las acometidas de los pistoleros.

Por ello decidió despachar cumplidamente al traidor Hood.

Con un paso al frente, firme y decidido, estuvo junto al sargento. Y le golpeó el rostro. Esta vez no con la mano abierta, sino con el puño bien cerrado y apretado. Muchos de los que se tuvieron que ver las caras con Watson en el transcurso de su vida, podían atestiguar que el puño del agente especial Peter Watson era duro como el acero. Incluso dudaban de que lo que les golpeó fuera de

carne, nervios y huesos.

El impacto en la cara de Hood fue demoledor. Las narices quedaron aplastadas, convertidas en una masa informe y sangrante. Inmediatamente después, el otro puño de Watson se hundió en el estómago de su contrario y éste, durante una fracción de segundo, pensó que el brazo del agente federal iba a salirle por la espalda, rompiéndole la columna vertebral.

Expelió todo el aire de sus pulmones, y fue como si un globo se desinflara.

No cayó de espaldas, simplemente se desmoronó, desmadejado, para quedar convertido en un montón de miembros y ropas en confuso montón, iluminado por la débil luz de la bombilla...

En aquel momento llegaron Neil y sus amigos y se precipitaron sobre Watson.

Éste consideró durante un momento la posibilidad de emprenderla a puñetazos con aquella turba de pistoleros, pero lo apartó en el acto de su imaginación.

No le convenía, de momento.

Por ello pudieron rodearle por todas partes y sujetarle con multitud de brazos que casi ahogaron al joven.

Watson sonreía, mientras tanto.

—¡Ha atacado a Hood! —se extrañó Neil.

—¿Esperabas otra cosa, Neil? —preguntó Watson, con displicencia.

—Es un policía...

—No lo dudo. Un policía traidor —aseguró Watson—. No os ha servido para nada. No me ha engañado.

—Peor para ti, «poli» —dijo Neil, con el rostro muy próximo al del joven—. Si Hood no te ha sacado nada del buche, te lo sacaremos nosotros, con otros procedimientos. Y te acordarás durante el poco tiempo que te queda de vida.

—¿Sí? ¡Hombre, Neil! Es mejor que me digas qué es lo que quieres en definitiva —dijo Watson, con el mayor desparpajo—. Lo que a mí me molesta es que se trate de tomarme el pelo.

—Te tomaremos otra cosa —amenazó Neil—. ¿Cómo has sabido que Hood intentaba sonsacarte por las buenas lo que, dentro de un rato, nos dirás por las malas?

Watson enseñó sus dientes bien cuidados.

—Un ojo negro, consecuencia de un puñetazo, tiene distinto aspecto del que presentaba ese hombre hace un momento. Podéis comprobarlo, porque ahora tiene un ojo morado de verdad, sin que para obtener ese bonito color haya habido que recurrir a un corcho quemado. Y los arañazos hechos con un pincel y acuarela encarnada no engañan ya nada más que a las ancianas de noventa años, que no están muy bien de la vista. Podíais haberlo supuesto, muchachos.

—Bueno; no hemos perdido nada —aseguró Neil, con buena conformidad—. Tú eres el que lo sentirá dentro de poco.

—Me asustas, Neil. Tanta amenaza y aún no sabes si yo te diré lo que quieres saber o no. ¿Por qué no me preguntas de una vez?

—Ten paciencia. Todo llegará.

El pistolero alzó la vista al observar que alguien le llamaba la atención desde la escalera.

—¿Qué hay, Tom? —preguntó.

—Acaba de llegar —respondió un hombre desde la escalera.

Neil pareció ponerse nervioso. Se apartó del prisionero para correr en dirección a la salida de la bodega.

Comenzaba a subir los escalones, cuando se volvió.

—Esperadme ahí —ordenó—. Ahora volveré con órdenes...

Watson, con una sonrisa en el rostro, contempló en silencio cómo desaparecía Neil al subir precipitadamente por las escaleras.

Estaba bien agarrado por tres hombres fuertes, pero no intentaba escapar de ninguna manera.

Le interesaba conocer al que acababa de llegar a «La Cabaña»; al hombre que daría órdenes a Neil.

Si estaba allí, era precisamente para eso.

Y, a pesar de todo, se sentía satisfecho, porque su corazonada, dejándose prender por los pistoleros, le conducía al sitio que él deseaba; la identidad del hombre que movía a todos los hampones de Chicago como si fueran marionetas.

X



IENT sujeto por los tres secuaces de Neil McMahon, Peter Watson permaneció en el centro de la bodega en espera de que llegaran las órdenes que el pistolero anunció. No hizo ninguna tentativa por desasirse de las manos que lo inmovilizaban, comprendiendo que, de momento, no le interesaba.

Pero sí se entretuvo en contemplar al sargento Hood, entregado a la tarea de reponerse de los golpes que el joven le propinó.

Sentado en el húmedo suelo, miraba lo que le rodeaba con ojos de los que había huido toda inteligencia. Poco a poco fue recuperándose y, al cabo de varios minutos, pudo mirar a la cara del agente especial del

F. B. I.,

sin dejar de acariciarse las distintas partes de su cuerpo que fueron duramente castigadas por los puños de Watson.

Éste catalogó la larga mirada de Hood como, un compendio de ira, rencor, odio y deseos irrefrenables de venganza. Estaba seguro de que, en lo sucesivo, el sargento Percival Hood sería un mal enemigo.

Transcurrió un cuarto de hora sin que nada turbara la espera; pero, por fin, los que aguardaban en la bodega oyeron los pesados pasos de Neil. Un momento después lo vieron aparecer descendiendo por la escalera.

No llegó a bajar del todo; se detuvo cuando estuvo a la vista de sus secuaces, y ordenó:

—¡Traedlo! Y mucho cuidado con él.

Watson sintió que las manos de los pistoleros le soltaban, pero uno de ellos, el que estaba a sus espaldas, aplicó el frío cañón de una pistola sobre la nuca del prisionero. Incluyó la cabeza hacia adelante, y la dolorosa presión aumentó y, por ello, se vio obligado a avanzar hacia las escaleras sin intentar ni un movimiento de rebeldía.

Neil abrió el camino hacia la cocina; a ambos lados de Watson caminaban dos pistoleros, conduciéndole bien agarrado por los brazos, y detrás, el que lo empujaba con la pistola en la nuca.

Neil se detuvo y giró sobre sus talones para dar frente a los que le seguían. Watson vio que el pistolero se situaba junto a una cortina negra que ocultaba una especie de ventana, que ponía en comunicación la cocina con una habitación inmediata, tal vez un «office» auxiliar.

Inmediatamente se dio cuenta el joven de que detrás de aquella cortina, en la otra habitación, estaba el hombre cuya identidad necesitaba conocer.

Oyó un murmullo, y Neil prestó atención a las órdenes que le daban a través de la cortina.

Esta circunstancia descorazonó un tanto a Watson al darse cuenta de lo que iba a suceder. Iban a interrogarle empleando todos los procedimientos que existen para hacer hablar a una persona. Pero él no podría ver el rostro del que se ocultaba en la habitación contigua.

No le interesaba el programa en absoluto.

—Amarradle bien —ordenó Neil.

Uno de los pistoleros se dirigió hacia unas cuerdas que había sobre el fogón central de la cocina. Inmediatamente regresó deslindándolas, dispuesto a convertir al prisionero en un paquete.

Pero Watson no estaba muy dispuesto a la inactividad.

Dio una vuelta rápida y saltó con los dos pies juntos y los aplicó con fuerza sobre el pecho del individuo que sostenía la pistola.

El hombre dio varios pasos precipitados hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó al suelo aparatosamente.

Watson se revolvió, con furia, dispuesto a golpear y llegar a la ventana cerrada por la cortina.

Estuvo a punto de conseguirlo, porque se desembarazó con relativa facilidad de los otros dos pistoleros. Para ello le bastó empujarlos, girar de nuevo y saltar hacia la cortina, como si lo hubiera lanzado una catapulta.

Ni siquiera recordó que llevaba un arma de fuego oculta y que podía hacer uso de ella para alcanzar una victoria que tocaba con la punta de los dedos.

No lo hizo, y perdió una oportunidad. Su única oportunidad.

Llegaba como una tromba a la cortina, con sus manos extendidas para descorrerla de un par de manotazos y contemplar la cara del que daba órdenes a Neil; casi adivinaba el rostro del propio Yoncalla.

Pero algo se lo impidió. Este algo fue la culata de la pistola que Neil empuñó con rapidez y que, descendiendo como un rayo, golpeó salvajemente la cabeza de Watson, haciéndole dar vueltas como una peonza.

La habitación giró, describiendo un amplio círculo brillante y el agente federal trató desesperadamente de recobrar un equilibrio que parecía huir a pesar de todos sus esfuerzos.

Su férrea voluntad le sirvió para no perder el conocimiento, pero sus fuerzas le habían abandonado casi por completo, manteniéndose en pie por puro milagro.

En medio de una visión de luz y niebla roja vio avanzar a Neil, que lo sujetó en fuerte abrazo; se debatió inútilmente, en medio de muchos brazos que le parecían tentáculos de un poderoso pulpo.

De nuevo la culata de una pistola se abatió sobre su cabeza y le arrebató el resto de sus fuerzas, y la cocina quedó a oscuras para él.

No tardó en recuperar el conocimiento y sintió que le estaban atando estrechamente las piernas con una cuerda; poco a poco fue dándose cuenta de que estaba bien atado, con el pecho desnudo y la cabeza mojada.

No hizo ningún movimiento. No tenía fuerzas ni para dar un puntapié al que le apretaba las ligaduras en los tobillos.

Oyó varios suspiros en torno y abrió los ojos. Varios rostros le contemplaban con odio. Vio los ojillos malignos de Neil sobre él. Le hicieron presagiar un mal rato muy próximo.

Desvió su mirada y la posó en las ropas que le habían quitado; la gabardina, la chaqueta y la camisa estaban en el suelo, empapadas de agua.

—Vamos a ver cómo te portas, federal —comenzó Neil—. Voy a comprobar si eres duro de veras.

Watson comprendió lo que le esperaba, pero no hizo ni una mueca.

—Vas a «cantar» muy clarito —siguió el pistolero—. Y cuanto antes oigamos el timbre de tu voz, será mucho mejor para ti.

—¡Id al infierno, puercos! —gritó Watson.

La mano derecha de Neil se puso en movimiento y Watson recibió en su rostro un bofetón ruidoso.

—¿Qué buscas? —preguntó Neil después.

—¿Es eso lo que quieres saber, cerdo? —dijo el joven, con desprecio—. Para ello no necesitabas atarme tanto: busco a los asesinos del matrimonio Bradford y a los raptos de Shony McNally.

—Muy bien. ¡Estupendo comienzo! —dijo Neil, con satisfacción en su innoble cara—. Sigue así y te alegrarás.

—¿Qué más queréis saber? —preguntó Watson.

—¿Qué sabes del asesinato de los Bradford, del rapto de esa Shony y de todo lo demás? —Fué la pregunta de Neil.

—Todo lo que se necesita saber para llevar a unos cuantos a la silla eléctrica —respondió Watson, con desparpajo.

Comenzaba a sentirse bien de nuevo, aunque con la cabeza dolorida.

—Dilo todo. Pronuncia nombres, da detalles. Cuenta todo lo que el

F. B. I.,

sabe o sospecha y lo que piensa hacer —pidió Neil, agradablemente, como si estuviera gozando.

—Si tuvierais un poco de inteligencia, podríais figuraros todo lo que va a hacer el

F. B. I.

—¿De quién sospecha?

—¡Vete al cuerno!

—Tú sabes nombres, y los vas a decir, por las buenas o por las malas.

—¡Bah! Podría decir el tuyo, pero sólo eres un peón sin importancia. Hay gente por encima de ti.

—¿Sabes el nombre?

Watson apretó los labios. Estuvo tentado de pronunciar el nombre de Yoncalla, pero comprendió que no le convenía. Los pistoleros necesitaban una información completa de todo lo que el F. B. I.,

sabía y hacía. Lo necesitaban para tomar las más elementales medidas de precaución, pero Watson no pensaba desnegar los labios en modo alguno.

—¿Te pones terco, polizonte? —preguntó Neil, con su mejor sonrisa.

—Sólo te diré que os espera una buena... —dijo.

Neil sacó un cigarrillo y lo encendió lentamente, con estudiados movimientos.

Watson lo miró con recelo y los labios apretados.

Neil se inclinó un poco más hacia adelante con su cigarrillo en la mano derecha y aplicó la lumbre sobre el abdomen del prisionero.

Watson hizo un movimiento instintivo con sus músculos, tratando de apartarlos del fuego, pero el ascua avanzó más y más, chamuscando su piel y su carne.

Se retorció bajo el espantoso dolor. Incluso cuando Neil retiró su cigarrillo, siguió quemándose Watson, porque el pistolero apretó tanto el extremo encendido que la brasa había quedado sobre la carne, quemando más y más.

El joven tenía la resolución de no gritar, de mostrarse fuerte en todo momento para dar una lección a los pistoleros y hacerles ver cómo se comporta un agente del

F. B. I.

Pero le fue imposible no gritar. Rugió y se sintió avergonzado después de haberlo hecho, tratando de ahogar su voz con los dientes firmemente apretados.

—Di cuáles son los planes del

F. B. I.

—pidió Neil, con el rostro sonriente.

—Llevaros a todos a la silla caliente —respondió el joven.

—¿Cuáles son sus proyectos inmediatos?

—Ya te los he dicho.

—¿De quién sospecha? ¿Qué van a hacer?

—Tostaros a todos.

Neil soltó una carcajada.

—Antes voy a tostar te voy a ti —anunció.

Luego se puso en pie y se llegó hasta la cortina tras la que Watson sospechaba que estaba el responsable de todo. ¡Si pudiera echar una mirada! ¡Sólo una mirada y, después, telefonar al inspector Colt!

Pero era imposible hacerlo. Neil regresaba, después de haber escuchado nuevas órdenes.

Watson le vio encender de nuevo su cigarrillo y cerró los ojos, pensando en perder el sentido con sólo un poderoso esfuerzo de voluntad. Pero la puñalada del dolor le hizo abrirlos de nuevo y los nervios de su abdomen experimentaron hasta la más pequeña sensación del horrible dolor.

—¿Cuáles son los planes inmediatos del

F. B. I.?

—volvió a preguntar Neil, sabiendo que tenía tiempo de sobra para conseguir sus propósitos.

El agente especial no le hizo ningún caso: estaba muy entretenido en pensar que el cuerpo humano tiene un límite de resistencia: después, la naturaleza viene en su auxilio, proporcionando la inconsciencia. ¿Por qué diantres no se daría prisa la naturaleza?

Contrajo su vientre mientras otra bola de fuego hería su piel. Gruñó entre sus dientes crispados. No se avergonzaba de gruñir, pensando que los gruñidos tienen mucho de ferocidad, mientras los gritos indican debilidad.

—¿Cuáles son los planes inmediatos del

F. B. I.?

—repitió Neil.

Watson no prestó atención a aquellas palabras, que parecían llegarle desde muy lejos. En aquel momento pensaba que, cuando deseara odiar a los malhechores, si alguna vez flaqueaba su voluntad de lucha contra el hampa, no tendría más que mirarse el vientre. Bueno, si es que salía de aquella aventura con vida.

—Es inútil tu terquedad, polizonte —oyó decir a Neil—. Tenemos muchos cigarrillos y mucho tiempo para hacerte «cantar». Es una tontería lo que estás haciendo.

Watson comprendió que, en efecto, aquellos «gangsters» tenían muchos cigarrillos y mucho tiempo. Podían pasar horas y horas quemándole con sus cigarrillos encendidos. El tiempo de que disponían no tenía fin.

¿Por qué no perdía el conocimiento? Si lo perdiera, también él tendría mucho tiempo. Inconsciente, no le importaría saber el número de veces que el ascua de tabaco ardiendo penetraba en sus músculos martirizados.

Podrían hacerlo cuantas veces quisieran y él no lo sabría hasta que volviera en sí. Y tal vez no volviera nunca. Pero, inconsciente, hundido en un sueño maravilloso, todo le daría igual.

Hubo un momento en que sintió lástima de sí mismo, respirando entre los apretados dientes, con el rostro y el torso cubiertos de sudor, bramando de vez en cuando, a intervalos que coincidían con los momentos en que el cigarrillo de Neil se posaba sobre su piel.

No supo cuánto tiempo duró aquel tormento, perdida la noción de todo lo que no fuera el horrible dolor de su carne quemada. De pronto se hizo una pausa y Watson suspiró, abriendo los ojos a continuación.

Neil se había puesto en pie y procedía a encender un nuevo cigarrillo, agotado ya el primero.

Era un respiro, unos segundos de paz, un rayo de luz en medio de las tremendas nubes del tormento.

Algo llamó la atención de Watson en aquel momento, algo que su subconsciente calificó de extraordinario y que le hizo desviar sus ojos del rostro de Neil, que tenía en los labios el nuevo cigarrillo.

La puerta de la cocina se acababa de abrir lentamente, un poco, lo suficiente para permitir el paso de una cabeza de ojos muy

abiertos, como deslumbrados por la brillante luz de la cocina.

Watson estuvo a punto de lanzar un grito, mezcla de sorpresa, temor y esperanza; pero Neil, inclinándose de nuevo sobre él, le tapó la visión de aquella cabeza que el joven acababa de reconocer.

El fuego volvió sobre su piel y Watson casi se olvidó del rostro que acababa de contemplar... ¿O había sido una ilusión de sus sentidos, que comenzaban a gastarles bromas?

Sonó un grito agudo en la estancia. Y el fuego cesó de abrasar los músculos del agente federal.

Neil se puso en pie de un salto y contempló con estupor al recién llegado, que avanzaba con cortos pasos hacia él.

Watson no supo qué hacer. Habría querido ordenar al recién llegado que huyera con rapidez antes de que lo inmovilizaran los «gangsters», que corriera hasta el más próximo teléfono y llamara a la División del

F. B. I.,

para que enviaran unos cuantos agentes a «La Cabaña». También habría querido darle órdenes, decirle cómo tenía que comportarse. Pero se limitó a permanecer con los ojos muy abiertos, viendo avanzar a Abbe Bradford, con las ropas desgarradas y cubiertas de polvo, el cabello en desorden, los ojos convertidos en dos rendijas y, en la mano derecha, un enorme cuchillo, única arma que, por lo visto, pudo agenciarse.

Todos los pistoleros y el sargento Hood, que permanecía en un rincón gozando con el espectáculo de la tortura de Watson, miraron, como petrificado, a la figura que avanzaba desde la puerta con el reluciente cuchillo en la mano. Incluso le pareció a Watson ver un movimiento en la cortina que tapaba la ventana.

Neil fue el primero que comprendió lo que sucedía, al reconocer el fiscal como compañero de Watson cuando ambos lo atraparon y condujeron al «*bungalow*» del agente.

El cigarrillo se desprendió de sus dedos y, la misma mano, buscó en la funda sobaquera la pistola.

La extrajo con premura, viendo que Bradford continuaba su avance silenciosamente.

En los ojos del fiscal se veía brillar el fuego de la locura, una idea fija que perturbaba sus facultades mentales: matar.

La pistola de Neil, tronó y una bala alcanzó en la mano

izquierda al fiscal, salpicando sangre en su camisa.

Pero pareció que no notaba nada. Sus piernas continuaron moviéndose acortando la distancia que lo separaba de Neil.

Watson se debatió. No podía presenciar aquella escena tan pasivamente. Se restregó los tobillos, comprobando que las cuerdas que los mantenían unidos cedían sensiblemente.

Mientras tanto, Bradford continuó avanzando hacia Neil, con sus ojos extraviados fijos en la cara asustada del pistolero.

Éste volvió, a apretar el gatillo, sin apuntar, sobre la blanca camisa de Bradford, una camisa que había sido blanca, pero que estaba a la sazón manchada de salpicaduras rojas. Watson, en medio de sus esfuerzos por librarse de las ligaduras, pudo oír el ruido de la bala al hundirse en el cuerpo del fiscal.

Neil perdió el dominio de sus nervios, se puso frenético al comprobar que sus balas no detenían el avance del recién llegado, que se le iba encima.

Trató de apartarlo de un manotazo, pero no obtuvo mejor resultado que con la pistola.

Abbe Bradford saltó sobre el pistolero. Watson vio que la afilada hoja del cuchillo desaparecía, oculta a sus ojos. Luego la vio brillar, escapada de la mano del fiscal, y fue a caer muy cerca de él.

Las manos de Bradford rodeaban a la sazón la garganta de Neil el cual gritaba a voz en cuello.

Watson rodó por el suelo y, desesperadamente, comenzó a frotar las cuerdas que rodeaban sus muñecas contra la hoja del cuchillo que Bradford había llevado.

Vio sangre en el acero, pero no supo si era suya o pertenecía a Neil McMahon.

Dos cuerpos, confundidos en uno solo, rodaron cerca, con rumor de zapatos y miembros al golpear contra el suelo. Voces, gritos, confusión.

El joven estuvo a punto de gritar también al verse con las manos libres.

Se puso en pie de un salto, sin acordarse de sus quemaduras ni del dolor de cabeza producido por los golpes aplicados por Neil con la culata de la pistola.

Buscó en la cintura de su pantalón y se sintió contento al empuñar la «Luger».

Un pistolero rodeaba el gran fogón esmaltado de blanco para ir en auxilio de Neil.

Watson apretó el gatillo de su arma y vio que el hombre desaparecía al caer al suelo.

Después, de un salto, estuvo junto a los dos cuerpos que luchaban.

Bradford apretaba el cuello de Neil con una violencia impropia de aquel hombre de carrera, fino, educado en otro tiempo, convertido en una fiera por el salvajismo de los propios bandidos.

Trató de apartar al fiscal tirando de uno de sus hombros, pero no consiguió su objeto.

—¡Suelta, Bradford! —gritó.

Tuvo que volverse al ver que otro de los pistoleros se le iba encima.

Disparó con precipitación y el otro desapareció detrás del fogón metálico. Inmediatamente después la cocina se llenó de estampidos, y Watson tuvo que acurrucarse en un rincón, oyendo silbar las balas que rebotaban al chocar contra las planchas metálicas del gran fogón y saltaban hacia el techo con aullidos lastimeros.

Vio que la cortina se movía y despreció el peligro. Con un salto propio de un puma llegó hasta ella. Se volvió un momento para disparar su pistola contra un pistolero que había quedado al descubierto y luego, con amplio movimiento de brazos, descorrió la cortina totalmente.

Una estancia oscura, un rumor, una puerta al fondo que se abre y durante un segundo Watson vio la alta figura de Yoncalla que salía por aquella puerta y desaparecía al cerrarla a sus espaldas.

Miró hacia atrás con rapidez.

Abbe Bradford, el fiscal general del Estado, yacía tendido de bruces sobre el cuerpo inmóvil de Neil McMahon, el «gángster».

Entonces se tiró de cabeza por la ventana.

~~~~~

No existe publicación ilustrada más popular que

**AVENTURAS DEL F. B. I.**

Y tampoco logran igualar el interés de

**JEQUE BLANCO**

Unicamente puede comparárseles con ella, otra nueva  
creación de EDITORIAL ROLLAN

**MENDOZA COLT**

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre  
el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión  
justiciera.

**¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN  
MENDOZA COLT!**

## XI



EBOTÓ contra el suelo, derrochando las pocas energías que le restaban por su deseo de atrapar a la sombra de Yoncalla; se movió con rapidez, ciegamente, con la vista clavada en el punto por donde acababa de desaparecer el perseguido, sin ver nada en absoluto, con los ojos llenos aún de la vivida luz de la cocina que acababa de abandonar, contrastando con la estancia en tinieblas en que se encontraba.

Recobró su serenidad al chocar contra algo. Debía ser una mesa, cuya parte superior, le rozó en su torso quemado.

Respiró profundamente, tranquilizándose. Era, preciso darse mucha prisa si quería detener a Yoncalla, pero también era necesario no atolondrarse. La importancia de la detención inmediata del magnate del hampa saltaba a la vista. Atrapar a Yoncalla en el escenario de las brutalidades de sus hombres

significaba una acusación grave y no serían necesarias más pruebas para procesarlo, sobre todo teniendo en cuenta que en la cocina yacían varios cadáveres...

Pero también era importante obrar con lucidez en aquellos momentos.

Watson ignoraba si Yoncalla tenía a su lado guardaespaldas que pudieran detenerle a él, y sería muy optimista si pensaba que podría escapar con vida como antes.

Tanteó el obstáculo que le había cerrado, el paso y avanzó en dirección al sitio donde suponía estaba la puerta por la que Yoncalla acababa de salir.

La alcanzó, puso su mano izquierda sobre el picaporte y la fue abriendo poco a poco, mientras todos sus sentidos, un tanto embotados por el dolor que experimentaba en las numerosas quemaduras que cubrían su piel en la cintura y por la sucesión de graves acontecimientos que dejaba a sus espaldas, estaban alerta, con la pistola preparada para repeler cualquier sorpresa.

En el mismo momento en que abrió la puerta se dio cuenta de que alguien lo estaba acechando al otro lado.

Se inmovilizó conteniendo la respiración y mostrando los dientes como una fiera dispuesta a defenderse y atacar.

Medio segundo después volvió a saltar hacia adelante, franqueando la puerta y volviéndose con rapidez hacia el lugar donde esperaba encontrarse al oculto enemigo.

Vio la sombra. Alta, fantasmal, pegada a la pared. En una de sus manos, como una prolongación del delgado brazo, vio algo que al joven le pareció un palo grueso.

Descendió, inofensivo, y volvió a alzarse en el aire, amenazadoramente, enarbolado contra Watson.

Éste se agachó con rapidez, sintiendo fuerte tirón en su piel abrasada. Sus piernas, convertidas en catapultas, lo enviaron hacia la parte baja de la sombra.

Al choque, los brazos de Watson rodearon unas piernas que apenas ofrecieron resistencia; los dos cuerpos rodaron por el suelo en confuso montón.

Un grito ahogado procedente de la garganta de su contrario desconcertó al agente del

F. B. I.,

haciéndolo ponerse en pie, contemplando el bulto tendido en el suelo.

No era Yoncalla; de eso estaba seguro.

La persona a quien ayudó a ponerse en pie era una mujer.

—¡Dios mío! —Watson percibió un sollozo y se aproximó.

Ante sus ojos adivinó un rostro joven y bonito a la vez que terriblemente asustado. Una respiración anhelante y un temblor que Watson percibió al colocar sus manos en los antebrazos de la desconocida.

—¿Quién es usted? —preguntó con impaciencia el agente.

La mujer se debatió, tratando de desasirse de la tenaza de las manos de Watson.

En aquel momento, en el exterior, sonó el ruido producido por el motor de un automóvil. Watson percibió claramente los enérgicos acelerones que un pie impaciente exigía al coche.

En el acto soltó a la desconocida y corrió en dirección a una puerta abierta.

Llegó al aire libre justamente en el momento en que unas luces potentes se encendían y algo, brillante pasó ante sus ojos doloridos.

Yoncalla huía...

Watson corrió locamente, en un descabellado intento de atrapar al automóvil.

En su desesperación, si hubiera conseguido asirse a cualquier arista del coche, estaba seguro de encaramarse en el vehículo. En caso contrario, jamás se habría soltado, dejándose arrastrar hasta que el coche se detuviera. Y tendría la energía suficiente como para respirar aún y cuando Yoncalla se apareara acusarle...

Pero el coche, con sus luces rojas posteriores, se alejaba con velocidad creciente.

Watson se detuvo en medio del polvoriento camino, la respiración jadeante y la mente ofuscada.

Experimentó una sensación de desaliento, de derrota. No podía tener tan mala suerte después de jugarse la vida, de experimentar el fuego en sus carnes. Cuando ya creía tener en sus manos al culpable de muchas muertes, al autor de numerosos delitos, cuando alcanzaba el triunfo rotundo, se le escapaba...

Las luces traseras del automóvil iban empequeñeciéndose con rapidez y no tardarían en desaparecer en la distancia.

Miró con mudo reproche la pistola que empuñaba en su diestra y, después, con súbita inspiración, la levantó e hizo fuego por dos veces consecutivas.

Sabía que sus balas no detendrían al automóvil, pero sí que lo «marcarían».

Después, sólo restaba regresar al *cabaret* abandonado y telefonar al

F. B. I.,

para que sus coches patrulla procedieran a la busca de un coche con dos balazos en la parte posterior de su carrocería.

El dueño de ese automóvil tendría que responder ante la Justicia de muchos delitos y asesinatos.

Y no le extrañaría nada que tal dueño fuera Marlin Yoncalla.

Lentamente regresó a «La Cabaña». Tenía que echar un vistazo y telefonar.

Se sorprendió al encontrarse en la puerta posterior con la sombra que le impidió atrapar a Yoncalla.

Se aproximó a ella, que permanecía medrosamente acurrucada junto a una pared.

Tenía un rostro bello en verdad, a pesar de estar marcado por las huellas indelebles del sufrimiento.

Los ojos de Watson se pasearon por aquella cara pálida, mortalmente pálida, iluminada débilmente por la luz de las estrellas.

Vio los cabellos en desorden, el vestido desgarrado en numerosos puntos, cubierto de manchas de polvo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El cuerpo de la joven se estremeció, con un movimiento casi imperceptible, como si deseara achicarse o desaparecer.

Watson se dio cuenta de que aquella mujer tenía miedo. Mucho miedo.

—No tema —dijo—. Y dígame de dónde sale.

El tono cálido que el agente empleó pareció que infundía en la desconocida nuevos ánimos.

Unos ojos grandes, luminosos, en los que se advertía un pánico inmenso, se posaron en el rostro del agente.

Se detuvieron durante un momento en sus propios ojos y después, recorrieron su amplio tórax desnudo, fijándose en las

pequeñas llagas producidas por las puntas de los cigarrillos de Neil.

—¿Usted...? —titubeó la joven—. ¿Era el que gritaba?

—Era lo único que podía hacer —respondió Watson con un asomo de su acostumbrado humorismo.

—Abbe fue a ver... —Siguió ella—. Me dijo que reconocía la voz...

—¿Abbe? ¿Se refiere a Abbe Bradford?

—Ella movió la cabeza en sentido afirmativo.

—¿Dijo que reconocía la voz? —Siguió él—. ¿Pronunció mi nombre?

—No lo recuerdo. Yo le dije que no regresara... Pero no me hizo caso. Cuando entró en la casa sonaron muchos tiros..., Entonces yo me acerqué para ayudar a Abbe...

Watson posó una dulce mirada en la joven.

—¿Shony McNally? —preguntó a media voz.

Ella asintió.

—Soy Peter Watson, del F. B. I —siguió el joven agente—. ¿Quiere decirme qué sucedió desde su desaparición?

Ella suspiró, irguiéndose. Parecía que el miedo la abandonaba con rapidez.

—Sí. Todo lo diré. Pero antes he de ver lo que le ha sucedido a Abbe.

Hizo un movimiento como si fuera a internarse en la casa, pero Watson la detuvo con rapidez.

—Espere —ordenó—. No entre ahí.

—Pero...

—Hágame caso, señorita McNally. No está usted en condiciones de contemplar ciertas cosas.

Hizo un gesto y desapareció él en el interior del abandonado establecimiento.

Recorrió el pequeño pasillo posterior y alcanzó la estancia junto a la cocina, pero no encontró más medio de comunicación que la ventana.

Pasó por ella y se encontró en la habitación de la muerte.

Los cadáveres estaban bien iluminados por los tubos fluorescentes colocados en el techo. El linóleo blanco del suelo estaba lleno de charcos y salpicaduras rojas.

El sargento Hood, de la Policía, estaba sentado en un rincón, con

los ojos cerrados; parecía dormir, pero la inmovilidad en que se encontraba indicó a Watson que estaba muerto.

Otro pistolero estaba de bruces, junto al esmaltado fogón, y a la izquierda, uno sobre otro, Neil McMahon, el pistolero, y Abbe Bradford, fiscal del Estado.

Watson se aproximó, contemplando el cuadro con horror. Estaban muertos ambos, cubiertos de sangre.

Alguien le miraba desde el suelo. Con miedo a la vez que esperanza.

Era otro de los pistoleros.

Watson se aproximó a él y le quitó de entre los dedos de la mano derecha una pistola de grueso calibre, que metió entre su cinturón.

Recordó que había más individuos, pero supuso que habrían conseguido huir en el coche de Yoncalla cuando las cosas tomaron mal cariz.

Reconoció al hombre y vio que tenía un balazo en el pecho, por el que salía gran cantidad de sangre.

—Lo curarán —dijo—. Voy a llamar a una ambulancia.

Al ponerse en pie sintió un mareo, pero pudo mantenerse erguido y caminar hacia la sala de baile. Pasó al otro lado del mostrador y encontró el aparato telefónico colocado muy cerca del suelo.

Pidió el número de la División del

F. B. I.,

en Chicago y aguardó a que le fuera puesta la comunicación.

—Inspector Colt —solicitó con voz débil—. Urgente...

Tuvo la suerte de que el inspector estuviera en su despacho; reconoció al punto la voz amiga y se sintió mejor a pesar de que el mostrador, las paredes, el suelo y todo lo que le rodeaba giraba vertiginosamente en torno suyo.

—Soy Peter Watson, señor —dijo, vacilando cada vez más—. Es urgente...

—¿Dónde estás, hijo? ¿Qué te sucede?

—Óigame, señor... No me interrumpa —sonrió valientemente, como si estuviera en presencia del superior—. Voy a desmayarme dentro de un momento, ¿sabe? Me han tostado a conciencia... Escuche: mande buscar un sedán de color claro, no sé la marca,

pero está marcado por dos balazos en la trasera. Detenga al conductor... Y si queda tiempo, envíe una ambulancia a un *cabaret* llamado «La Cabaña»; está situado en algún punto extraviado, a unas veinticinco millas de la ciudad, saliendo por la carretera Quince Oeste...

Tragó saliva con gran trabajo; se daba cuenta de que no le salía la voz del pecho. Todo a su alrededor continuaba girando, cada vez a mayor velocidad.

Como algo lejano percibió la voz del inspector.

Colt que le decía:

—¡Animo, muchacho! Mantente firme. Ahora vamos.

Cerró los ojos, para volverlos a abrir un momento después. Quería mantenerse firme, como le decía el inspector, pero resultaba mucho más difícil de lo que a primera vista parecía.

Se mareaba estúpidamente, y el pecho y boca del estómago le ardían como si Neil continuara aplicándole cigarrillos encendidos.

Bajó la cabeza para que el riego sanguíneo aumentara, y se sintió un poco mejor.

No podía desmayarse. No quería ni debía permitirse ese lujo, reservado de siempre para señoras histéricas.

Sus compañeros del

F. B. I.,

se pondrían en movimiento con gran rapidez y, por medio de sus minuciosos mapas, localizarían pronto el emplazamiento de «La Cabaña».

Mas era necesario pensar también que Yoncalla contaba con muchos recursos y, por añadidura, conocía de antemano la situación del «*cabaret*» abandonado.

Podía, por tanto, presentarse en pocos minutos con unos cuantos pistoleros para limpiar todo vestigio comprometedor.

Él, Watson y Shony McNally eran los vestigios más comprometedores.

No le habría, gustado que los «limpiaran».

Pasó por debajo de la trampilla del mostrador y, en la sala de baile, consiguió ponerse en pie.

Sus piernas no estaban muy firmes, pero aún servían para caminar bamboleándose como marinero borracho.

Su piel, desde la garganta hasta la cintura, era una brasa

intolerable que le hacía sufrir a cada paso vacilante.

Se detuvo en la cocina, junto a la ventana. Aquél era un obstáculo infranqueable para él.

Y no quiso llamar a Shony, para evitarla el espectáculo que allí se ofrecía a la vista.

Por ello desanduvo lo andado, salió al aire libre y, apoyándose en la fachada principal de «La Cabaña», fue avanzando paso a paso hasta alcanzar una de las esquinas del edificio.

El aire fresco de la noche pareció aliviarle algo, despejándole también las ideas.

Pero las fuerzas le abandonaban.

Se arrodilló en la esquina y miró a lo largo de la fachada.

—¡Shony! —llamó, con débil voz.

Cerró los ojos al percibir los pasos de la joven, que se acercaba.

Respiró hondo al sentir el aliento de Shony muy próximo, y su voz, lejana, que le preguntaba:

—¿Qué puedo hacer por usted? ¿Y..., y Abbe?

Nuevo esfuerzo de voluntad, y Watson miró a Shony McNally.

—¿Puede ayudarme a caminar? —preguntó.

Por toda respuesta, ella pasó sus manos por la cintura del agente, cuidando mucho de no rozar con los dedos las llagas producidas por los cigarrillos de Neil, y le ayudó a ponerse en pie.

—Vamos a alejarnos de esta casa —dijo Watson—. He llamado a F. B. I.,

y no tardarán en venir. Pero temo que antes lleguen unos cuantos de esos tipos...

Percibió el estremecimiento en el cuerpo de la joven.

—No se asuste —dijo él—. Ahora tengo un par de pistolas cargadas.

Caminaron mucho más despacio de lo que ambos hubieran deseado. Mas, por fin, alcanzaron el refugio de unos árboles, y Watson se sentó con la espalda apoyada en uno de los troncos.

Desde allí podían ver el edificio de «La Cabaña» y a cualquiera que se aproximara al *cabaret*.

Watson sonrió, mirando el bello rostro de Shony.

—Creo que voy a odiar al tabaco durante el resto de mi existencia —cajo—, pero me turnaría con gusto un cigarrillo añora. ¡Lástima que los haya dejado en mi chaqueta!

Shony se puso en pie después de comprobar que el agente estaba lo más cómodamente instalado.

—Voy a ir allá —anunció—. Buscaré cigarrillos para usted.

—¡No! Olvide los cigarrillos. No deseo que vuelva a esa casucha.

—Quiero buscar a Abbe... —susurró ella.

Él la miró. ¿Sería posible que aquella mujercita bella no se hubiera dado cuenta de que Abbe, su Abbe, estaba muerto? ¿Es que no se lo figuraba al ver que su prometido no salía de «La Cabaña»?

—No vaya, señorita —pidió, Watson, con energía, casi olvidado ya de sus dolores al contemplar el rostro preocupado y sufrido de Shony—. Abbe Bradford... no necesita su ayuda, ¿sabe?

Quería decírselo con suavidad, dárselo a entender de una manera delicada e imperceptible, pero se daba cuenta de que sus palabras eran como mazazos aplicados en la cabeza de la joven.

—Abbe no necesita nada..., de momento —continuó, tratando de arreglar lo dicho de la mejor manera posible, pero dándose cuenta de que era imposible que resultara a medida de sus deseos—. Además, es peligroso, ¿sabe? Es mejor que permanezca aquí.

—Voy a ver a Abbe —insistió ella, despreciando el peligro que Watson anunciaba.

—No lo haga.

—¿No se da cuenta? ¡Necesito ir a su lado! Tal vez me necesita...

—Insisto en que no la necesita para nada..., de momento. Quédese quieta aquí. Y sin hacer ruido. No sabemos quién puede llegar de un momento a otro.

Shony se encogió de hombros, y dio dos pasos, apartándose del refugio de los árboles.

Entonces, Watson empuñó su pistola y apuntó a la joven.

—¡Quieta! —ordenó, con la voz más enérgica de que pudo hacer acopio—. ¡Quieta, o disparo!

Ella se estremeció, volvió la cabeza y sus ojos reflejaron un mudo reproche a la vez que horror al arma de fuego.

Pero obedeció, regresando junto a él.

—Quédese aquí —siguió Watson, suavizando su voz y su gesto—. Como una buena chica. Y dígame todo lo que usted sabe, desde que la raptaron. Necesito coordinar hechos.

Shony se pasó una mano por la frente, como si deseara apartar

de su mente escenas de horror recientemente vividas.

—Lo haré —dijo—. Pero antes deseo saber qué le ha sucedido a Abbe, y por qué no me deja ir a su lado. Quiero que él se entere de todo lo sucedido. Es el fiscal general del Estado y sabrá lo que hay que hacer para que esos asesinos reciban el castigo que les corresponde.

Watson se encontró en un verdadero compromiso. De nuevo se desencadenó una lucha interna.

Era lo suficientemente duro como para comprender que la muerte de Abbe y todo lo demás habría que comunicárselo a Shony McNally. Pero también era un hombre de sensibilidad y le costaba trabajo dar la noticia de la muerte del fiscal a la mujer que lo amaba, a la joven que había pasado por momentos amargos y desesperados.

Prefería que Shony se enterara de todo por otro conducto.

—Abbe está allí —dijo, rebuscando con desesperación una mentira salvadora—. Espera la llegada de los agentes, ¿sabe? No necesita su presencia. Por el contrario, le comprometería...

Unos focos lejanos rasgaron las tinieblas de la noche a la vez que Shony y Watson percibían el ulular de varias sirenas.

El joven hizo un gesto de desaliento y de rabia. El F. B. I.,

no anuncia nunca su llegada con sirenas que avisan a los delincuentes y sirven para que huyan con tiempo o para ponerlos en guardia.

Por tanto, pensó que no eran las huestes de Colt las que se aproximaban.

—Ahí están los guardias —dijo a media voz.

Shony se puso en pie de un salto.

—¡Ya era hora! —exclamó, con impaciencia.

—Pero usted se va a estar muy quietecita y sin hablar —dijo él, con ferocidad—. No quiero que sepan que estamos aquí.

Y sacando la pistola, encañonó a la joven.

Shony estuvo a punto de gritar. En el acto pensó que estaba en poder de un criminal que la había engañado hasta aquel momento.

¿Por qué la obligaba a la inmovilidad? ¿Por qué no salían al encuentro de los policías?

Era tan extraño para Shony todo aquello, que decidió luchar por

su libertad.

Aunque tuviera que hundir sus uñas en las carnes martirizadas de aquel hombre.

## XII



E abalanzó sobre Watson como una fiera. La Shony McNally de aquel instante nada tenía de semejanza con la distinguida señorita que frecuentaba salones de alta sociedad.

Watson se sorprendió ante la reacción de la joven, y abandonó la pistola para sujetar a Shony, asiéndola de ambos brazos. No le habría gustado que el cuerpo de ella rozara sus quemaduras y, de ningún modo, tampoco hubiera hecho uso del arma de fuego.

La mantuvo cerca, pero sin consentir que el ímpetu de Shony la llevara a chocar contra él.

Pero ella se dio cuenta de que el hombre estaba desarmado, y aprovechó la circunstancia para gritar con toda la fuerza de sus

pulmones.

En sus gritos había desesperación, deseos de que los hombres vestidos con uniformes de guardias la rodearan por todas partes. Sólo entonces se sentiría en seguridad, con la confianza, aprendida de siempre, de que los guardias son los defensores de la ley y el orden.

—¡Calle! ¡Espere! —pidió Watson.

En vano.

Shony se debatía con una energía impropia; luchaba por su libertad, cada vez más encrespada en sus esfuerzos al sospechar que Watson era un delincuente, puesto que no quería nada con los agentes uniformados.

En la lucha, el vestido de la joven rozó las quemaduras del federal. Sus movimientos eran tan bruscos y desesperados, que no sólo fue el vestido, sino también sus piernas, las que golpearon, sin que ella se diera cuenta, la parte en carne viva de Watson.

Éste ahogó un gemido de dolor y, también sin quererlo, soltó los brazos de Shony.

Quando quiso volver a atraparla, era tarde. Shony corría por el campo desnudo en dirección al bajo edificio de «La Cabaña».

Watson se puso en pie con lentitud y desgana, y fue en pos de la joven.

Mientras avanzaba vio a los guardias rodeando al *cabaret*, mientras otros penetraban en el edificio. Dos de los uniformados salieron al encuentro de Shony, y Watson la vio accionar señalando en su dirección.

Los agentes empuñaron sus pistolas y, con recelo y precauciones, le cortaron el paso.

No le importó demasiado, puesto que sabía que sus compañeros del

F. B. I.,

con el inspector Colt al frente, no tardarían en hacer acto de presencia.

—Soy agente federal —anunció—. Mi chaqueta está ahí dentro y en ella podrán encontrar la documentación.

—Entregue esa pistola, de momento —pidió uno de los guardias—. Luego haremos las averiguaciones.

—Dispare usted la suya, máteme, y entonces puede recoger esta

pistola —repuso Watson, con energía—. Mientras tanto, la seguiré empuñando.

Los dos guardias vacilaron. Por fin, uno de ellos decidió ir en busca de los jefes de la redada, mientras el otro quedaba junto a Watson, mirándole con recelo.

Shony, por su parte, no quiso quedar cerca de Watson. Se alejó junto al primer guardia en dirección a la puerta principal del *cabaret*.

Watson aguardó con paciencia mientras transcurrían los minutos. En aquellos momentos, los agentes de paisano que penetraron en «La Cabaña» debían de haber descubierto ya la matanza de la cocina.

Vio salir a dos de ellos transportando al herido. Detrás salieron tres hombres, dos de paisano y uno de uniforme. Este último era el guardia que acompañó a Shony. Los otros dos se aproximaron a Watson y lo miraron con atención, reparando en las quemaduras múltiples que el joven presentaba en el tórax.

—¿Agente del

F. B. I.?

—inquirió uno de ellos, con el ceño fruncido.

—Sí. ¿No me recuerda? —sonrió Watson.

—¡Hum! Sí. Usted fue el que...

—El mismo —le interrumpió el federal—. Supongo que ahora no tiene duda acerca de mi identidad. Por ello le hago la siguiente pregunta: ¿quién les dijo que vinieran a este sitio?

El agente de paisano sonrió con superioridad antes de responder:

—Una simple llamada telefónica, amigo mío —miró con superioridad a Watson, y continuó—: Ahora pregunto yo: ¿qué hacía usted por estos alrededores?

Le tocó el turno a Watson de mostrarse sardónico:

—Un paseo higiénico, teniente.

Le importó poco que el otro rechinara los dientes. En la carretera lejana se veían varios faros de automóvil aproximándose a gran velocidad. Sin duda eran Colt y los compañeros.

También los vio el teniente de la Metropolitana al seguir las miradas de Watson, y su actitud se dulcificó un tanto.

—Sin bromas, amigo —dijo—. ¿Estuvo en el lío?

Y señaló hacia el *cabaret*.

—En el mismo centro, teniente.

Y Watson mostró las quemaduras, por si el otro no se había fijado bien en ellas.

—El sargento Percival Hood ha encontrado la muerte en el cumplimiento del deber —aseguró el teniente.

El joven agente estuvo a punto de caerse al suelo al escuchar aquellas palabras.

Pero decidió no decir nada de la actuación «heroica» del tal Percival Hood. Ya pondría al corriente de ello al inspector Colt.

Los coches acababan de dejar la carretera y se aproximaban, bamboleando las luces de sus faros por el camino mal cuidado que concluía en «La Cabaña».

A medida que acortaban distancias. Watson se sentía mejor. Incluso los dolores que le producían las quemaduras parecían mitigarse.

De la misma manera, los policías se mostraban menos hostiles para con él.

—Puede usted ir con el herido al puesto de socorro —apuntó el teniente.

—Agradecidísimo, teniente —replicó Watson—. Tengo que informar a mis superiores acerca de lo que aquí ha sucedido. He presenciado todo, ¿sabe?

—¿Sí? ¿Operó junto con Hood?

—Hombro con hombro... ¡Lo maté yo mismo!

Estaba tendido en una cama, en una habitación muy blanca y luminosa. La nómada le aplicaron en las quemaduras le alivió de tal manera que hubo necesidad de convencerlo para que se quedara a pasar el resto de la noche en el hospital.

Por la mañana se sentía totalmente repuesto, pero la ordenaron que permaneciera en la cama unas cuantas horas más. Esa orden le fue dada por teléfono desde el despacho del inspector Jefe del F. B. I.,

de lo contrario, Watson se habría marchado al salir el sol.

Aguardó la anunciada visita de Colt con gran impaciencia.

A media mañana se presentó el Jefe, y se sentó en la cama del herido.

—¿Cómo va eso, muchacho?

—Ya le dije esta mañana que estoy perfectamente —respondió Watson—. Necesito que me permita seguir con mi trabajo. He de anudar algunos cabos sueltos que creo serán de importancia para el total esclarecimiento del asunto.

—Seguro que sí. Yo también tengo a unos cuantos agentes sobre pistas...

—Pero son pistas lentas, señor. ¿Se ha encontrado el sedán de mis dos balazos?

—Se ha encontrado.

Watson dio un salto, en el lecho.

—¡Buen trabado, señor! —exclamó, con los ojos brillando de alegría.

—Bueno... Suponemos que sea ése el coche a que te refieres.

Estas palabras del inspector Colt apagaron un tanto el entusiasmo de Watson.

—¿Qué quiere decir, señor? —inquirió.

—Hemos encontrado un coche, perteneciente a Yoncalla...

—¡No puede ser otro! ¡De Yoncalla! —Volvió a entusiasmarse el joven.

—Sí: lo hemos encontrado... en el fondo de un barranco totalmente quemado.

—¡Dios mío!

—Nos dará mucho trabajo encontrar los agujeros de tus balas, muchacho.

—¡Será imposible! —se lamentó Watson.

—No del todo. Además, está la evidencia; claro que esto sólo nos sirve a nosotros, porque no puede ser una prueba. Esta misma mañana. Yoncalla ha presentado en su compañía aseguradora una petición de indemnización. El hombre ha sufrido un accidente, por lo visto.

—¡Vaya! Y encima le pagarán un coche nuevo.

—No olvides que contamos con técnicos que harán un estudio de ese coche pulgada por pulgada. A pesar de que rodó por el barranco, destrozándose en sus numerosos golpes contra las rocas y luego ardió por completo, cabe dentro de lo posible que se encuentre algún rastro de las balas o sus agujeros.

Sonrió el inspector, animando a Watson.

—En este mismo hospital se encuentra Shony McNally. —Siguió,

después de unos segundos de silencio—. Antes de venir a verte he pasado por el cuarto en que ella está, para hacerla unas cuantas preguntas que anoche no pude hacerle por su estado de nervios.

—¡Pobre! Ha debido pasar lo suyo.

—Por supuesto. Sí aún vive es porque se trata de una mujercita muy animosa y valiente, ¿sabes? Entró en «La Cabaña» y contempló lo que había en la cocina.

—¡Buen espectáculo! Y su prometido allí...

—También vio el asesinato del matrimonio Bradford. Fue cuando se la llevaron.

—Es chocante que no la asesinaran, a ella también.

—No. Prefirieron hacerle preguntas, recurriendo a distintos métodos. Los «gangsters» estaban en la creencia de que sabía mucho de los trabajos de su prometido. Incluso pensaban que tenía algunos papeles interesantes para ellos. Nada sacaron de ella, porque nada sabía.

—¿Cómo estaba en libertad cuando yo la encontré? —Fue Bradford quien lo hizo.

—¡Es posible! —se asombró Watson, abriendo mucho los ojos.

—Aunque te parezca mentira. Bradford dio con su paradero.

Watson encendió un cigarrillo y lanzó el humo hacia el techo.

—No estaba tan loco como yo suponía —dijo—. Encontrar aquel refugio de los pistoleros no era cosa fácil.

—Creo que siguió a unos. Encontramos allí un pequeño coche que Bradford compró hacía poco tiempo.

—¡Espere! Si fue así ya sé a quién siguió —dijo Watson sacando consecuencias—. Fue al coche en que me llevaron a mí. Por lo visto Bradford hizo lo mismo que yo. Se fue a los alrededores de la casa de Yoncalla y se vio en compañía de los tipos de Neil. Nos siguió hasta «La Cabaña», y entonces, no antes, pudo ver que me metían en el *cabaret* en calidad de detenido.

—Así debió ser —siguió el inspector—. El caso es que dio con la despena en que estaba encerrada su novia y la puso en libertad.

—Exacto. Y cuando se alejaban, oyeron mis berridos: me lo dijo ella anoche. Y Bradford decidió regresar, para ayudarme.

El rostro de Watson se ensombreció.

—Encontró la muerte por querer ayudarme —concluyó.

Colt asintió con un mudo movimiento de cabeza.

—Lo siento de veras, señor —siguió el joven—. Bradford valía mucho...

—Era valiente, no hay duda. Y lo último que hizo en esta vez fue rectificar la opinión que tenía de ti y del

F. B. I.

—No debió de hacerlo. Era mucho más importante su vida que la mía —dijo Watson—. Él tenía medios de hacerse con pruebas. Conocía a fondo el asunto.

—Su desconfianza le perdió. Supuso que estaba solo contra los asesinos de sus padres. No quiso confiar en la Policía ni en nosotros.

—¡Lástima! Pero al desconfiar de los guardias, hemos de reconocer que le sobraba razón —dijo Watson.

—¡Sí! Y, sin embargo, a uno de los traidores le hacen grandes homenajes póstumos. Me refiero a ese Percival Hood.

—Lo esperaba. Anoche ya apuntó el teniente de la Metropolitana que ese sargento había encontrado la muerte en el cumplimiento del deber.

—Ahora se dan bombo y se sienten mártires —dijo Colt.

—Me gustaría saber si anoche alguien les dijo que sucedían cosas raras en «La Cabaña», que se oían tiros y demás, o lo que recibieron fue una orden de la superioridad para que se personaran allí con toda urgencia.

—Sí. Resultaría interesante conocer los términos de esa llamada telefónica —apuntó el inspector.

—¿Y el pistolero herido? —preguntó Watson, después de un silencio.

—¡Ah! Ésa es una baza que tenemos —respondió Colt—. Está en manos de los mejores operadores y médicos, que luchan por salvarle la vida. Les he pedido que hagan lo humanamente posible por conseguir que ese hombre viva. Es posible que pueda decirnos cosas interesantes cuando pueda hablar.

—Puede ser la punta del hilo que conduzca al ovillo.

—Está en este mismo hospital, con un agente de guardia en un lado de su cama y un médico en el otro.

—Me gustaría encargarme de su interrogatorio, señor...

Colt movió la cabeza, negando.

—No, muchacho. Lo haremos nosotros.

Watson sonrió.

—No crea que lo iba a «tostar» —dijo.

—No creo nada. Sólo recuerdo que ese tipo fue uno de los que presenciaron tu tormento. Podrías ponerte nervioso y...

—No. Puede estar seguro. Mi venganza será ver a Yoncalla sentarse en la silla eléctrica. Él es el único responsable de todo.

—Por supuesto.

Colt se levantó, momento que aprovechó Watson para tirar las sábanas a un lado y saltar de la cama. El inspector vio el vendaje, sobre algodones, que el joven tenía en pecho y abdomen.

Detuvo a Watson con un gesto de su mano derecha.

—El médico ha dicho que te conviene permanecer un par de días en la cama, hasta que esas quemaduras...

—El médico puede decir lo que quiera, pero yo no voy a abandonar mi trabajo por unas simples quemaduras de cigarrillo —objetó Watson, comenzando a vestirse—. Deseo que no se me olvide el mal rato que me hicieron pasar. Luego tal vez no pondría tanto entusiasmo en mi misión.

—Allá tú, hijo. —Colt se encogió de hombros—. Pero yo no puedo encargarte ningún trabajo mientras el médico no te dé el alta.

Watson miró a su superior.

—¿Y quién le ha dicho que yo pido que me dé trabajo? —quiso saber—. Lo que haga será por mi cuenta y razón. Hasta podría hacerlo sin que el Gobierno me abonara la paga. Es una cuestión personal, ¿lo comprende, señor?

Colt volvió a encogerse de hombros, giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

Antes de abrirla se volvió, y, mirando al agente especial, advirtió:

—No sé nada. Tú estás dado de baja en el servicio —guiñó un ojo para añadir—: Procura tenerme al corriente de lo que descubras, ¿eh? Y pide ayuda, si la necesitas.

Abrió la puerta y salió de la habitación, pero antes de cerrarla a sus espaldas, añadió:

—No te expongas demasiado, hijo.

Watson, abrochándose los cordones de los zapatos, sonrió ampliamente, mirando hacia la puerta que acababa de cerrarse.

Luego se aproximó a un espejo y se hizo el nudo de la corbata,

se confundió en su chaqueta y abandonó tranquilamente el cuarto, ante el escándalo de una enfermera que le llevaba la comida en aquel momento.

—No se preocupe, guapa —dijo—. Ya estoy bien del todo. Los servicios de este hospital son eficientes, maravillosos. Ahora dígame en qué habitación está la señorita Shony McNally.

—Doscientos nueve... Pero tiene un policía en la puerta que no deja entrar a nadie.

La mano derecha de Watson ascendió hasta alcanzar una de las mejillas de la enfermera, pellizcándola cariñosamente, sin que ella pudiera evitarlo por tener las manos ocupadas por la bandeja de la comida.

Después contempló a Watson alejándose, pleno de fuerza, juventud y deseos de lucha, taconeando a lo largo del luminoso pasillo y alzando la cabeza ante cada puerta, buscando la 209.

La encontró con facilidad, en el mismo piso. La presencia de un compañero del

F. B. I.,

ante ella le indicó cuál era la habitación en que se encontraba Shony McNally.

—¿Cómo te va, «Bravo»? —le saludó el federal de guardia—. Decían que estabas muy «tostado»...

—¡Bah! Cuestión de apreciaciones —respondió Watson, con despreocupación—. No ha sido gran cosa, pero no me vayas a dar un puñetazo en la boca del estómago, por lo que más quieras. Voy a ver a esa enferma.

Y sin aguardar la venía del otro, empujó la puerta y se coló de rondón, cerrando a sus espaldas.

Shony estaba medio sentada en su cama. Pálida, el rostro serio, pero bello de veras, según juzgó Watson.

Miró en su dirección al verle entrar y le premió con una sonrisa, que sirvió para que Watson hinchara el pecho lleno de optimismo.

—¿Cómo va eso, *miss* McNally? —preguntó.

—Todo lo bien que es de desear. Tengo que pedirle perdón —dijo ella—. Me porté anoche como una estúpida, pero...

—Lo comprendo todo perfectamente —la interrumpió Watson, sonriente—. Por lo visto, estoy condenado a luchar con la incompreensión de ustedes dos...

Se interrumpió bruscamente al pensar que tal vez ella se sintiera dolorida al mencionar al difunto Bradford.

—Lo sé. Un señor me lo ha dicho todo —dijo ella, sin cesar de sonreír encantadoramente—. Las cosas rodaron así, y el pobre Abbe no confiaba en nadie.

—¿Y usted, ahora?

—Ciegamente...

—Pues bien: respóndame a una pregunta: ¿sabe algo de lo que su prometido tenía entre manos? Me refiero al asunto Yoncalla.

—He contestado a esa pregunta formulada por un señor hace unos minutos tan sólo. No sé nada. También me lo preguntaron los pistoleros, y tuve que decirles lo mismo.

—Bien; en ese caso, no me puede ser útil en modo alguno —dijo Watson, como hablando para sí mismo—. Tendré que seguir solo.

—Los hombres de Neil se llevaron muchos papeles de la casa de campo de los padres de Abbe —dijo ella, deseosa de ayudar al joven.

—Sí. Y documentos del departamento de Bradford en la ciudad —siguió—. Estarán convertidos en cenizas y aventados convenientemente. A no ser que los guarde Yoncalla...

Abrió boca y ojos en un gesto de sorpresa, una actitud propia del que acaba de hacer un descubrimiento.

—¡Puedo comprobarlo! —exclamó.

—¿Qué? —preguntó la joven, con curiosidad.

—¿Él? ¡No, nada! —Recogió velas Watson—. Estaba pensando en voz alta.

Se encaminó a la puerta y saludó con un movimiento de su brazo derecho a la enferma.

—Le deseo una pronta mejoría —dijo, alegremente—. ¡Hasta la vista!

—¡Espere! —pidió ella.

Watson se detuvo, con la puerta abierta.

—¿Puedo... ayudarle en algo? —preguntó Shony—. Quisiera serle útil.

—¡Chica valiente! —halagó Watson—. Si la necesito, la avisaré. Comprendo su deseo de trabajar en este asunto. ¡Repóngase pronto!

La puerta se cerró, y Shony quedó sola en la cama, sintiendo en su pecho una gran admiración por el hombre que sabía sufrir y

luchar por ayudar a la Humanidad. Un hombre que se entregaba a la tarea poniendo el corazón en ella.

—¡Admirable! —susurró.

Y cerró los ojos dulcemente.

### XIII



ESPUÉS de cerrar la puerta se detuvo un momento junto al agente federal que montaba guardia ante la habitación ocupada por Shony McNally.

—¿En qué habitación está el pistolero herido anoche? —preguntó.

—Sigue por el pasillo hasta que te encuentres con Murphy —respondió el compañero—. Él está de guardia allí.

Con rápidos pasos, Watson siguió caminando por el amplio pasillo, llegó a un recodo y ante él se ofreció la perspectiva de un nuevo pasillo, largo, blanco y muy iluminado por amplios ventanales.

Aproximadamente en el centro vio al agente especial Murphy, sentado en una silla de tubo de acero, leyendo un periódico. Y por el extremo opuesto, dos hombres se dirigían hacia el mismo sitio.

Algo le extrañó a Watson en la actitud de aquellos dos hombres.

Poseía un sexto sentido especial, que le hacía barruntar el peligro a muchas millas de distancia.

No cambió el ritmo de sus pasos ni su aspecto, aparentemente de indiferencia. Pero al llegar a la primera puerta a su derecha, se ocultó en el quicio, asomando lo menos posible de su rostro, para observar con un ojo lo que sucediera.

No se había engañado. Los dos individuos que tan cautelosamente se aproximaban a Murphy llegaron a la altura del agente. Durante un segundo pareció que iban a pasar de largo; fue en el mismo momento en que Murphy los lanzó una ojeada indiferente por encima del periódico para después continuar leyéndolo.

Los dos hombres, en aquel instante, se abalanzaron sobre el agente de guardia, sorprendiéndolo por completo.

Watson los vio manejar unas porras, con las que golpearon despiadada y repetidamente la cabeza de Murphy.

Luego lo abandonaron, medio derribado de la silla, inconsciente, con la cabeza ensangrentada, y saltaron hacia la puerta de la habitación donde el «gángster» se debatía, entre la vida y la muerte.

Watson saltó a su vez, lanzándose por el pasillo a la carrera. Pudo aproximarse con la máxima celeridad que le permitían sus piernas, sin que los otros se apercibieran de su llegada por haber penetrado ya en la habitación del herido.

En pocos segundos llegó a la puerta que los otros acababan de cerrar, maniobró en el pomo y empujó con energía.

El cuadro que se ofreció a sus ojos lo dejó en suspenso durante un segundo.

Uno de los pistoleros amenazaba con una pistola al médico interno que velaba al herido, mientras el otro, inclinado sobre la cama, levantaba en aquel momento su brazo diestro, armado con un puñal y lo mantenía en el aire, como si estuviera eligiendo el mejor sitio donde herir antes de dejarlo caer.

—¡Alto al F. B. I!

La voz de Watson tronó en la pequeña estancia, y los dos «gangsters» volvieron sus cabezas con rapidez hacia la puerta, súbitamente alarmados.

La pistola del que amenazaba al médico se desvió para apuntar a Watson. Éste vio el peligro y se tiró de cabeza para ocultarse con la

cama, a la vez que buscaba en su bolsillo la pistola que siempre llevaba.

Afortunadamente estaba allí; no se la habían quitado al ingresar en el hospital.

La extrajo, la montó y se arrastró por el encerado linóleo del suelo hasta llegar cerca de una pared.

Con rápido salto se puso en pie, y sus ojos, habituados a hacerse cargo de cualquier situación en poco tiempo, le ordenaron disparar hacia uno de los pistoleros, el que mantenía la pistola empuñada.

Sonaron dos secas detonaciones casi al mismo tiempo. La bala, enviada por el «gángster» se hundió en un tabique, precisamente medio segundo después que Watson saltara de lado.

La que salió de la pistola del agente especial fue a hundirse en el pecho del pistolero. Pareció que el hombre acababa de recibir una coz, tal fue la violencia con que se echó hacia atrás para chocar contra la pared y derrumbarse aparatosamente.

Watson volvió la vista en dirección al otro facineroso, y lo vio en el preciso momento en que saltaba por la ventana.

Disparó, sabiendo de antemano que no lograría hacer blanco, y acto seguido se precipitó hacia la ventana, con la pistola preparada para entrar en acción.

Llegó a tiempo de ver que algo se deslizaba furtiva y velozmente entre los matorrales del jardín.

Después, todo quedó quieto y silencioso.

Watson volvió al interior de la habitación, y con sólo una rápida ojeada pudo darse cuenta de que el «gángster» visitante estaba muerto, convertido en un confuso montón de ropas en desorden.

Volvió el rostro hacia el herido que ocupaba la cama y vio que las sábanas y vendajes que le cubrían el pecho estaban empapados en sangre que fluía a borbotones por una abertura de unas dos pulgadas de anchura.

Watson apretó los dientes con rabia. Lamentaba profundamente que, a pesar de todos sus esfuerzos, los visitantes hubieran conseguido su objetivo: matar al herido.

Un murmullo de voces y pasos precipitados en el pasillo le hizo volverse para mirar a la puerta. Al poco tiempo asomaron varias caras asustadas, algunas con gorros blancos de enfermera.

—¡Médicos! —pidió, autoritariamente, Watson—. ¡Pronto!

En la propia habitación había uno, que se aproximó, y en seguida, otros más y algunas enfermeras.

Todos pedían aclaraciones; miraban en todas direcciones y se horrorizaban al contemplar al muerto, aún con la pistola empuñada.

El director del piso dio órdenes tajantes, y todo fue recobrando su fisonomía habitual.

Pero Watson fue el único que no se movió de la cabecera del herido.

Contemplaba con atención las muecas en aquella cara pálida, de ojos hundidos, rodeados de cercos morados; la nariz afilándose, presagiando una muerte muy próxima.

No se dio cuenta de que se llevaban al muerto, ni siquiera de la presencia de su compañero Murphy, que, acariciándose la cabeza, se colocó al otro lado de la cama.

Los labios del moribundo se movieron, y Watson aproximó un oído hasta el máximo.

—¡Han tratado de... asesinarme! —Casi adivinó, más que oyó.

—Sus compañeros —dijo Watson—. ¿Por qué?

Los labios del herido se distendieron en algo que quiso ser una sonrisa, pero que no pasó de mueca trágica.

—Es... la costumbre —musitó, con un hilo de voz—. Si me salvo, me harían hablar... Y no les interesa... Por eso... matan.

—¿Quiénes eran? ¿Los reconoció?

En los labios de Watson se agolpaban muchas preguntas que necesitaba hacer con urgencia, para conocer las respuestas antes de que la vida del herido se extinguiera.

—Sí... Bobby Lane..., muerto. Leo Foster..., huido...

Watson lo veía morir por momentos, y los médicos nada podían hacer para impedirlo. Por ello deseaba formular sus preguntas. Tomó mentalmente nota del nombre del pistolero que consiguió huir, y volvió al ataque:

—¿Qué cosas podría decir a la Policía que a sus compañeros comprometieran?

Los exangües labios se cerraron con terquedad, permaneciendo de esa manera durante unos segundos. Después se volvieron a separar para decir:

—¡Que Dios me perdone!

—No tardará en venir el sacerdote del hospital —dijo Watson al

escuchar aquellas palabras del herido—. Le dejaré en sus manos. Pero antes de poner su alma en condiciones de... —No sabía cómo decirlo sin atormentar al herido—, de...

De nuevo se formó la mueca en el rostro del moribundo, y Watson adivinó que sonreía.

—Sí... Voy a morir —musitó—. Deseo poner mi alma en paz...

—Ponga también su conciencia en paz con la Justicia de los hombres —pidió Watson—. Hágalo y...

—Voy a hacerlo...

Se interrumpió, y Watson son observó que el pecho vendado y ensangrentado se agitaba al mismo tiempo que en los labios aparecían unas gotas de sangre.

A partir de aquel momento, las palabras del moribundo se hicieron más difíciles de entender, más débiles y entrecortadas.

—Yoncalla... —Entendió Watson, cuyo oído derecho estaba materialmente pegado a la boca ensangrentada del pistolero—. Tiene papeles... comprometedores...

—¡Dios mío! ¿No los ha destruido? —Watson casi saltó.

La cabeza del herido se movió débilmente de un lado a otro, negando.

—Tiene que... estudiarlos... —Siguió, con mayor dificultad—. Le interesa leerlos para saber... por dónde... la Policía puede...

Más sangre en la boca le hizo enmudecer. Sus ojos brillaban, y Watson sorbía las palabras.

Pero allí acabó todo. Un sacerdote penetró solemnemente en la habitación, acompañado de otras varias personas. Con mano suave, pero enérgica, apartó a Watson de la cabecera del moribundo, y, a partir de aquel momento, lo que pudo decir el «gángster» no lo oyó nadie más que el sacerdote. Cuando el ministro del Señor dio la absolución y se apartó de la cama, Watson pudo darse cuenta que ya nada podía esperar del herido.

Por ello dio media vuelta, bajó, al jardín y alcanzó la calle, donde tomó un taxi para ir a su casa.

Desde su pequeño departamento, telefoneó al inspector Colt y le informó de todo lo sucedido en el hospital.

—¿De manera que Yoncalla, según ese hombre que acaba de morir, conserva los papeles robados al fiscal general? —preguntó Colt—. ¡Me gustaría hacerme con ellos! Pero es casi imposible. No

los entregará nunca.

—¡Por supuesto! —dijo Watson—. Sólo un buen ladrón podría robárselos.

Hubo un momento en que sólo se oyó el zumbido eléctrico en la línea telefónica. Los dos hombres barruntaban algo.

—Buscar documentos y pruebas comprometedoras ocultas o en poder del enemigo, es una de las misiones del

F. B. I.,

señor —apuntó Watson—. Montones de agentes pueden hacerlo.

—Tengo un especialista en esos menesteres, hijo —dijo Colt—. Un muchacho que no ha fallado nunca en misiones semejantes. Tiene mucha experiencia, pero ahora no se puede contar con él...

—¡Lástima! Tendré que hacerlo yo...

—¡Eh! ¡El especialista a quien me refiero eres precisamente tú, Watson! Pero estás dado de baja en el servicio.

—Bueno... ¿Algo más?

Watson oyó la suave risa del inspector.

—Nada, muchacho. ¡Qué tengas suerte y... mejores pronto, para reintegrarte al trabajo!

—Gracias, señor. Hasta la vista.

Esperó a que el inspector colgara y le imitó a poco.

Lentamente se aproximó a la ventana de su «*living*» y miró hacia la calle, a muchos pies de profundidad.

Los coches pasaban raudos, y las personas parecían motas oscuras en las aceras grises.

La frialdad del cristal comunicó a su frente una sensación de agradable bienestar. Sentía aquel frío pasarle los huesos y aclararle las ideas.

Regresó al interior de la estancia y se dejó caer en un butacón. Encendió un cigarrillo y, mientras lanzaba el humo hacia la lámpara del techo, la mano izquierda pasó rozando suavemente las ropas que le cubrían el pecho.

Ante sus ojos apareció la visión de Neil McMahon aplicándole el fuego de sus cigarrillos sobre la piel.

Aquella bestia humana había encontrado la muerte, precisamente a manos de Abbe Bradford, el hombre que desconfió de todo y de todos, pero que supo rectificar a tiempo y, al hacerlo, encontró la muerte a su vez.

Recordaba con cariño a Bradford, el fiscal. Un luchador; no habituado a la lucha material, pero que la había afrontado con valor y resonación al creerse desamparado por la Ley. Un hombre íntegro al que él creyó loco.

Le debía la vida con toda seguridad y, en su memoria, apartando a un lado las consideraciones que le obligaban a luchar hasta el final, brindaría por el éxito de su misión y, con un ramo de flores, lo ofrecería en la tumba de Abbe Bradford.

Aplastó la punta de su cigarrillo y se puso en pie. En un armario de la misma habitación, junto al mueble bar y escritorio, tenía guardados una serie de utensilios adquiridos a lo largo de su carrera en el

F. B. I.

Poseía desde una serie de linternas eléctricas, todas distintas, aptas cada una para un determinado objetivo, hasta una colección de máquinas fotográficas de todos los tamaños y para distintos usos. Desde la grande, para vistas panorámicas, hasta la de formato microscópico, que se colocaba en el alfiler de corbata o se ocultaba en el interior de una flor colocada en la solapa, pasando por una serie de armas de fuego de distintos países y calibres, algunas de ellas tomadas al enemigo durante la guerra en el Pacífico y en Europa.

Recuerdos de guerra y de aventuras policíacas. Luchas en campo abierto o en las calles de las ciudades.

Entre todo aquello, tenía también unos utensilios de distintas formas, bien contruidos, que pertenecieron a distintos ladrones famosos o a especialistas en cajas de caudales.

Lo sacó todo del cajón en que lo guardaba y lo extendió sobre la mesita del «*living*».

Ganzúas, llaves maestras, pequeñas palanquetas y un soplete de bolsillo.

Lo contempló, sonriendo. Aquel arsenal era de un valor incalculable para él. Y a ello debía un buen número de éxitos en misiones y una justa fama en el Departamento federal.

Hacía unos minutos que el propio inspector jefe se lo había recordado, calificándole del mejor especialista en determinado tipo de misiones.

Seleccionó varias de aquellas herramientas y se las metió en los

bolsillos. Después procedió a revisar dos pistolas, comprobando que sus almacenes estaban repletos de munición y las distribuyó, como siempre: una en la funda sobaquera, y otra oculta en la cintura. Una linterna de rayo de luz fino, una ventosa de goma y un diamante, completaron el equipo.

Se cambió de traje y de vendas, renovando la pomada que tan maravillosos efectos producía.

Y se sintió hombre nuevo.

Descendió a la calle y se metió en la cafetería de enfrente de su casa. Allí consumió unos

«hot-dogs»

y una taza de café muy cargado.

Después tomó un autobús que lo dejó ante la puerta del Parque Oeste.

A partir de aquel momento, dejó a un lado la tranquilidad para convertirse todo en un ser vigilante, receloso, que nada se le escapaba.

Los paseantes desocupados del parque, el vagabundo que dormitaba en un banco, al sol, los automóviles que pasaban por la carretera, el guardia uniformado que balanceaba su porra de goma. Todos y cada uno eran observados con atención, aunque afectando indiferencia, y catalogados en el acto.

No podía ser sorprendido en modo alguno. Sería el fracaso y la muerte, si tal cosa sucedía.

A aquellas alturas, conocía bien la clase de enemigo con que se enfrentaba a muerte. Poderoso, tanto como el propio

F. B. I.

Y con una falta absoluta de escrúpulos para adoptar cualquier medio que interesara para conseguir el objeto que se proponía.

Por ello, el agente tenía que combatir con las mismas armas y los mismos procedimientos.

Hacer otra cosa sería locura, que llevaría al fracaso.

Y ya sabía Watson que el fracaso en el asunto que lo ocupaba, era la muerte para él.

Miró en torno y observó que se encontraba solo, sin testigos que pudieran observar sus maniobras.

Entonces abandonó la carretera y se internó por entre los tupidos árboles del parque.

Avanzó de matorral en matorral, recordaba cuando, en otras ocasiones, tuvo que avanzar de la misma manera. Pero entonces llevaba un casco de acero en la cabeza y, a ambos lados, caminaban otros hombres con fusiles, ametralladoras y bombas, preparados para entrar en acción.

Iban todos juntos, en busca del enemigo que esperaba emboscado. Todos sentían miedo, aunque ninguno lo confesaba. Miedo a la sorpresa y a la muerte entre dolores espantosos.

Pero era distinto aquello de la guerra. A pesar de ese miedo, inconfesado, pero latente en todos los rostros, la compañía de muchos camaradas metidos en el mismo peligro y en las mismas penalidades, les proporcionaba ánimos y les prestaba calor mutuo.

Ahora era muy diferente. Porque iba solo, absolutamente solo, en busca de un enemigo ladino, poderoso y preparado con muchos medios para destruirle.

Y, sin embargo, tenía mucho menos miedo que en el Pacífico, contra los japoneses.

Porque ahora iba animado por un odio mucho más feroz que entonces. Unos deseos, sí cabe, superiores, de vencer a toda costa y una responsabilidad mayor.

Era él solo, contra un enemigo despreciable y conocido.

Más feroz que los propios japoneses.

De árbol en árbol, mirando en todas direcciones antes de salir de un escondrijo para ocultarse en otro más avanzado, Watson fue ganando terreno en dirección a la verja que circundaba la propiedad de Martin Yoncalla.

Sólo cuando llegó a doscientas yardas de la puerta, pudo darse cuenta de que aquella magnífica finca estaba bien guardada.

Dos hombres, de paisano y con las manos metidas en los bolsillos de sus gabanes paseaban arriba y abajo, sin perder de vista la puerta principal.

Watson observó a los hombres, contempló la puerta y estudió la tapia, los árboles que asomaban por encima de ella y la fachada de la gran casa, que se veía entre el ramaje, más al fondo.

Entonces comenzó a desplazarse hacia la derecha, para repetir sus observaciones desde distintos ángulos.

De día no se podía hacer nada, como no fuera penetrar por la puerta principal y solicitar de todos los guardaespaldas de Yoncalla

que le saldrían al paso, una entrevista con el cacique.

Y esto no conduciría a nada práctico.

Sin embargo, tenía que penetrar en la casa, costara lo que costara, y apoderarse de los papeles que pertenecieron a Abbe Bradford y que le fueron robados.

Habría que esperar a que las sombras de la noche se convirtieran en sus aliadas.

Acurrucado tras un matorral del parque, Watson eligió el lugar por donde atacaría.

Era una esquina de la tapia del jardín de Yoncalla.

Había varios ladrillos arrancados y formaban una escalera para trepar y saltar al otro lado.

Sólo faltaba que el sol se ocultara en el horizonte de rascacielos.

Después, Watson entraría en acción de nuevo.



Evocativo es el título de nuestra Serie

## WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia del Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa o un gesto de desafío:

## WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de *cowboys*

## XIV



¡FUE el momento. Watson creyó que nunca terminaría la espera y que se convertiría en una estatua, después de tanto tiempo inmóvil.

Pero los anuncios luminosos comenzaron a encenderse en las fachadas de los edificios de Chicago y, por contraste con la vivida luz artificial, el firmamento se oscureció y las estrellas brillaron.

Miró en torno. Los matorrales del parque parecían albergar entre su espesura a hombres agachados.

Pensó que era producto de su imaginación y se entregó a la tarea de desentumecer sus miembros ateridos. Hizo algunas flexiones de piernas y movió los brazos, hasta que la circulación de la sangre se normalizó.

Entonces, después de comprobar que estaba en perfectas

condiciones de lucha y acción, se agachó para cruzar a la carrera el espacio libre que lo separaba de la tapia, que tenía que escalar.

Iba a dar el primer paso, cuando una voz, muy, próxima, a sus espaldas, le hizo tirarse de cabeza al suelo.

—¡Que haya mucha suerte, Peter!

En tierra, el agente se revolvió, tratando de penetrar la oscuridad de los matorrales y árboles próximos. El corazón le latía apresuradamente, como si quisiera desbocársele.

Poco a poco, fue tranquilizándose. El timbre de aquella voz le resultaba familiar.

Miró con atención a uno de los troncos y vio que una cabeza asomaba.

Emitió un suspiro de alivio y, casi arrastrándose, se encaminó en derechura al hombre oculto.

—Gracias, señor —dijo, sonriendo y a media voz—. ¿Está usted solo?

La voz del inspector Colt sonó de nuevo:

—¿Pierdes facultades, hijo? ¿De veras no te habías dado cuenta de que estamos cerca de ti?

Watson tuvo que reconocer que, en efecto, hasta aquel momento pensó que se encontraba solo en las proximidades de la mansión de Marlin Yoncalla.

—He traído conmigo veinte agentes, muchacho —siguió el inspector—. Estaremos preparados para entrar en acción en el momento en que tú hagas una señal llamándonos, que pueden ser tres disparos: uno, solo, y, después, otros dos consecutivos.

—Gracias, señor —dijo el joven—. Así lo haré.

Dio media vuelta y se encaminó despacio hacia el límite de la vegetación del parque. Pensaba que sólo unos hombres bien adiestrados, como sus compañeros del

F. B. I.,

pudieron acercarse hasta él sin que se diera cuenta de su proximidad.

Se detuvo. Miró a derecha e izquierda, sin ver a nadie. Entonces, sin pensarlo por dos veces, corrió agachado hacia la pared de ladrillo, la alcanzó en dos segundos y trepó como un gato, silenciosa y rápidamente, hasta alcanzar la parte alta de la cerca.

Un rápido vistazo hacia abajo, escudriñándolo todo con una sola

ojeada y comprobando que las plantas, macizos y árboles que había en el jardín estaban desiertos, y se dejó caer blandamente, para quedar oculto tras una mata de lilas.

Nuevas miradas en torno y, de pronto, se sobresaltó al percibir un rumor que se aproximaba con rapidez.

En el acto, empuñó su «Magnum» y estuvo preparado.

Una sombra se le fue encima, en silencio, pero con un siniestro brillo en unos ojos verdosos, fijos en el intruso.

El brazo diestro de Watson se movió como un rayo; en la mano el «Magnum», firmemente empuñado, dirigido hacia aquellos ojos.

El golpe fue brutal, demoledor. Watson percibió una especie de gemido, seguido de un gruñido sordo y prolongado.

Inmediatamente, repitió el golpe, buscando la nuca del animal. Golpeó por tres veces, hasta que el cuerpo grande, musculoso, nervioso, de un perro dogo, quedó inmóvil.

Watson se agazapó seguidamente, y sus ojos miraron a derecha e izquierda. Pero nada turbó la quietud del jardín.

Guardó el revólver y posó su mirada en un balcón, fácilmente accesible desde el suelo.

Cruzó un sendero y, agarrándose a la parte baja de una cornisa, se izó, poniendo a prueba sus músculos. En aquel momento experimentó un fuerte tirón en el pecho y estuvo a punto de soltarse, pero su férrea voluntad le hizo continuar el esfuerzo, hasta conseguir encaramarse al balcón.

Se acarició el vientre y el pecho, como queriendo tranquilizar a las quemaduras que protestaban y se sintió mejor.

Observó los cristales cerrados, pero no perdió el tiempo. Por algo iba preparado con todo lo necesario.

Para él fue sencillo abrir las hojas del balcón. Sólo tuvo que aplicar una ventosa de goma y trazar un círculo alrededor de ella con un diamante especial. Después, bastó tirar hacia sí para quedar con un disco de cristal en la mano.

Introducir un brazo y accionar el picaporte, fue todo uno.

Y se encontró en una habitación a oscuras, silenciosa; con sólo un rectángulo de débil claridad proyectado en el suelo de madera brillante y su propia sombra recortada en él.

Se ayudó de una de las linternas que llevaba en sus bolsillos, y fue caminando lentamente, sin tropezar los lujosos muebles,

paseando el haz luminoso por las paredes, cubiertas de cuadros y retratos.

Tuvo que reconocer que tendría que buscar muy pacientemente en aquella enorme casa. Y le asaltó la idea de que tal vez Yoncalla no tuviera allí los papeles que él buscaba.

Durante un segundo se sintió descorazonado, pero sólo durante un segundo. Inmediatamente después, volvió a avanzar hasta alcanzar la puerta y salió a un pasillo ancho, iluminado por la luz de un farol situado en el techo.

Fué, al azar, hacia su derecha y llegó al arranque de una escalera.

Se detuvo y prestó oído. El rumor de varias voces le llegó con completa claridad.

En el acto decidió enterarse de lo que decían, y fue aproximándose a una estancia grande con varias puertas.

Por debajo de una de ellas se filtraba un rayo de luz. Watson la alcanzó y se detuvo con el oído pegado a la hoja de madera.

Al otro lado, varios hombres hablaban de cuando en cuando. No era una conversación, propiamente dicha. Uno decía algo y, después, se hacía un silencio. Uno o dos minutos después, una voz distinta a la anterior pronunciaba algunas palabras.

Watson aguardó, tratando de comprender alguna palabra, pero sin conseguirlo.

Por fin logró percibir una con entera claridad.

—¡... fuego...!

En el acto, empuñó el «Magnum», con la mano derecha, mientras la izquierda se apoyaba en el pomo de la puerta. Lo maniobró, rápida, pero silenciosamente, y empujó con suavidad.

Sus ojos, burlones, se pasearon por la estancia con tranquilidad.

Allí estaban tres hombres enfrascados en una tarea que debía ser altamente interesante, a juzgar por la atención que ponían todos ellos.

En un ángulo de la habitación, bien iluminada, había una chimenea de estilo inglés, con un buen fuego encendido.

Watson reconoció a Yoncalla, sentado detrás de una monumental mesa de despacho, sobre la que había una lámpara que iluminaba un montón de papeles.

Otros dos hombres, situados a ambos extremos de la mesa, leían

en silencio y tomaban notas apresuradamente.

Ninguno de los tres se dio cuenta de la presencia en la puerta del agente especial.

Uno de ellos levantó la cabeza y miró a Yoncalla.

—Éste se refiere a drogas —dijo.

Marlin Yoncalla dejó de leer y devolvió la mirada del otro.

—Y ¿qué? —preguntó.

—Cita nombres. Flay Spurley, como jefe.

—¿Dice cómo se enteró de eso? —Fué la pregunta que salió de labios del dueño de la casa.

—No...

—¡Échalo al fuego! —concluyó Marlin Yoncalla.

El otro no tuvo más que hacer un pequeño movimiento con uno de sus brazos para arrojar al fuego el papel que acababa de leer.

Las llamas prendieron con rapidez, y, varios segundos después, el papel se había convertido en cenizas negras.

Watson suspiró ruidosamente, satisfecho, al comprender que llegaba a tiempo.

Allí estaban aquellos individuos estudiando los papeles robados al difunto fiscal del Estado. Por la lectura de los documentos, Yoncalla se enteraba de muchas cosas de alto interés para él.

Se enteraba de lo que el fiscal llegó a saber sobre su persona y negocios; se enteraba de los medios que se valió, de los puntos flacos por mal organizados.

Era una maravillosa lectura aquélla, sin duda. Podía, en lo sucesivo, ponerse a cubierto de nuevas averiguaciones de la Policía, enmendado yerros. Era el propio fiscal quién se los mostraba con toda claridad.

También quedaría, después, en condiciones de subsanar errores, para evitar incurrir en peligrosas investigaciones o denuncias de confidentes.

Era por la necesidad de enterarse de todo aquello que el fiscal logró reunir, por lo que Marlin Yoncalla no destruyó la cartera de documentos robada en el mismo momento en que llegó a su poder, como fue su primera intención.

Y se alegraba...

Al oír un suspiro, levantó la cabeza. Volvió el rostro y se encontró con unos ojos burlones que le miraban con fijeza.

El corazón del hombre de «negocios» pareció paralizarse.

Pero también le parecía imposible que el poseedor de aquellos ojos estuviera allí, ante él.

La última vez que vio la cara de Watson fue a través de una pequeña cortina que separaba una gran cocina de una sala, en «La Cabaña».

Entonces, Watson era sometido a la prueba del fuego...

Estuvo a punto de gritar, pero sintió la sensación de que tenía un apretado nudo en la garganta.

Después... Vio el brillo de un revólver que lo apuntaba directamente a la cabeza y una voz, fuerte, enérgica, autoritaria, que conminó:

—¡Levanten las manos!

Los tres quedaron como petrificados, y Watson sonrió, triunfante, avanzando hacia el centro de la estancia.

Su «Magnum» apuntó alternativamente a los tres hombres, que lo miraban con mezcla de estupor y miedo en sus semblantes.

Y no perdió el tiempo.

Llegó hasta la mesa y apartó de un manotazo todos los papeles que en ella había.

—¡Muy quietos, amigos! —advirtió, mientras, con una sola mano, trataba de introducir todos los documentos en la cartera que perteneció a Abbe Bradford—. Estoy deseando evitar trabajo al verdugo.

Uno de los papeles se rebeló, como si no quisiera volver al interior de la cartera, y Watson hizo un rápido movimiento para atraparlo antes de que cayera al suelo.

Fue un segundo de distracción, tal vez menos. Pero los tres individuos supieron aprovecharlo.

O, al menos, lo intentaron.

Como uno sólo salieron de su inmovilidad para lanzarse en derechura hacia la mano de Watson, que empuñaba el revólver.

Un cuerpo derribó la lámpara, que estaba sobre la mesa, y la luz en la estancia disminuyó al quedar encendida solo la araña del techo. Se oyó ruido de sillas arrastradas y el golpe de una de ellas al caer al suelo.

Y Watson recibió un puñetazo detrás de una oreja, que lo aturdió.

Su primera reacción, casi inconsciente, fue apretar el gatillo de su revólver, y el estampido pareció llenar el despacho de Yoncalla.

Después se sintió golpeado bestialmente. Un puño se le hundió en la boca del estómago, y experimentó deseos de gritar como consecuencia del horrible dolor en las quemaduras.

La cabeza le dio vueltas a la vez que se sentía empujado con violencia.

Tuvo un momento de lucidez, mientras los oídos le zumbaban, al golpearse contra el suelo. Vio que uno de aquellos hombres se le iba encima con las intenciones de un jabalí enfurecido.

Entonces, Watson le apuntó con su revólver y apretó el gatillo por dos veces en rápida sucesión.

El hombre cayó junto a él, y Watson tuvo tiempo de ver que sus ojos se vidriaban con rapidez, perdida toda conciencia.

Saltó para ponerse en pie y dar frente a Yoncalla y al otro, los cuales empuñaban sendas pistolas automáticas.

De nuevo apretó el gatillo de su arma con rabia. Si se había comportado como un tonto, deseaba morir como un hombre.

Yoncalla también disparó, y fue aquel estampido como el preludio de todo lo que llegó después.

El silencio se hizo en la habitación durante unos momentos; por ello se pudo escuchar la algarabía que se formaba en el exterior de la casa.

Sonaron varios disparos aislados, seguidos del traqueteo de una metralleta que, al concluir su ráfaga, dejó todo en silencio.

Segundos después se oyeron gritos, carreras, órdenes y unos pasos precipitados que se aproximaban a la puerta del despacho de Yoncalla.

Watson se puso en pie. Casi sin darse cuenta, había efectuado la señal convenida con el inspector Colt, y los agentes apostados en torno a la residencia de Yoncalla acababan de entrar en acción.

El dueño de la casa estaba con el rostro blanco y demudado. La mano con que empuñaba la pistola temblaba visiblemente.

Watson fue a ponerse en movimiento para inmovilizarlo, pero se detuvo al ver que la puerta se abría con violencia, y un individuo malcarado, que empuñaba una pistola, hacía irrupción en el despacho.

—¡La Policía está asaltando la casa, señor! —exclamó,

nerviosamente, sin darse cuenta de que estaba muy cerca de un agente.

Yoncalla salió del marasmo en que se encontraba. Soltó una maldición, y apretó el gatillo de su pistola por tres veces.

Watson no tuvo tiempo más que para saltar de lado, sin intentar siquiera disparar su revólver.

En el suelo giró sobre sí mismo para hacer fuego ferozmente.

Y lo hizo precisamente cuando sólo veía la espalda del último pistolero que llegó al despacho, desapareciendo por la puerta.

El «gángster» abrió mucho los brazos y se precipitó contra el suelo.

Watson dio un salto de acróbata y se puso en pie para correr en pos de Yoncalla y el otro, que trataban de huir escaleras abajo.

Pasó por encima del cuerpo del «gángster», que se retorció en medio de un charco de sangre, y comenzó a bajar las escaleras.

Quiso apuntar a los otros dos que le precedían, pero cuándo iba a disparar, se apagó la luz y quedó rodeado de oscuridad.

No se detuvo por ello, y continuó bajando los escalones con la máxima rapidez que le permitían las tinieblas, a la vez que su mano izquierda se esforzaba en sacar la linterna de mano que poseía.

Se concluyeron los escalones, pero Watson se encontró desorientado.

Oía perfectamente muchos disparos fuera de la casa, gritos y los lamentos de un herido no muy lejano a dónde el joven se encontraba.

Consiguió empuñar la linterna y describió un semicírculo con el rayo luminoso en busca del sitio por donde podrían haber huido Yoncalla y el que lo acompañaba.

—¡Alto!

La voz sonó autoritaria, y algo duro se hundió en su espalda.

Necesariamente tenía que ser una pistola, y el menor movimiento podría ocasionar el disparo que le destrozaría la espina dorsal.

Watson, rabioso, con lágrimas en los ojos, optó por permanecer inmóvil.

—¡Suelte ese revólver! —repitió el hombre situado a sus espaldas.

Los dedos de Watson se aflojaron. Estaba en una situación

desesperada, bien cogido, imposibilitado de toda resistencia, a no ser que quisiera morir.

Se iluminó la estancia antes de que el revólver de Watson se separara de su mano, y un hombre se le acercó.

Watson estuvo a punto de dar un salto.

—Pero ¡hombre, que se me escapan...!

Dos compañeros del

F. B. I.,

estaban a su lado, uno de ellos era el que mantenía una pistola en su espalda.

—¿Por dónde habéis entrado? —preguntó el joven, cuando la presión del arma desapareció.

—¡Toma! ¡Si es Watson! —exclamó el que lo había detenido—. Pues he estado a punto de apretar el gatillo...

—¡Dime de una vez por dónde habéis entrado! —dijo el joven, sin ganas de broma.

Le señalaron una puerta, y Watson volvió la cabeza en dirección contraria.

—Entonces se han largado por ahí —comentó.

Y sin aguardar a más explicaciones, se lanzó en dirección a una puerta abierta, por donde suponía que Yoncalla y su compañero habían huido.

De pronto, antes de salir de la habitación, se detuvo. Volvióse hacia sus compañeros, y ordenó:

—Subid al piso superior. Encontraréis a un par de tipos muertos o heridos... Pero lo importante es que guardéis unos papeles que hay sobre una mesa de despacho. ¡Es cuestión de vida o muerte!

Y volviendo las espaldas a los dos agentes especiales, reemprendió la persecución de Yoncalla.

Salvó a la carrera la distancia que lo separaba de una pequeña puerta y alcanzó una cocina iluminada. Buscó con rapidez y vio otra puerta, sobre la que se abalanzó, tratando de recuperar el tiempo perdido.

Pero se detuvo. Por aquella puerta no habían podido salir sus perseguidos, por la sencilla razón de que tenía corrido un gran cerrojo, el cual no podía ser maniobrado desde la parte exterior.

Se volvió de nuevo, buscando con la vista, febrilmente, otra puerta. Sabía que Yoncalla y el otro tenían que haber huido por allí,

puesto que los agentes les habrían cerrado el paso de haberlo intentado por la otra puerta.

Y dio pronto con el camino seguido por los bandidos.

Era una trampilla en el suelo, cerrada, que no podía conducir más que a una carbonera subterránea o a un sótano de la casa. Probablemente, sin salida.

Comenzó a abrirla a la vez que sentía el ruido de pasos que se aproximaban por el camino que conducía a la cocina.

Un momento después, cuando Watson dejó colocada verticalmente la trampilla del sótano, llegaban junto a él varios agentes especiales, mandados por el propio inspector Colt.

—¿Cómo estás, muchacho? —inquirió el superior, mirando a Watson de arriba abajo, como buscando sangre sobre él.

—Sin novedad, señor —respondió el joven—. Creo que por aquí han huido Yoncalla y otro individuo.

—Es de esperar que estén ahí abajo. Habrá que ir con cuidado... —comentó el inspector Colt.

—Los haremos salir —dijo Watson—. ¿Ha visto a Andrew y a Lionel?

—Están camino de la División con los papeles —respondió Colt—. Supongo que era eso lo que querías saber.

Watson suspiró.

—Sí —dijo, sonriendo—. Creo que son muy importantes.

Después miró hacia el arranque de la escalera, que se perdía en la oscuridad del sótano, y comentó:

—Y ahora voy en busca de esos dos... Con esta detención, habremos concluido todo este asunto...

\*\*\*\*\*

Evocativo es el título de nuestra Serie

## WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia del Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa e un gesto de desafío.

## WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de *cow-boys*.

## XV



N las manos del inspector y de los agentes que lo acompañaban se afirmaron las pistolas, a la vez que todas las miradas se clavaban en el cuadrado negro, abierto en el suelo, donde arrancaban los escalones de ladrillo que se perdían en la profundidad del sótano.

Watson comenzó a descender. Los primeros pasos los dio despacio, mirando hacia abajo, como queriendo taladrar las tinieblas.

Todos los presentes miraban al compañero audaz con cierta admiración y tal vez algo de envidia también.

Porque allí abajo, en la oscuridad impenetrable del sótano, estaba el peligro.

En cualquier momento podía ser roto el silencio por un

estampido o una serie de ellos.

Y no cabía duda alguna que, el hombre que se hallaba al principio de la escalera, estaba ofreciendo un blanco magnífico a los que se hallaban abajo, los cuales podrían disparar a mansalva, con completa tranquilidad, sin ser vistos y, por tanto, sin que los atacantes pudieran hacer uso práctico de sus armas de fuego.

Watson sabía todo esto, pero no se arredró.

Poco a poco fue descendiendo escalones hasta que sus compañeros vieron desaparecer su cabeza en la oscuridad.

Transcurrieron varios minutos de silencio, de ansiosa espera, temiendo que, en cualquier momento, restallara un disparo y se oyera la voz de Watson profiriendo un grito de agonía.

En la calle se llenaban los automóviles del

F. B. I.,

de agentes y de detenidos. Pero restaba la cabeza principal: Marlin Yoncalla.

La voz de Watson llegó desde lo profundo del sótano, y el inspector Colt vio que el joven encendía una linterna.

—¡Entregaos! ¡No tenéis escapatoria posible!

El círculo luminoso de su linterna iluminó una pared de ladrillos desnudos, sucia de telarañas y polvo. Estuvo durante medio segundo inmóvil para desplazarse después hacia abajo, para registrar todos los rincones del amplio sótano.

Ni un ruido respondió a sus palabras conminatorias. Ello le extrañó y le hizo sospechar que el sótano debía tener alguna puerta de escape.

Pero no. Un disparo retumbó con fragoroso eco entre aquellas húmedas paredes y una bala se aplastó a dos pulgadas de la mano de Watson, que sostenía la linterna.

El joven la apagó en el acto y descendió otros cuántos escalones para alcanzar un descansillo, donde la escalera formaba ángulo recto con el último tramo, que moría en el suelo del sótano.

Lo alcanzó y se inmovilizó muy pegado a la pared de ladrillo.

Contuvo la respiración a la vez que separaba su mano izquierda con la linterna, del resto del cuerpo. Aguardó aún unos segundos y, por fin, la encendió con rapidez, moviendo en todas direcciones el haz luminoso.

Como un relámpago, vio las dos figuras agazapadas en el suelo.

Hacían algo que el joven no pudo identificar. En el acto los dos rostros se volvieron hacia la luz y una mano se alzó en el mismo momento en que Watson apagaba su linterna.

Un nuevo estampido ensordecedor rebotó en las paredes del sótano y Watson sintió que algo invisible le arrebatava la linterna de la mano.

Pero ya había visto lo suficiente.

Muy despacio, conteniendo la respiración, fue descendiendo los escalones, procurando no producir ruido alguno.

Se le hizo interminable el descenso, pero al fin llegó al liso y polvoriento suelo del sótano.

Con los ojos muy abiertos, como queriendo taladrar con sus miradas la impenetrable oscuridad que le rodeaba, Watson percibió el jadeo de dos respiraciones y unos sonidos metálicos.

Abrió la boca para dar el alto a los dos bandidos, pero un nuevo ruido, más fuerte que los anteriores, le hizo permanecer callado.

—¡Por fin! ¡Ya era tiempo! —exclamó alguien.

Roces, leve golpear de algo blando, jadeos. Después un sonido seco, metálico, y todo quedó en silencio.

Watson retrocedió varios pasos hasta tropezar con el primer escalón, y gritó, mirando hacia arriba:

—¡Bajen con luces! ¡Pronto!

Percibió sobre su cabeza el rumor de pasos precipitados y varios rayos luminosos bailaron, asestados en diferentes direcciones.

Unos segundos después, varios agentes y el propio inspector jefe rodeaban a Watson.

Éste se encontraba arrodillado en el suelo, esforzándose por levantar una tapadera metálica circular.

Sus manos se aferraron a una argolla y todos sus músculos se pusieron en tensión.

La habría levantado con facilidad si al efectuar el esfuerzo no hubiera sentido un doloroso tirón en la piel de su pecho y vientre.

De entre sus apretados dientes se escapó un gemido, a la vez que su frente se cubría de sudor.

—¿Pesa tanto? —quiso saber el inspector.

—No... Son las quemaduras... —respondió, con voz débil, Watson.

Varias manos se precipitaron hacia la argolla de hierro y, un

momento después, la tapadera era levantada con suma facilidad.

Uno de los agentes asomó su cabeza, a la vez que iluminaba hacia abajo.

Todos los que se asomaron vieron un tubo de ladrillos que descendía verticalmente.

No tuvieron tiempo de observar nada más, porque sonó un trueno en lo profundo del pozo y una bala ascendió con lúgubre silbido, para hundirse, destrozándola, en la cara de uno de los agentes.

El hombre se precipitó de bruces y quedó atravesado en la boca del pozo, inmóvil ya, sorprendido por la muerte.

Lo retiraron en el acto, desconcertados momentáneamente.

Peter Watson consultó con la mirada al inspector. Durante unos pocos segundos, los ojos de ambos quedaron como prendidos, sin pestañear. En torno, los rayos luminosos de varias linternas bailaban una extraña danza, iluminando paredes de ladrillos y rostros pálidos de hombres que estaban en presencia de la muerte.

Se comprendieron al momento.

—¡Apaguen las luces! —ordenó, con voz ronca, el inspector Colt.

La oscuridad reinó de nuevo y sólo las agitadas respiraciones de los agentes indicaban que allí había varios hombres.

—¿Vas a hacerlo tú, Watson? —Sonó la voz de Colt.

—Por supuesto, señor —respondió el joven.

—¿Podrás? Quiero decir si tus heridas o quemaduras te permitirán obrar adecuadamente...

—Mis quemaduras no me impiden apretar el gatillo, señor —afirmó Watson, con acento seguro.

—Ten cuidado...

—¡Que no se escapen!

—¡No pueden escapar...!

—¿Te acompaño?

—¡Callad! —Puso Watson término al coro de voces de sus compañeros.

Se echó de bruces en el suelo y dejó que su cabeza pendiera en el vacío.

De lo profundo del pozo le llegó el rumor que producían los dos bandidos que huían.

Asomó su mano derecha e hizo varios disparos consecutivos. Los

estampidos rebotaron en el largo tubo vertical y allí permanecieron zumbando durante varios segundos, como si no encontraran sitio por dónde escapar.

Después, todo quedó en silencio.

—Hasta la vista, señor —dijo Watson—. Que me sigan dentro de un rato...

Esperó un momento y, después de recargar su pistola, se deslizó verticalmente, con los pies hacia abajo, por la boca del pozo.

Sus compañeros percibieron el suave roce que hacían sus zapatos al chocar contra las paredes del pozo, buscando los puntos de apoyo.

Estos ruidos fueron disminuyendo, hasta cesar por completo unos minutos después.

Todo quedó en silencio durante unos angustiosos minutos, que el inspector Colt dedicó a ordenar sus ideas.

Poco después, dictaba órdenes como trallazos:

—Foster y Lukas seguirán a Watson dentro de cinco minutos. ¡Mucho, cuidado y atención! Los demás, síganme.

Los agentes Foster y Lukas quedaron junto a la boca del pozo consultando las esferas luminosas de sus relojes con impaciencia, mientras el inspector, seguido por los demás agentes especiales, ascendía las escaleras del sótano para alcanzar la cocina, y, después, peregrinar por las restantes habitaciones de la mansión Yoncalla, en busca de un aparato telefónico.

Cuando lo encontró, marcó el número de la División del F. B. I., para ordenar:

—Todos los agentes en acción. Hay dos peligrosos criminales en las alcantarillas de la ciudad y es preciso detenerlos. Vean en los planos las salidas de los colectores y pongan centinelas en todas ellas. Ordénese la movilización de todos los recursos para vigilar lo más ampliamente posible...

Dio detalles, resolvió pegas y, por último, colgó el auricular para dirigirse a su automóvil y regresar a la oficina.

En ella estudió personalmente un plano de la ciudad, en que la red de alcantarillas y sus características figuraban con gran minuciosidad.

Al hacerlo, comprendió que todo el despliegue de fuerzas

resultaría poco menos que inútil. De las alcantarillas de Chicago puede salirse a la superficie por miles de sitios distantes entre sí. Y el

F. B. I.,

no contaba ni con la mitad de personal para vigilar todas aquellas posibles salidas de Yoncalla y el pistolero que lo acompañaba.

La única esperanza real, tangible y fundada, era Peter Watson.

Como buen sabueso, como fino detective y arrojado muchacho, seguiría a los bandidos, pisándoles los talones. Y seguramente se haría con ellos.

De lo contrario, Yoncalla y el otro podrían salir por el puerto, en el lago, o por cualquier boca de alcantarilla de Chicago. Podrían emerger cerca del campo o en el centro de la ciudad. En el centro de una calle o en un patio de vecindad, a la vista del público o en un sótano vacío, semejante al empleado para desaparecer a la vista de los perseguidores.

A pesar de ello, el inspector Colt no dio contraorden, y muchos agentes del

F. B. I.,

se distribuyeron en lugares estratégicos, abrigando la esperanza de dar con los fugitivos.

Colt, sentado tras su mesa de despacho, con los ojos fijos en los aparatos telefónicos que en ella había, esperó pacientemente a que le llegaran noticias.

Había hecho todo lo que estaba en su mano y sólo le restaba esperar, con los nervios de punta, el resultado de aquella redada nocturna.

No le gustaba permanecer allí, en su despacho. Habría preferido caminar junto a Watson, por las oscuras alcantarillas de la ciudad, empuñadas las pistolas y los músculos y los nervios tensos para afrontar cualquier contingencia.

Pero era el eslabón que uniría distintos servicios en el momento en que llegara el caso de entrar en acción.

Refuerzos enviados con urgencia a determinado lugar, disposiciones de ataque, envío de ambulancias o diverso material a emplear, según aconsejaran las circunstancias, como ametralladoras, bombas, gases, lo que fuera necesario. El mismo correría derecho al lugar de más peligro.

Mas, mientras tanto llegaba la llamada telefónica, tendría que permanecer allí sentado, pensando en Watson...

Éste, rodeado de oscuridad, llegó al fondo del pozo y se detuvo a escuchar. El rumor de unos pasos, suaves y rápidos, le llegó lejano. Sólo lo pudo percibir por la resonancia de aquellas galerías; en la superficie de las calles de la ciudad, los malhechores habrían podido desaparecer.

Se puso en movimiento en seguimiento de los dos bandidos, guiándose por el lejano rumor de sus precipitados pasos.

Su mano izquierda palpaba una húmeda pared, recubierta de cemento, mientras en la derecha llevaba la «Luger», lista para disparar.

Los ojos muy abiertos, tratando de penetrar las tinieblas que lo rodeaban; pero, en realidad, sin conseguir distinguir nada en absoluto.

De cuando en cuando se detenía y, conteniendo la respiración, prestaba oído atentamente.

Siempre con la misma intensidad, indicándole, por ello, que no ganaba terreno, percibía los huidizos pasos de Yoncalla y su compañero.

Se encorajinaba al comprobar que cualquier accidente fortuito podía poner a los bandidos fuera de su alcance definitivamente.

Ello le hacía redoblar sus esfuerzos para avanzar en la oscuridad. ¡Si una bala no le hubiera destrozado la linterna!

De pronto, recordó. En uno de sus bolsillos aún conservaba otra linterna que podía servirle. Era de tipo y características distintas a la destrozada por el balazo, pero le serviría a las mil maravillas.

Se detuvo y buscó en sus bolsillos. La extrajo. Era poco más gruesa que un lapicero corriente de madera y producía un rayo de luz finísimo, como una larga aguja de acero brillante.

Con la ayuda de aquel rayo luminoso, multiplicó por diez su velocidad de avance.

Y le volvió el optimismo. Los perseguidos caminaban a oscuras, tanteando las paredes, como él unos momentos antes. Por añadidura, era poco probable que conocieran el terreno. Watson estaba seguro de que Yoncalla y su compañero no eligieron de antemano aquella vía de huida. Sólo la adoptaron como un recurso, como único recurso para intentar escapar.

No sabían a qué lugar les conducirían las galerías, ni cómo lograrían salir a la superficie. Sólo que, hasta el momento, conseguían permanecer libres, sin que los agentes los detuvieran. Avanzaban lo más aprisa posible, deseosos de encontrar una salida y huir fuera de la ciudad, para esconderse en algún punto ignorado, en espera de días más tranquilos y posibilidades para conseguir una libertad definitiva o quién sabe si una rehabilitación, puesto que Yoncalla tenía muchas cartas en su baraja especial y particular.

Pero no estaban tranquilos por completo. Algunas veces que se detuvieron y consiguieron contener sus alborotadas respiraciones, habían percibido unos pasos lejanos que iban en pos de ellos.

La primera vez que los oyeron empuñaron con firmeza sus armas de fuego. Pero se dieron cuenta de que el hombre que producía el ruido de pasos no estaba tan próximo como creyeron al principio. Entonces redoblaron su velocidad todo lo que les permitió el extraño camino que llevaban.

Una galería baja de techo, oscura, negra más bien, con dos estrechas aceras a los lados y un arroyo de aguas fétidas discurriendo por el centro. Interminable en su longitud. Y sin saber adónde iría a parar.

Los pasos tras ellos se hacían más perceptibles, más sonoros, más próximos, en definitiva.

Llegaron a una encrucijada de la que partían varias galerías, o, mejor dicho, donde se reunían varias alcantarillas para formar otra mayor, más amplia, con el arroyo central más caudaloso.

Al tantear las paredes y percibir el rumor de las aguas que allí se reunían, comprendieron dónde estaban.

—¿Por dónde vamos? —quiso saber el pistolero que acompañaba a Yoncalla.

—¿Lo sé yo acaso? —dijo éste, con mal humor, mirando hacia atrás constantemente.

—Por la principal —dijo el otro, al cabo de un rato—. Seguro que nos lleva al Michigan...

—No sé qué hacer —vaciló Yoncalla—. Tal vez nos esperen a la salida...

—Lo que sea, ha de ser pronto —urgió el pistolero—. ¡Mire!

—¿Ves fantasmas? —preguntó—. A veces la vista juega trastadas...

Pero no eran trastadas de la vista, porque él también vio.

Un fino rayo de luz se movió durante una fracción de segundo y desapareció casi en el acto.

Asió con mano nerviosa su pistola y apuntó hacia la oscuridad. Durante unos segundos permaneció en acecho, esperando a que el rayo de luz se dejara ver. Por fin hirió su vista, y apretó el gatillo por tres veces seguidas.

Watson se acurrucó junto a una de las paredes y apagó la linterna, mientras las balas, rebotando en las piedras de la bóveda, producían maullidos lastimeros, como salidos de un gato muy asustado.

Al comprobar que ninguna se hundía en su cuerpo, sonrió. ¡Ya estaban allí los pistoleros! ¡Al alcance de su mano!

Se tumbó en el suelo, sintiendo pasar las aguas sucias muy cerca de él, tumultuosamente, hacia el lago.

Alzó su brazo derecho y disparó. Inmediatamente después se produjeron otros disparos, procedentes de las armas de los perseguidos, y los ecos quedaron flotando en las galerías como el humo en un local cerrado.

Cuando se restableció el silencio, Watson oyó los precipitados y furtivos pasos de los bandidos, que intentaban alejarse.

Saltó en el acto, y de nuevo encendió el fino rayo de su linterna. Llegó a la encrucijada de alcantarillas y, pegado a la pared, alumbró la mayor de todas. El rayo de la linterna podía ser fino, pero también llegaba a gran distancia. Tanta, que el pequeño círculo luminoso se detuvo en una chaqueta oscura y, después, descendió para alumbrar unos pantalones mojados en los bajos.

Vio brillar el agua en la tela unos momentos antes de que desapareciera en un recodo.

En el acto se lanzó a la carrera, y en muy poco tiempo alcanzó el recodo.

Asomó media cara y la mano izquierda con la linterna.

Allí estaban los dos. A corta distancia, corriendo desesperadamente, tratando de huir del fino rayo luminoso que los descubría como a ratas asustadas.

—¡Alto al F. B. I! —gritó, con voz tonante, Watson—. ¡Alto, o disparo!

Los vio titubear, irresolutos durante un segundo. Después

apretaron el paso, deseosos de huir.

Disparó una sola vez.

El fino rayo de su linterna le permitió ver que el tipo que huía en última posición vacilaba y caía aparatosamente en medio del arroyo de aguas sucias; allí chapoteó durante un momento, pero consiguió ponerse en pie y reemprender la fuga, cojeando visiblemente.

Watson se lanzó en su persecución al ver que los dos bandidos se escapaban a la luz de la linterna, zafándose del implacable rayo que los buscaba en la oscuridad.

Corrió sobre la estrecha acera de cemento. Estaba ya muy cerca de la victoria, y esta vez no se le escaparía.

De pronto, algo se enredó en sus pies; los sintió trabados, incapaces de moverse; manoteó con el equilibrio perdido y lanzó una exclamación antes de dar con su cuerpo en tierra.

—¡Lo tengo, Yoncalla! —gritó alguien muy cerca del oído de Watson—. ¡Venga!... ¡Pronto!

El agente movió ambos pies con energía y sintió que algo cedía bajo su presión.

Pero en el segundo siguiente, algo muy duro le golpeó junto a una oreja, y un pitido desagradable pareció que se metía en su cerebro, aturdiéndolo.

Sintió náuseas, y pensó que iba a perder el conocimiento. Después, unas manos se apoyaron con fuerza en su nuca y empujaron hacia abajo.

La cara de Watson se hundió en un agua fría, viscosa, repugnante. Le faltó el aire y se sintió morir.

Y la presión en su nuca no cedía, oprimiendo con energía la cabeza hacia abajo.

Hasta que la cara de Watson tocó el fondo del arroyo.

## XVI



STUVO a punto de perder el sentido como consecuencia de la falta de aire y del dolor que sentía al permanecer apoyado brutalmente sobre sus quemaduras. Pero fue precisamente la frialdad de aquellas aguas fétidas lo que evitó que tal cosa sucediera.

Watson se rehízo del golpe recibido, y con brusquedad, que sorprendió al otro, se revolvió librándose de la tenaza que lo ahogaba.

Inmediatamente después se dio vuelta para quedar frente al bandido, cuyo aliento percibía muy cercano en la oscuridad.

El brazo derecho de Watson, doblado por el codo y con todos los músculos en tensión, se precipitó hacia adelante, y su puño, convertido en un martillo de acero, se hundió en algo blando que

cedió a la presión del puñetazo.

Una bocanada de aire con un ¡aug!, dio en el rostro del agente. Ello le sirvió para localizar la cara del enemigo, y la golpeó con fuerza una y otra vez, despiadadamente, machacándola en las tinieblas hasta que el joven sintió derrumbarse al pistolero.

Se agachó y, a tientas, buscó las muñecas del hombre y las afianzó con unas esposas.

Luego buscó, palpando el suelo, hasta encontrar la linterna, comprobando que funcionaba a la perfección a pesar de la caída.

Se felicitó por ello, y asestó el fino rayo de luz a la galería.

Pero no descubrió nada. Sólo el rumor del agua discurriendo por el arroyo central de la alcantarilla y, a lo lejos, el rítmico golpear de los tacones de unos zapatos.

Con la cabeza baja, los dientes apretados con rabia y en su pecho rugiendo un coraje enorme, Watson se lanzó a la carrera en pos de Yoncalla.

No podía escaparse. Presentaría la dimisión del  
F. B. I.,  
si tal cosa sucedía.

Y, sin embargo, un nuevo rumor le indicó que Yoncalla estaba muy cerca de conseguir su objetivo.

Ese nuevo rumor era producido por las aguas del lago Michigan meciéndose cerca de la orilla y dando golpes contra la escollera donde desembocaban la mayoría de las alcantarillas de Chicago.

Yoncalla llegaría a la desembocadura y podría esconderse en los alrededores, encontrar un coche o cualquier otro medio de transporte que lo pondría fuera del alcance de Watson.

Apretó el paso, resbalando multitud de veces en el suelo húmedo y lleno de detritus.

Restalló un disparo, y Watson se detuvo al oír el silbido de la bala.

Se buscó en la funda sobaquera, y extrajo el «Magnum», ya que la «Luger» quedó en el fondo del arroyo, junto al primer detenido.

Apagó la linterna y avanzó lentamente, paso a paso, conteniendo la respiración, los oídos atentos a todos los rumores que se producían en las proximidades.

Un nuevo disparo le hizo encogerse. Pero no disparó porque no había descubierto el fogonazo del enemigo.

A este segundo disparo sucedió un verdadero trueno prolongado. Lo formaban muchos disparos de pistola y algunas ráfagas de ametralladora. Las balas silbaban por todas partes, y Watson oía el ruido que producían al chocar contra el cemento de las paredes.

Se agazapó cuanto pudo y esperó. No estaba dispuesto a dejarse matar por los que disparaban, los cuales serían, con toda seguridad, sus propios compañeros.

No tenía demasiada gracia aquel combate en el interior de la alcantarilla, a oscuras y sin saber lo que en realidad sucedía.

De pronto, tan bruscamente como comenzó el fuego, cesó, dejando el eco en la galería.

Watson no encendió su linterna, pero tenía los sentidos alerta.

Oyó unos pasos que se aproximaban y una respiración anhelante, fatigada, que denotaba miedo, furia y deseos de matar.

Lo oyó llegar y apenas tuvo tiempo de ponerse en pie cuando ya el otro estaba encima.

Watson se abrazó a una cintura que encontró en la oscuridad y apretó con fuerza.

Junto a su cara, el aliento fatigado del otro.

—¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Bill?

Watson apretó aún más antes de responder:

—No soy Bill. ¿Y tú?

El otro no dijo nada, pero se debatió con inusitada energía, salvajemente, con la desesperación que proporciona el saberse atrapado y deseando librarse del abrazo para reemprender la huida, aunque esa huida sea por estrechas, oscuras y malolientes alcantarillas y no se sepa adonde se irá a parar.

Pero Watson no soltaba fácilmente su presa. Apretó más y más su abrazo, hasta comprobar que al otro le faltaba la respiración y cesaba en sus esfuerzos por desasirse.

Watson aflojó un poco y, de pronto, sintió un brutal golpe en el bajo vientre, donde una rodilla se le incrustó materialmente.

Lanzó un grito ahogado y llevó ambas manos a la parte dañada a la vez que inconscientemente retrocedía hasta que sus espaldas tropezaron con la pared de la galería.

Respiró hondo y se sobrepuso al dolor con un esfuerzo de su férrea voluntad.

Al segundo siguiente se lanzaba hacia adelante en pos del

enemigo y lo alcanzó cuando apenas había recorrido cuatro yardas.

Tocó algo que huía y saltó de nuevo, con los brazos abiertos, para aferrarse al cuerpo de Yoncalla.

En aquel momento, algo pareció estallar dentro de su cabeza, a la vez que una llamarada, seguida de una impenetrable oscuridad, lo cegaba por un momento. Después siguieron en su visión una serie de círculos rojos, luminosos, girando constantemente.

No supo cómo, pero él tenía algo entre las manos, y no lo soltó, a pesar de todo.

Los esfuerzos de Yoncalla por desasirse fueron enérgicos, desesperados. Pero Watson estaba como amarrado a él.

En el transcurso de aquella lucha a ciegas, se oyeron disparos continuos, ráfagas de ametralladora, gritos.

Unos dientes se clavaron en un hombro de Watson, y el joven sintió que sus carnes eran desgarradas y que la sangre corría por el brazo abajo hasta el codo.

Movió la cabeza como un ariete, golpeando una y otra vez, comprobando que el conocimiento le fallaba, que estaba a punto de perder el sentido, pero deseoso de poner fuera de combate a Yoncalla, antes de que tuviera ocasión de huir de nuevo.

Oyó lamentos proferidos muy cerca de él, y golpeó más y más.

Sintió sangre en su boca, y hundió su cabeza en el rostro del bandido.

Lo soltó más tarde, para comenzar a manejar los puños. A derecha e izquierda golpeaba con saña, rodeado de negruras, sin saber en realidad lo que hacía, ciego de ira, de dolor, de sed de venganza rebosando su pecho.

Creyó que soñaba cuando unas luces movibles hicieron huir a las sombras de la galería, contorsionándose y alargándose hacia el fondo de las alcantarillas.

Ante él apareció un bulto que él mismo, con su cuerpo, mantenía en sombra.

Y golpeó, volcando todo su peso y su poder muscular en cada puñetazo.

Buscó el rostro, la cabeza, la boca del estómago del contrario.

Y lo vio doblarse ante el castigo, ceder, aplastarse contra la pared, desmoronarse como un guiñapo, encogerse hasta convertirse en una pelota sin forma humana.

Y golpeó, golpeó, golpeó.

Estaba lanzado y no habría fuerza humana capaz de detenerle.

En sus golpes ponía toda su furia y deseos de venganza. Por el asesinato de los padres del fiscal. Por el rapto de Shony McNally. Por la muerte de Abbe Bradford, por la muerte de compañeros del F. B. I.,

por el asesinato de tantas personas inocentes, por la perdición de muchos seres, hundidos en el vicio y las enfermedades, llevados a la locura por Yoncalla como consecuencia de su negocio de drogas. Por tantas personas arruinadas, por todas las víctimas de las organizaciones que el bandido patrocinaba.

Y por él mismo, por el propio Watson. Por los malos ratos pasados, por las horas de angustia, por las quemaduras de los cigarrillos; por todo, golpeaba y golpeaba con fuerza salvaje. Fuera de sí. Poseído de la locura de la venganza.

No se habría detenido jamás hasta el fin de sus fuerzas.

Sin embargo, se vio imposibilitado de continuar aplicando aquella monumental paliza a Yoncalla.

Unas manos fuertes, enérgicas, lo agarraron por los brazos. Otras lo sujetaron por los hombros y unos brazos rodearon sus piernas.

—¡Ya está bien, Peter!

Todo acabó.

Peter Watson se inmovilizó y aspiró una gran bocanada de aire para dejarla escapar un segundo más tarde en un suspiro de alivio.

A su lado estaba el inspector Colt y muchos compañeros del F. B. I.,

que lo miraban alumbrándole con potentes linternas eléctricas.

Colt observó con atención el rostro de Watson y le sonrió.

El joven devolvió la sonrisa y entornó los ojos.

—No sé qué es lo que me pasó —dijo, con voz tranquila—. Sólo sé que no estaba dispuesto a que ese hombre consiguiera escapar...

—Y no ha escapado, muchacho —dijo Colt.

Con leve movimiento, Watson se libró de las manos de los compañeros que lo mantenían inmovilizado.

—El otro está un poco más arriba —dijo.

—¡Es cierto! Eran dos los que escapaban de la casa... —observó el inspector Colt.

—Búsquenlo. Está esposado. Y ahora... ¡Quisiera respirar el aire

de la calle!

Alguien lo alumbró en su camino, y Watson, como ebrio, apoyándose en las paredes de la alcantarilla, caminó lentamente, a trompicones, hasta alcanzar la salida junto al lago Michigan.

Sus ojos se pasearon por las tranquilas aguas; vio las luces de muchas casas reflejándose en la superficie; un vapor, muy iluminado, deslizándose tranquilamente hacia los atracaderos.

Suspiró hondo, sin hacer caso de las miradas de los compañeros que montaban guardia en la entrada de la alcantarilla.

Poco después, el inspector Colt se colocaba a su lado y lo empujaba suavemente en dirección a una fila de automóviles que esperaban a corta distancia.

Se acomodaron en el interior de uno de ellos, y el conductor lo puso en marcha.

—Al Hospital Central —ordenó Colt.

El coche se deslizó suavemente por las calles iluminadas de la ciudad, y poco después se introducía en un amplio jardín, para detenerse ante la entrada del centro sanitario.

Fué entonces cuando Watson pudo contemplarse en un espejo de cuerpo entero.

No era extraño que el inspector lo hubiera conducido allí, sin más averiguaciones. El aspecto que ofrecía era aterrador.

Sucio, las ropas rotas y en desorden, la cara manchada de mil colores, entre los que predominaba el rojo de la sangre. Demacrado, los ojos hundidos, brillantes, propio de loco; el cabello alborotado y un aspecto general deplorable.

Los médicos le hicieron un reconocimiento de pies a cabeza. Desinfectaron arañazos, limpiaron las quemaduras, cambiando las vendas, llenas de lodo sucio de la alcantarilla, y lo dejaron como nuevo.

Poco después, reconfortado con una gran copa de «*whisky*», enfundado en un pijama de color claro y arropado con un batín prestado por un médico, Watson se arrellanaba de nuevo en el asiento trasero del coche del inspector Colt.

—A casa —ordenó el joven—. Voy a vestirme y le acompañaré a la División, para redactar todo el informe, bien detallado...

—A casa, sí; pero para meterte en la cama y no levantarte en una semana, muchacho —dijo Colt, con tono paternal—. Mereces

un buen descanso.

—¡Bah! No ha sido tanto... Aunque he de reconocer que no ha sido una caza brillante. Las alcantarillas... ¡Puaf!

Colt sonrió.

—Tienes que descansar. Lo has hecho tú solo todo.

—Llegaron a tiempo —dijo el joven, intrigado—. ¿Cómo pudo saber por dónde intentarían salir esos tipos?

—Sencillo de veras. Nos lo dijiste tú... y ellos.

—¿Cómo?

—Un guardia oyó tiros bajo sus pies, en el centro de la calle Veintitrés Oeste, mientras regulaba la circulación. Se extrañó, y se puso, a tocar el pito como un desesperado. Uno de los nuestros se enteró del caso y me avisó. En el acto monté un servicio en las proximidades de aquella zona, y no tardamos en oír nuevos disparos, apagados, lejanos, procedentes de las alcantarillas. De ahí nos fue fácil llegar a la salida de la alcantarilla. Y cuando apareció ese tipo, armamos el fregado de tiros.

—Lo hicieron retroceder. Eso es lo que sucedió —siguió Watson—. Y se me vino a las manos.

—¡Y bien que lo digas! Se te fue a las manos, y... las empleaste a tu manera, muchacho. Lo has dejado irreconocible. Tiene para una buena temporada en el hospital, hasta que se le pueda llevar a la silla eléctrica. Que, por cierto, es donde acabará, a juzgar por los papeles que obran en mi poder, y que he repasado ligeramente en mi despacho antes de ir en tu busca...

Sonrió, para concluir, antes de abrir la portezuela del coche:

—Mientras tú te codeabas con lo más granado de la sociedad de las alcantarillas de Chicago.

Descendieron ante el edificio del

F. B. I.,

y Watson se detuvo, contemplando su mole con arrobamiento.

Luego siguió al inspector hasta su despacho, y se pusieron a trabajar en la documentación conseguida en la mansión de Marlin Yoncalla.

Muchos papeles fueron destruidos, pero con los que pudieron ser rescatados había más que suficiente para condenar a Yoncalla y a muchos de sus cómplices, encubiertos en todas las capas sociales, desde la Policía Metropolitana hasta los bajos fondos de Chicago.

El fiscal del Estado, Abbe Bradford, había trabajado bien, a conciencia. Todo aquel trabajo, sin embargo, estuvo a punto de perderse. Y se habría perdido irremisiblemente, permitiendo a Yoncalla y sus secuaces continuar con sus manejos productivos, a no ser por el sacrificio de Peter Watson, abnegado y valiente, que supo conducir el caso de la única manera posible.

Allí estaban las numerosas pruebas que no fueron quemadas por el bandido. Acusadoras, condenatorias.

Serían bien empleadas por el

F. B. I.

Watson se sentó a la máquina de escribir y, ayudado por el inspector, fue haciendo el relato detallado de todos los hechos. A ellos se unirían las declaraciones de los detenidos, y el epílogo se efectuaría en la penitenciaría de Joliett, de madrugada, con testigos y ante el juez, junto a una silla de extraño aspecto...

Sonó el teléfono, y Colt lo descolgó de su percha.

—Al habla...

Watson encendió un cigarrillo, repasando lo último escrito. Con indiferencia escuchaba lo que decía el inspector en el teléfono.

—¿Un alijo de drogas? Haré lo que pueda, pero creo que esta noche no podrá ser mucho... Todos los agentes están descansando...

Colgó el receptor, y miró a Watson con consternación en el rostro.

—¿Algo importante, señor? —preguntó el joven.

—Me llaman de Washington. El propio Hoover... Me ordena que detenga a unos camiones que se dirigen hacia Chicago con drogas...

Watson se puso en pie. En su rostro se veía una gran excitación.

—No creo que la cosa sea sencilla —siguió el inspector—. Vienen armados, y son veteranos en el gangsterismo...

Watson sonrió.

—Aún me quedan unas cuantas municiones, señor —dijo—. Con los muchachos de guardia se pueden hacer buenas cosas...

Los ojos del inspector Colt se abrieron enormemente.

Peter Watson era maravilloso. Aún no había salido de una peligrosa aventura, cuando ya estaba dispuesto a meterse en otra. Por algo le llamaban «el Bravo».

FIN





